

# Estudios de prehistoria Araucana

Por OSVALDO F. A. MENGHIN, Buenos Aires

## I N D I C E

1. El estado de la investigación.
2. La teoría de Latcham sobre el origen de los Araucanos.
3. Consideraciones generales sobre el origen de los Araucanos.
4. Fundamentos cronológicos y corológicos de la prehistoria de Araucanía.
5. Los Yacimientos de El Vergel y las tumbas de urnas.
6. Excavación de la cueva de Los Catalanes, distrito de Esperanza (provincia de Malleco).
7. La excavación del cementerio de Pitrén en Panguipulli (prov. de Valdivia).
8. Otros estudios y excavaciones en las provincias de Valdivia y Osorno.
9. Las cerámicas de Valdivia y Tirúa.
10. Resumen cronológico, corológico y etnohistórico.  
Studien zur Urgeschichte der Araukaner (Auszug).  
Bibliografía.

*Agradezco al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Buenos Aires la financiación de los dibujos para este trabajo. Los realizó, sobre la base de mis esbozos, el pintor académico Antonio Schimmel, al cual también agradezco su amistosa colaboración.*

## 1. EL ESTADO DE LA INVESTIGACION

Solamente un pueblo del extremo sur americano logró defenderse de la inundación europea y conservar su individualidad étnica, especialmente su lengua: los Araucanos<sup>1</sup>). Por cierto, que sus descendientes en Argentina, peligrosos aún en el siglo XIX por su carácter bélico, fueron derrotados alrededor de 1880 por la famosa Conquista del Desierto<sup>2</sup>) y, en consecuencia, arrinconados en las zonas montañosas o menos fértiles de las provincias de Neuquén, Río Negro y Chubut, donde ahora en parte viven bajo condiciones precarias<sup>3</sup>). Sin embargo, en el sur de Chile central, ante todo en la "Región de los Lagos", forman todavía un importante núcleo<sup>4</sup>), cuyo número se calcula en unos 300.000 a 400.000 individuos. Aunque su transculturación es considerable, mantienen mucho de su antigua cultura, en especial de su mentalidad nativa<sup>5</sup>).

Los cronistas nos ofrecen muchos relatos sobre la historia de los Araucanos, su resistencia al blanco, sus victorias y derrotas, su heroísmo en la defensa de su independencia y también de su complejidad, su lengua, su modo de vida, sus

<sup>1</sup>) La bibliografía sobre los Araucanos es muy extensa, aunque a veces de escaso valor. Estamos preparando al respecto una publicación más o menos completa. En el presente estudio, y especialmente en este capítulo, citamos una selección de los más importantes trabajos, suficiente para una primera información.

<sup>2</sup>) Prado 1935; Zeballos 1878; Eicheluz 1929; Walther 1948.

<sup>3</sup>) Escalada 1949; Reynoso 1959.

<sup>4</sup>) Zapater 1950; Lipschütz 1956.

<sup>5</sup>) Guevara 1908, 1916, 1917; Englert 1938.



costumbres y creencias<sup>6)</sup>; hombres de ciencia, especialmente chilenos, sintetizaron estas antiguas noticias, las completaron con propias investigaciones antropológicas, lingüísticas, etnológicas, folklóricas, históricas y arqueológicas. Disponemos de algunas compendiosas obras de conjunto<sup>7)</sup> y de otras más cortas<sup>8)</sup> sobre la etnia araucana, además de una considerable cantidad de valiosas monografías sobre aspectos especiales en forma de libros, folletos, artículos en revistas o contribuciones en libros de carácter general. Principalmente se ocupan de la historia política y expansión de los Araucanos en la Argentina<sup>9)</sup>, de su cultura en el tiempo colonial<sup>10)</sup> y de los fenómenos de su transculturación y evangelización<sup>11)</sup>. Otro grupo de estudios trata de la raza<sup>12)</sup> y lengua<sup>13)</sup> araucanas. A estas publicaciones se deben añadir los relatos de viajeros del siglo XIX, algunos de ellos de gran valor<sup>14)</sup>.

6) Importantes colecciones de fuentes representan: De Angelis 1836-1837; Urzua 1861 ss.; Medina 1888-1902. Un excelente cuadro general de la historiografía chilena sobre los indios lo presenta Looser 1955.

7) Medina 1882; Guevara 1903-1925.

8) Cooper 1917-2946b; Brand 1941a; Serrano 1947; Keller 1952; Canals Frau 1953; Márquez Miranda 1954.

9) Gay 1844-1871; Vicuña Mackenna 1868; Barros Arana 1884; Cañas Pinoquet 1904; Galdámez 1907; Latcham 1908, 1929, 1930; Navarro 1909; Guevara 1911a; Uhle 1911; Ronco 1921; Ruez 1929; Latcham 1929-1930; Muñoz 1931; Cabrera 1934; Canals Frau 1935, 1941, 1946; Braun Menéndez 1936; Marfani 1940; Meza Villalobos 1946; Guevara y Eyzaguirre 1948; Montero 1948; Stieler 1950; Schobinger 1959b.

10) *Alimentación, cultivo y ganadería*: Latcham 1923 a, 1936 a; Gunckel 1941; Santa Cruz 1942; Millán R. 1942; Wilhelm 1953; Vivante 1954-55; Bullock 1958. *Vivienda*: Joseph 1931 a. *Vestido, tejidos, pieles*: Latcham 1915; Looser 1927; Lothrop 1930; Joseph 1931 b; Millán M. D. 1934, 1953. *Colores*: Joseph 1929; Reszczyński 1938. *Embarcaciones*: Finsterbusch 1934; Latcham 1928 c, 1930 b; Looser 1938; Heizer 1941. *Platería*: Joseph 1928; Fontecilla 1934; Gunckel 1947; Muthmann 1958. *Sociología*: Kermes 1893; Latcham 1924-1927 a; Venturino 1927; Furon 1956. *Costumbres mortuorias*: Latcham 1915-1916. *Comercio*: Latcham 1909 c. *Derecho*: Guevara 1904-1922; Latcham 1924. *Shamanismo*: Lenz 1898; Métraux 1942; Ruben 1952. *Leyendas, mitos*: Lenz 1898; Figueroa 1918; Lehmann-Nitsche 1918, 1936, 1941; Latcham 1923 c; Augusta 1934; Guevara 1911 c; Molino 1950; Koessler-Ilg 1954-1956. *Otras costumbres y creencias religiosas*: Pietas 1846; Ruíz Aldea 1868; Oliveira 1893; Guevara 1911 a; Nippgen 1914; Matus 1915-1920; Oyarzún 1917; Latcham 1923 c, 1924, 1926, 1927 a; Joseph 1930 a, 1934; Gerdts-Rupp 1937; Furlong 1938; Robles 1942; Flury 1944; Keller 1952; Henckel 1955-1956; Hassler 1957; Casamiquela 1958; Zapater 1959. *Medicina*: Tournier 1910; Gusinde 1917-1936; Santa Cruz 1937. *Música*: Lehmann-Nitsche 1908; Isamitt 1937, 1938; Vega 1946; Viggiano 1948.

11) Mansilla P. 1904; Guevara 1912; Moesbach 1926; Hilger 1937; Martínez 1944; Montiel 1945; Inalaf 1945; Cabrera Santos 1946; Titiev 1950-1951; Zapater 1950; Lipschütz 1948-1956; Paddin 1957; Munizaga 1959-1960.

12) Virchow 1874, 1892, 1894; Riccardo 1879; Ten Kate 1892; Latcham 1904, 1909 a, b; Puccioni 1912; Palavecino 1928; Henckel 1933, 1954, 1958; Eickstedt 1934; Imbelloni 1939-1952; Brand 1941 b; Barrientos 1942; Dembo 1943; Sandoval y otros 1946; Bórmida 1953/54; Sandoval 1959.

13) Mitre 1895-1909; Medina 1897; Lenz 1898; Augusta 1903, 1916, 1934; Schuller 1906-1907; Cañas Pinoquet 1911; Milanesio 1918; Lehmann-Nitsche 1923; Gatti 1925; Groeber 1926; Englert 1936; Abregu 1941; Brand 1941 c; Tello 1942-1946; Vúletin 1948-1960; Meyer Rusca 1952 a, 1955; Moesbach 1953; Alvarez 1954-1957; Erize 1960.

14) Poeppig 1835, 1936, 1942; D'Orbigny 1839; Domeyco 1848; Smith 1855; Guinnard 1861; Treutler 1861-1882; Cox 1863; Moreno F. 1876, 1898; Mansilla 1877; Zeballos 1880; Moreno E. 1942.

En muchas de estas publicaciones, ante todo en las de Medina, Guevara y Latcham se hallan referencias más o menos extensas sobre la arqueología araucana. Sin embargo, esta importantísima rama de la investigación se encuentra hasta la fecha en pañales. El material arqueológico procedente del habitat de los Araucanos y conservado en los museos públicos y colecciones particulares, es muy grande pero, lamentablemente, salvo algunas excepciones, se limita a hallazgos realizados en la superficie o excavados con insuficientes o nulos criterios científicos. Las publicaciones en general tratan de objetos sueltos o pequeñas existencias procedentes de diversos yacimientos, es decir, de un paradero, conchal o cementerio saqueado o destruido. Son pocos los tratados que enfocan la totalidad de la arqueología araucana, tanto de Chile como de Argentina y lo hacen comúnmente en forma muy sumaria<sup>15)</sup>. Otros se ocupan de cierta región<sup>16)</sup> o de un elemento cultural de mayor difusión<sup>17)</sup>. El gran defecto de casi todos estos estudios es la falta de investigaciones estratigráficas, por cuya razón carecen casi siempre de definiciones cronológicas. Se puede aceptar la edad precolombina de muchos de los artefactos de piedra y de barro cocido hallados en el territorio de los Araucanos, pero en la mayoría de los casos todavía no es posible comprobarlo y separar lo precolombino de lo posterior, pues a pesar de todas las influencias europeas, la tradición cultural de este pueblo se mantuvo con gran intensidad, de manera que tenemos que contar con el desarrollo ulterior de las formas antiguas hasta tiempos relativamente modernos.

El elemento más importante e indicativo para el estudio de la cronología de una cultura es siempre la alfarería. Es característico para el estado de la investigación que, incluso como la famosa cerámica blanca de Valdivia, haya sido objeto de muy distintas opiniones respecto a su edad y origen. Por tanto, en este trabajo trataremos primordialmente de problemas cerámicos, para cuya dilucidación nuestras excavaciones rindieron algunos resultados interesantes. Esperamos que en breve podamos completarlos mediante investigaciones sobre otros arqueológicos como las hachas, las clavas, las pipas, el arte rupestre, etcétera.

Pero antes de abordar la discusión de nuestros propios trabajos de campo y de gabinete, nos parece oportuno adelantar algunos capítulos más generales sobre la prehistoria araucana y el país de los Araucanos para señalar la magnitud y envergadura de los problemas en cuestión.

---

<sup>15)</sup> Prescindiendo de las anticuadas obras de Latcham (1928 a, 1936 b) y Schneider (1932), para Chile solamente tenemos las partes pertinentes del libro de Mostny (1954); para la Argentina los respectivos capítulos de Serrano (1947) y Canals Frau (1953).

<sup>16)</sup> Philippi 1903 (Isla Mocha); San Martín 1930 (Neuquén); Joseph 1930 b (zona de Arauco); Serrano 1934 (Neuquén); Oyarzún 1934 (Chiloé); Morales 1938 (Neuquén); Vignati 1944 (Río Negro y Neuquén); Hamerley Dupuy 1954 (Neuquén); Schobinger 1958-1959 (Neuquén).

<sup>17)</sup> *Hachas*: Vignati 1923, 1953, 1959; Salas 1942; Sánchez Albornoz 1958. *Piedras horadadas*: Philippi R. A. 1884; Fonck 1890; Cañas Pinoquet 1904; Oyarzún 1935; Gajardo Tobar 1959-1960. *Clavas cefalomorfas*: Reed 1924; Lehmann-Nitsche 1909-1937; Márquez Miranda 1939; Schobinger 1956, 1956-1957. *Otras clavav*: Imbelloni 1953. *Boleadora*: González 1953. *Sobador*: Agüero 1958-1959. *Pipas para fumar*: Guevara y Oyarzún 1912; Badano 1945; Cornely 1952. *Alfarería*: Latcham 1928 b; Oyarzún 1941. *Tumbas*: Amberg 1913; Latcham 1915-1916; Schneider 1952; Gusinde 1948; Bullock 1955.

## 2. LA TEORÍA DE LATCHAM SOBRE EL ORIGEN DE LOS ARAUCANOS

En primer lugar consideramos conveniente ocuparnos con cierto detenimiento de la teoría del meritorio investigador anglo-chileno Ricardo Latcham sobre la estructuración étnica de los Araucanos. La mayoría de los expertos sustentan la tradicional opinión de que este pueblo es esencialmente unitario en origen y costumbres, sin negar ciertas diferenciaciones regionales, inevitables en una unidad étnica difundida en un área no demasiado reducida. Especialmente Tomás Guevara ha defendido esta teoría. Latcham, en cambio, formuló una tesis diferente <sup>18)</sup>. En su opinión, el pueblo que en la ciencia moderna suele llamarse "araucano" por formar un conjunto lingüístico, y también cultural, debe dividirse en dos grupos de procedencia y modalidades muy distintas. Araucanos "auténticos" o Mapuche ("gente del país") serían solamente los habitantes de la zona central del antiguo habitat de este pueblo, es decir, la comarca entre los ríos Itatá y Toltén, que sería la "Araucanía" en sentido estricto. A veces restringe el área respectiva a la zona entre los ríos Bío Bío e Imperial, o hasta a la cuenca del Cautín. Al norte y al sur de esta región vivían los Pincunche y los Huilliche, cuyos nombres significan en lengua araucana "gente del norte" y "gente del sur". A pesar de que hablan la misma lengua que sus "auténticos" Araucanos, Latcham insiste en que los Pincunche y los Huilliche no son verdaderos Araucanos, sino que representan una población "pre-araucana". Solamente su idioma habría sido adoptado por los Araucanos propiamente dichos y, por lo tanto, tampoco es correcto llamarlo "araucano" por esta razón; se debería más bien designarlo "pre-araucano". Para él, los verdaderos Araucanos, o sea el grupo central del pueblo de esta lengua, son una tribu invasora, procedente de la Pampa argentina, en posesión de una cultura cazadora muy inferior a la de los antiguos habitantes de la zona conquistada, que eran agricultores. Los intrusos pampeanos habrían desplazado en parte, y en parte incorporado, a sus antecesores nativos, adquiriendo de esta manera no solamente su idioma, sino también algunos de sus elementos culturales, en especial el cultivo, la alfarería y la tejeduría.

En apoyo de su novedoso concepto, Latcham aduce diversos argumentos de índole antropológica, etnológica, lingüística y arqueológica, de los cuales examinaremos solamente los más importantes. Subraya, con respecto a las condiciones antropológicas de la zona de referencia, que no existe uniformidad racial. Afirma que los esqueletos de las tumbas prehistóricas, al sur del Toltén, muestran una braquicefalia acentuada, y que su estatura es muy baja, a menudo menor de 1,50 m y raramente mayor a 1,55. En la "Araucanía", en cambio, domina la mesocefalia y los hombres son considerablemente más altos. No queremos entrar a discutir la validez de estos datos, sino solamente subrayamos que estamos lejos de tener suficientes conocimientos acerca de las condiciones raciales de los Araucanos prehistóricos y hasta históricos, como veremos en el próximo capítulo. Es muy probable que los Araucanos racialmente formaran una población mezclada ya en tiempos precolombinos, pero la interpretación étnica de los fenómenos respectivos es un problema muy complicado. La baja estatura de los sureños, por ej., podría explicarse por el substrato de cazadores primitivos que existió en la zona. De todos modos, tales hechos no justifican

<sup>18)</sup> Guevara 1925-1928; Latcham en muchas de sus publicaciones, pero ante todo 1928 a y b.

de manera alguna el concepto de Latcham sobre la acentuada separación étnica del grupo central de los Araucanos.

Mayor importancia corresponde a sus argumentos culturales. Según él, un abismo cultural divide a sus Araucanos "auténticos" o Mapuche de los otros. Enumera una serie de peculiaridades que en su opinión caracterizan y reflejan el patrimonio pampeano de ellos. La casa o *ruca*, dice, se distingue considerablemente de la de los Huilliche. No se da cuenta que en ambos casos se trata de construcciones bastante avanzadas que nada tienen que ver con las pobres viviendas de los cazadores pampeanos, sino que representan típicas formas de las culturas agrícolas; la diferenciación entre las formas de casa —de existir— sería nada más que una matización regional. Latcham aduce, además, que sus Araucanos "auténticos", según antiguos relatos, utilizaban toldos de cuero de guanaco, sin considerar que esta noticia admite varias explicaciones. Viviendo generalmente en casas bien edificadas, los Araucanos se valdrían de toldos solamente en ciertas ocasiones, ante todo en sus correrías de caza o de guerra. Lo más probable es que los conocían por mediación de algún substrato cazador que vivía en la zona antes de su inmigración; otra posibilidad es que imitaran los toldos de sus vecinos patagones o pampeanos, con los cuales naturalmente mantuvieron mucho contacto. Lo que Latcham señala sobre las diferencias del armamento entre los distintos grupos araucanos habla directamente en contra de su teoría. Los Picunche tenían arcos muy largos; los Mapuche muy cortos; los Picunche y Huilliche fabricaban puntas de flecha líticas, los Mapuche de hueso; los primeros se valían de la estólica o tiradera para lanzar sus cortos dardos, mientras que los Mapuche lanzaban sus largas lanzas con la mano. Ahora bien: el tamaño del arco no es un diagnóstico seguro para la procedencia de una cultura, porque cambia demasiado; de todos modos, los arcos muy largos son una característica de muchos pueblos cazadores de Sudamérica y deberían más bien estar en manos de los Mapuche para apoyar la tesis de Latcham, y las puntas de flecha de piedra son definitivamente una característica de los cazadores prehistóricos de las llanuras de Patagonia, y mucho menos de los agricultores. La estólica tiene una difusión tan general entre los cazadores y agricultores americanos que de su uso no se puede obtener conclusión alguna con respecto al parentesco étnico; por lo demás, es sin duda originariamente una invención muy antigua de los cazadores. La larga y pesada maza de madera con terminación curvada, que según Latcham es un elemento distintivo de los Mapuche, es absolutamente ajena a los cazadores pampeanos y más bien una indicación de la estrecha vinculación de los primeros con la cultura agrícola. Sin valor comprobatorio son también los detalles del traje, tocado y modo de pintarse que Latcham alega en apoyo de sus conclusiones. Si, verbigracia, los Mapuche llevaban calzones, seguramente no lo aprendieron de los cazadores pampeanos. Tampoco el enterratorio en artesones o ataúdes fabricados de grandes troncos parece una costumbre cazadora, sino de culturas más avanzadas. Más bien se le puede atribuir un origen pampeano al rito de exponer los cadáveres en un encastrado de palos para que se pudra la carne antes de depositar definitivamente los huesos en la tierra. Pero se debe preguntar en este caso como en muchos otros: ¿qué seguridad hay de que estos rasgos culturales se hallaran solamente entre los Mapuche? Sabemos tan poco de los Huilliche, y aun menos de los Picunche, que no podemos dar una contestación categórica al respecto. Se plantea también el problema cronológico. ¿En qué medida está compro-

bado que todos los rasgos atraídos por Latcham sean precolombinos?<sup>19)</sup>. Por ejemplo, el gran largo de las lanzas, típico de los guerreros araucanos de los siglos XVII y XVIII, es probablemente una innovación muy reciente, relacionada con la adquisición del caballo. Con cierto énfasis exclama Latcham que “no tenemos noticias de otro pueblo chileno que acostumbraba desollar a los prisioneros de guerra, o que conservaba las cabezas de sus enemigos como trofeos, utilizando, a veces, sus cráneos como vasos para beber”. Otra vez pasa por alto que estas costumbres son precisamente típicas de los pueblos cultivadores y deponen contra la teoría del origen cazador de sus beneficiarios. Atribuye, además, mucha importancia a la mentalidad guerrera de los Mapuche. Es verdad que éstos defendieron su independencia durante más de tres siglos con increíble tesón. Pero, tampoco los Pincunche y Huilliche eran cobardes, aunque las fuentes mencionan que eran más amables y menos belicosos; los Pincunche lucharon valientemente contra los ejércitos de los Incas. Si sucumbieron a ellos y a los españoles, la causa debe buscarse en su situación estratégica y económica que fue mucho peor que la de los Araucanos centrales. Estos podía retirarse a sus selvas y montañas mientras que en la zona semi-desértica de más al norte no existían recursos naturales y la costa era muy vulnerable. Los Huilliche, por otra parte, eran verdaderos conquistadores, pues no solamente invadieron la isla de Chiloé, habitada originariamente por los Chono o una tribu muy emparentada con ellos, sino que también se apoderaron del Neuquén al otro lado de la Cordillera, cuyos pobladores araucanos eran principalmente de filiación huilliche.

Es poco lo que Latcham expone sobre las diferencias dialectales de los distintos grupos de lengua araucana y en nada contribuyen a acreditar su teoría. Más atención merecen sus observaciones arqueológicas. Para sustentar su teoría desarrolla un sistema cronológico de la prehistoria de la zona en cuestión que parece muy exacta, pero que no puede ser considerada sin gran escepticismo, especialmente en lo que concierne a la cuenca del Cautín. En esta región, Latcham halló, según declaró, “una superposición de dos culturas distintas, ninguna de las cuales demostraba influencias incaicas”, y una “tercera más reciente”, en la cual dichas influencias se apreciaban a cada paso. “Más aún”, sigue diciendo, “muchas, sino toda la alfarería que demostraba tales influencias, era no solamente post-incaica, sino también post-española”<sup>20)</sup>. Ahora bien, la tercera cultura de Latcham es indudablemente una realidad. Pero en el presente tema esto no nos interesa. Mucha más trascendencia para el problema en discusión corresponde a la segunda época y cultura, que según Latcham existe en la zona del Cautín. Le atribuye —cito sus palabras— “tumbas que contenían muy pocos objetos de piedra y sólo algunas piezas de alfarería tosca y sin decoración. En muy contados casos se hallan también en ellas fragmentos destruidos de objetos de madera y aun de cestería, pero en tan mal estado de conservación que no dejan adivinar ni sus formas ni sus usos... Los cráneos que pudimos recoger son típicamente araucanos, de formas redon-

<sup>19)</sup> Muy acertadamente recalca P addin 1957, que no es lícito retrotraer sin más las condiciones postcolombinas de los Araucanos al tiempo prehistórico. Por cierto, extrema las cosas si opina que la costumbre de comer a los enemigos, relatada por los cronistas de la primera hora podría ser una nueva invención originada por el mero odio al invasor. Las conexiones etnológicas de los Araucanos con otros caníbales apasionados, no permite dudar de la honda raigambre de la antropofagia en la cultura araucana, aunque muy debilitada en tiempos coloniales. Ruben, 1952, pp. 196-221, aclara muy bien este punto mediante un análisis detallado de las fuentes.

<sup>20)</sup> L a t c h a m 1928 a, p. 155.

deadas y otras peculiaridades características de esta raza. Estos indios acostumbaban enterrar a sus muertos en ataúdes hechos de un tronco de árbol ahuecado, tapado con otro y sin acompañamiento de piedras y cistas. Hasta fines del siglo XVI, los ataúdes no se enterraban sino que se colocaban entre las ramas de algún árbol y sobre un catafalco levantado para este propósito". En la opinión de Latcham, esta segunda cultura es la de los intrusos araucanos; se superpone a una cultura más antigua de carácter agrícola y de difusión general entre el río Choapa y el golfo de Reloncaví. La llama cultura de túmulos. ¿Pero, existe en realidad la segunda cultura? Latcham no nombra yacimiento alguno donde haya realizado sus observaciones y hasta se enreda en contradicciones: habla, por un lado, de tumbas con poco contenido las que, desde luego, solamente podrían ser inhumaciones bajo el suelo, y por otro lado de ataúdes de madera colgados de los árboles, de los cuales, naturalmente, nada podía conservarse. En las ilustraciones no ofrece ejemplos de los materiales excavados, ni un solo tiesto cerámico. Por todo ello no podemos evitar la sospecha que la segunda cultura no sea más que el producto de su imaginación, una construcción intuitiva para fortalecer su teoría mediante argumentos arqueológicos.

Resumiendo, debemos decir que todo el sistema cronológico de Latcham, en cuanto se refiere a las partes centrales y australes de Chile, carece de fundamentos sólidos. No le falta solamente la comprobación estratigráfica, sino también un claro análisis tipológico, que podría reemplazar en cierta medida a la primera. Además, Latcham nunca presentó de manera apropiada, y ni siquiera en forma preliminar, los hallazgos excavados a los cuales se refiere; por lo tanto, no es posible controlar si son fehacientes y comprobatorios. Tampoco analiza el total de los hallazgos que ya se conocían en su tiempo, aunque algunos de ellos, como las hachas pulidas y las clavas cefalomorfas, tengan estrecha vinculación con el problema araucano. El origen y desarrollo de un pueblo no se puede enfocar mediante indicios arqueológicos tan vagos e insuficientemente documentados. Además, Latcham no apreciaba o no conocía bien los hechos histórico-culturales que ya se hallaban elaborados en su tiempo; por otra parte, exagera el significado de fenómenos de carácter meramente regional. De ahí sus errores, que no eliminan sus grandes méritos en el campo de la investigación etnológica e histórica sobre los Araucanos. El enorme caudal de hechos recogidos por él y otros estudiosos, no deja dudar que la etnia araucana muestra una matización interna causada por varios substratos y adstratos heterogéneos, y además, posiblemente, por una estratificación del propio núcleo del pueblo araucano. Sin embargo, el análisis y apreciación de todos estos fenómenos no puede realizarse sin sólidos conocimientos de la arqueología prehistórica de la zona de referencia. Así, las ideas concretas de Latcham sobre el carácter de la estratificación étnico-cultural de los Araucanos son erróneas, pues su pensamiento fundamental de una invasión de cazadores guerreros de la Pampa en Araucanía, no es sostenible.

Nos queda por considerar el problema terminológico abordado por este autor. El nombre gentilicio "Araucano" es una invención artificial del siglo XV, creada por el conquistador y poeta Alonso de Ercilla y Zúñiga (vivió más o menos de 1533 a 1596)<sup>21)</sup>, para designar a los habitantes de la región de

<sup>21)</sup> La epopeya "La Araucana", de Alonso de Ercilla y Zúñiga, apareció en forma completa en el año 1580. Existen varias ediciones modernas. Sobre su importancia histórico-etnológica compare Polakowski 1885, Guevara 1920, Gandía 1959/1960.

Arauco, quizás el centro araucano más importante de aquella época. Latcham probablemente tiene razón cuando afirma que su uso más extensivo se limitaba originariamente a los indios entre los ríos Itatí y Toltén. Pero es innegable que experimentó poco a poco un desarrollo en la lengua científica y también popular y fue adoptado desde hace muchos años para denominar todas las ramas de idioma araucano. No sería oportuno desatender este desenvolvimiento y restablecer el uso antiguo, ante todo por existir otro nombre genérico para los moradores de su división central, es decir, Mapuche. Sin duda, tampoco esa denominación es correcta desde el punto de vista histórico ni su utilización vulgar moderna, pues hoy en día todos los Araucanos suelen llamarse "Mapuche", pero en la ciencia necesitamos términos claros y esto justifica un poco la arbitrariedad. Conviene, entonces, mantener el concepto de *Araucanos* como gentilicio común y subdividir su fracción chilena para fines históricos en los tres grupos mayores, de los *Picunche* al norte, los *Mapuche* en el centro, los *Huilliche* al sur, agregando un grupo menor, los *Cunco*, vecinos y probablemente subtribu de los *Huilliche*, en la zona costera entre el río Buenos y el canal de Chacao, que separa la isla de Chiloé del continente y en la cual viven los *Chilotes*, lingüísticamente también Araucanos meridionales.

### 3. CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE EL ORIGEN DE LOS ARAUCANOS

La exposición precedente podría dar la impresión de que el actual estado de la investigación nada permite decir sobre el origen y la evolución precolombina de los Araucanos. Pero no es así. Es indudable que la definitiva solución de los problemas correspondientes no será posible sin profundizar mucho más las investigaciones —sobre todo las arqueológicas— tanto en la zona de nuestros estudios como en otras partes de Chile y hasta Sudamérica. Sin embargo, ya existen varios elementos de juicio, en parte conocidos desde hace mucho y que no han sido apreciados apropiadamente. Entre ellos figuran ciertos hechos antropológicos y etnológicos de carácter fundamental, a los cuales ya aludimos parcialmente en nuestra crítica a Latcham.

Los grupos humanos que introdujeron en América las culturas plantadoras superiores, a las cuales pertenece también la araucana, fueron ramificaciones del gran tronco racial mongólico<sup>22</sup>), aunque ya tal vez mezcladas en su zona de origen con elementos heterogéneos. En América formaron nuevas entidades raciales, cuyas delimitaciones son bastante difíciles, no solamente por la escasez de los estudios respectivos, sino también por las numerosas transiciones que existen. En Sudamérica se distinguen los tres subgrupos de los ístmidos (centráldidos), ándidos y amazónidos (brasíldidos)<sup>23</sup>), todos más o menos braquicéfalos y de relativamente baja estatura, pero muy mestizados con los sustratos más antiguos, que fueron tribus cazadoras de razas completamente distintas, dolicocéfalas, como los pámpidos y los láquidos. Los más mongoloides son los ístmidos, mientras que los ándidos y aun más los amazónidos muestran fuertes influencias de los cazadores. Los Araucanos se consideran como división especial de la raza ándida, pero hay que tener presente que esta atribución reside en investigaciones muy someras y de la población

<sup>22</sup>) Menghin 1957, p. 165, 189; 1958, p. 90.

<sup>23</sup>) Eickstedt v. 1934, p. 711 ss.; Imbelloni 1939, 1952, p. 200; Dembo 1943.

actual o histórica, faltando casi completamente el material esquelético precolombino, sea por descuido en ocasión de realizarse las excavaciones, sea por destrucción previa, pues la humedad en Araucanía es muy desfavorable para la conservación de sustancias orgánicas<sup>24</sup>). Personalmente sabemos de un solo hallazgo de restos humanos, que podemos considerar con seguridad como más antiguos que la Conquista: son unos pocos esqueletos excavados por Bullock en el cementerio de El Vergel, cerca de Angol (prov. de Malleco)<sup>25</sup>), excavaciones cuya importancia arqueológica apreciaremos en el próximo capítulo. Según Bullock, aparecieron esqueletos de gran talla (170—178 cm) y otros bastante bajos (140—160 cm), lo que sin duda indica importantes diferencias raciales. Pero, la interpretación étnico-racial de este fenómeno se enfrenta con la dificultad que la publicación no presta datos relativos a los cráneos, que probablemente se hallaron destruidos. De todas maneras la alta talla de un esqueleto señalaría una contribución de la raza pámpida. En lo que se refiere al material actual e histórico no debemos olvidar que en tiempos postcolombinos, seguramente se intensificó la mezcla entre los Araucanos y los pueblos cazadores de la Pampa y Patagonia. A ello se añade el mestizaje con los Europeos, pues los Araucanos mostraban particular inclinación para la unión matrimonial o extramatrimonial con cautivas blancas. Semejantes enlaces se realizaron probablemente en cantidad suficiente como para alterar algo el cuadro racial. Sea como fuere, si bien es indudable que los actuales Araucanos representan un grupo indio de acentuada complexión mongoloide, no parece aconsejable atribuirlos sin más al subgrupo ándido, y aún menos sus antepasados prehistóricos, de cuya raza prácticamente nada sabemos. El carácter básicamente amazónico de la cultura araucana sugiere la idea que originariamente tal vez formaban un subgrupo de la raza amazónica. En realidad, el problema tiene poco interés para nuestros objetivos.

La cultura amazónica a la cual acabamos de aludir corresponde al gran complejo horticultural, o sea un nivel cultivador medio, que caracteriza ciertas culturas neolíticas (o más bien protoneolíticas) del Viejo Mundo<sup>26</sup>); se destaca por un cultivo relativamente reducido y el escaso conocimiento de animales domésticos, y exclusivamente pequeños. Es la forma en la cual el Neolítico inmigró a las Américas por el camino pacífico, posiblemente alrededor de 2.500 años a. C. Parece que integró sus primeros núcleos en Centroamérica, Colombia y Ecuador, de donde se difundiera hacia el norte y hacia el sur<sup>27</sup>). En Sudamérica invadió especialmente la cuenca del Amazonas. Las etnias más importantes que pertenecen a este gran complejo, son los Arauk, los Guaraní y los Caribes, cuyas culturas actuales, por supuesto, no son directas e inalteradas continuaciones del antecesor neolítico, sino que en el transcurso de los milenios recibieron muchas influencias heterogéneas, de un lado de los sustratos más primitivos (epipaleolíticos), del otro de las altas culturas andinas. Los Araucanos son, culturalmente, cercanos parientes de los mencionados pueblos. No cabe aquí referirse a una exposición detallada de este concepto, que precisa sin duda una mayor profundización, pero parece conveniente acentuar

---

<sup>24</sup>) No sabemos si el material antropológico al cual se refirió Latcham se ha conservado en algún lugar; de todos modos sería necesario revisarlo con métodos modernos.

<sup>25</sup>) Bullock 1955.

<sup>26</sup>) Menghin 1957, p. 188.

<sup>27</sup>) Sauer 1952; Menghin 1957, p. 190.

que desde el punto de vista arqueológico, existen muy significativas relaciones entre los Araucanos y los grandes pueblos amazónicos, sobre todo los Guaraní.

El íntimo lazo entre las culturas amazónicas y las correspondientes de Melanesia, Indonesia e Indochina y la ubicación marítima de los Araucanos, podría inducir a pensar que este pueblo, o por lo menos decisivos elementos de su cultura, llegaron directamente de Oceanía occidental o Asia suroriental. En realidad, ya se han debatido semejantes ideas, pero hasta la fecha no ha sido posible comprobar su exactitud. Es mucho más probable que los antepasados de los Araucanos prehistóricos residieran con anterioridad en alguna parte de la gran cuenca amazónica y se desprendieran de sus antepasados en un tiempo más o menos remoto. En cambio, no se puede descartar la posibilidad de que su migración se realizó en varias oleadas y por varios caminos y que una parte de los emigrantes se aposentó en otras comarcas a lo largo de su derrotero, de donde ya desaparecieron en tiempos prehistóricos. Hasta se puede pensar que llegaron en cierto momento de su éxodo a la costa del Pacífico (tal vez en el norte de Chile) y siguieron el itinerario hacia el sur, por mar. Esto explicaría varios fenómenos bastante enigmáticos que se refieren a los Araucanos: su arrinconamiento en el extremo sur de la zona apta para el cultivo del maíz y el aislamiento de su cultura bastante arcaica y tan distinta de las modalidades vecinas.

En este conjunto cabe destacar que existe un curioso contraste entre la difusión de los hallazgos arqueológicos que consideramos como distintivos de la cultura araucana (hachas cilíndricas y clavos cefalomorfos), y la ocurrencia de topónimos de etimología araucana. Los mencionados elementos arqueológicos se atenúan cada vez más cuando se rebasa el río Rapel y terminan prácticamente por completo más allá del río La Ligua<sup>28</sup>); la toponimia araucana, en cambio, se extiende hasta Copiapó (prov. de Atacama)<sup>29</sup>), aunque también disminuye en la provincia de Coquimbo. Esto da la impresión de que en cierta época hubo un movimiento posterior de los Araucanos hacia el norte, lo que se pone otra vez en favor de la inmigración por vía marítima. En el transcurso de nuestras investigaciones, cuya publicación nos reservamos para otra oportunidad, asomaron varios argumentos arqueológicos que robustecen este concepto.

En lo expuesto siempre hablamos del grupo étnico que representa los portadores de la lengua araucana. Tocante a los problemas lingüísticos, no se puede negar de antemano que en el histórico habitat de los Araucanos puede haber existido, y hasta co-existido, un estrato de cultivadores de otra estirpe, aunque de lejano abolengo cultural común, es decir, también radicado en el complejo del Neolítico horticultural, que se intercala cronológicamente entre los sustratos cazadores y los Acaucanos. Hasta existen indicios arqueológicos bastante claros al respecto, como veremos más adelante.

En lo tocante a la lengua araucana, tenemos que subrayar que hasta la fecha se halla en completo aislamiento<sup>30</sup>). Las relaciones con el quechua son evidentemente secundarias y muy recientes. Existen algunas analogías lexicográficas y gramaticales difundidas en América y en el otro lado del Pacífico<sup>31</sup>),

<sup>28</sup>) Compárese los mapas Schobinger 1959 a, p. 100-118.

<sup>29</sup>) Keller 1952, p. LXI.

<sup>30</sup>) Los argumentos referentes al parentesco de la lengua araucana con el guaraní, atraídos por A. Jover Peralta 1950, no son convincentes.

<sup>31</sup>) Ibarra Grasso 1958, p. 81.

como la palabra *toki*<sup>32</sup>), con la cual los Araucanos designan ciertas insignias; pero estas correspondencia no señalan más que el parentesco básico entre los pueblos, culturas y lenguas respectivas. Las supuestas relaciones con el esquimal<sup>33</sup>) podrían combinarse con ciertas oscuras corrientes culturales procedentes de la zona subártica, que se han observado desde hace mucho en algunas culturas sudamericanas y también en Chile y entre los Araucanos<sup>34</sup>). Pero todos estos detalles no comprueban nada respecto al origen del propio idioma araucano. No es imposible que algún día se descubran en Sudamérica, tal vez en la gran cuenca amazónica, una u otra lengua emparentadas. Esto significaría un progreso definitivo acerca de la cuna de los Araucanos.

#### 4. FUNDAMENTOS CRONOLOGICOS Y COROLOGICOS DE LA PREHISTORIA DE ARAUCANIA.

Varias veces nos referimos a los sustratos prearaucanos, esencialmente a las culturas precerámicas y cazadoras que se hallan en el habitat de los Araucanos. No sabemos mucho de ellos, pero sí lo suficiente como para afirmar que no solamente existen residuos de esta índole, sino que reflejan varios complejos distintos de carácter epiprotolítico y epimiolítico, es decir, tardías estribaciones del Paleolítico inferior y superior, respectivamente. Mientras en Chile central y septentrional (como en muchas otras partes de Sudamérica) semejantes industrias de morfología paleolítica, de edad absoluta a veces muy reciente, abundan tanto en la costa como en el interior, más al sur aparecen hasta ahora exclusivamente en cercanía de las orillas marinas, probablemente tan sólo por falta de investigaciones en el *hinterland*, en el cual, por otra parte, se concentran más los materiales arqueológicos de las culturas neolíticas, atribuibles a los Araucanos o quizás a predecesores agroalfareros de ellos. Bird descubrió en los conchales de la gran Isla de Chiloé dos capas principales<sup>35</sup>). La inferior presenta un contenido arqueológico muy primitivo, que puede clasificarse como industria de guijarros (*pebble culture*), cuyo instrumento más característico es el tajadero (*chopper*). En la superior aparecen hachas cilíndricas y cerámica tosca, evidentes vestigios de influencias neolíticas y, por lo menos en parte, araucanas. La isla necesita una investigación mucho más intensiva para permitir sólidas conclusiones sobre su pasado prehistórico. Sin embargo, ya es lícito decir que su acervo cultural más primitivo fundamentalmente corresponde al Epiprotolítico de guijarros y gruesas lascas, tan difundido en Patagonia y también más al norte de Sudamérica austral<sup>36</sup>), no faltando en Chile septentrional<sup>37</sup>). Integra la base del Ríogalleguense de Patagonia que se desarrolla en tres etapas (Ríogalleguense I – III) y al final desemboca en el Magallanense y el Ushuaiense, acervo arqueológico de los antiguos indios canoeros de raza *fuéguida*, o sea los Alakaluf y Yámana, respectivamente<sup>38</sup>). Un día se descubrirán industrias idénticas también en Araucanía, lo que se evidencia por un yacimien-

<sup>32</sup>) Imbelloni 1953, p. 279.

<sup>33</sup>) Ibarra Grasso 1958, p. 81.

<sup>34</sup>) Krickeberg 1934; Menghin 1960, p. 362.

<sup>35</sup>) Bird 1938, 1946.

<sup>36</sup>) Menghin 1957 a y b, 1960.

<sup>37</sup>) Sin publicar aún.

<sup>38</sup>) Menghin 1960.

to sobre la terraza de 35 m en Cahuil, cerca de Pichilemú (Prov. de Colchagua), unos 100 km al norte de la desembocadura del río Maule<sup>39)</sup>. Se trata de artefactos que corresponden al Ríogalleguense II. Los últimos beneficiarios de esta modalidad en la zona en cuestión, es decir, de Chile central hasta el golfo Penas (donde, según la opinión de la mayoría de los expertos, comienza el área de los Alakaluf), serían los extinguidos Chono, emparentados con los Alakaluf y Yámana. Los Chono eran muy influenciados, y en parte suprimidos, por sus vecinos araucanos<sup>40)</sup>.

En este conjunto tiene mucho interés una tradición de los Araucanos modernos relatada por Bullock<sup>41)</sup>, según la cual, cuando llegaron sus primeros antepasados a la región "había una gente aquí muy distinta de ellos. Era gente muy pacífica, muy mala para pelear, pero muy trabajadora y muy buena para hacer toda clase de trabajos. Era gente de baja estatura y gruesa, algo gordos y los Mapuche los llamaban Kofkeche". Esta palabra significa, según Bullock, en lengua araucana, "gente como pan", es decir, redonda como una tortilla, rechoncha. Bullock interpreta esta leyenda conforme a las ideas de Latcham y considera a los "Kofkeche" como portadores de la cultura "prearaucana" en el sentido de este autor, es decir, como una etnia agroalfarera, que hablaba la lengua araucana aceptada después también por los invasores "auténticamente" araucanos. Sin embargo, los caracteres físicos y aun más los psíquicos de los Kofkeche —cuya existencia podemos considerar como real— coinciden mucho más con los de los indios canoeros. Por tanto, nos parece más verosímil, que —quizás mezclados con otros elementos muy antiguos (cazadores superiores)— representen restos del substrato más primitivo de la zona, presumiblemente de raza fuéguida. Por otra parte, los Araucanos meridionales (Huilliche, Cuncoco, Chilotes) habrán recibido seguramente mucha sangre de esta procedencia.

Se hace notar en la costa araucana otro grupo arqueológico, de carácter algo más avanzado, especialmente en la zona de Valdivia. En esta comarca existe una industria de basalto negro, de la cual pudimos estudiar una buena serie que se encuentra en poder del profesor Walter Reccius, residente en la citada ciudad<sup>42)</sup>. Los especímenes más típicos que hemos observado, proceden de la costa cerca de Chanchan y Queule y comprenden raederas y muchas simples puntas foliáceas de retoque bifacial, a veces de hechura muy elegante. Las raederas recuerdan al Ríogalleguense evolucionado y al Magallanense; las puntas foliáceas, en cambio, al Ayampitínense, cultura de morfología miolítica y de gran difusión en Chile, Argentina y Bolivia, en alturas de hasta 4.000 m y más. Por ello, el Chanchanense representaría una mezcla de dos modalidades culturales epipaleolíticas, una más primitiva epiprotolítica de tipo Ríogalleguense, y otra más evolucionada de abolengo miolítico, patrimonio de cazadores superiores.

Una tercera expresión cultural totalmente distinta de las otras dos floreció en ciertos concheros de la costa araucana desde Valdivia hasta Concepción, más o menos. Todavía la conocemos muy mal. Uno de sus centros se encontró

39) Montané 1960.

40) Cooper 1917, 1946 a.

41) Bullock 1955, p. 147.

42) Pudimos estudiar la magnífica colección del Prof. Walter Reccius al final de nuestra estada en 1958 en Araucanía. Debemos también agradecer, tanto a él y a su señora esposa, la hospitalaria acogida en su casa,

en Talcahuano, en las inmediaciones de Concepción<sup>43</sup>), otro en la costa de la Provincia de Arauco<sup>44</sup>). La colección Reccius nos proporcionó un limitado conocimiento de la industria lítica de Talcahuano. Utiliza como materia prima, con predilección, la cuarcita gris. Entre los artefactos líticos llaman la atención las puntas de flecha con limbo dentado, una o dos barbas a cada lado, y un corto pedicelo triangular; son las puntas de flecha más elaboradas de toda Sudamérica. Nos fue obsequiada una de ellas procedente de las orillas del río Naguilán, al sur de Valdivia (fig. 1). Parece comprobar una considerable ex-

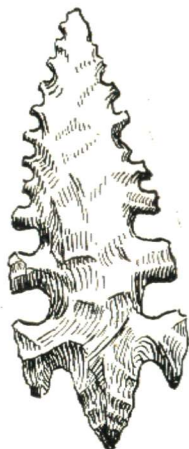


Fig. 1. Punta de flecha del arroyo Naguilán cerca de Valdivia. Tamaño natural.

tensión de esta cultura hacia el sur. Ignoramos si con esta industria se encuentra asociada la cerámica, pero si así hubiera sucedido, la conclusión de que se trate de una auténtica cultura neolítica no sería exacta, pues puede representar un Paraneolítico, es decir, un Epimiolítico neolitizado análogo al Patagoniense más reciente de la Argentina, la que posee alfarería y excelentes artefactos pétreos, a veces hasta pulidos, pero que carece del cultivo y de la ganadería, elementos indispensables de un auténtico Neolítico. Para apreciar la cultura de Talcahuano son muy importantes las investigaciones de Henckel sobre los esqueletos que procedieron de estos conchales. Representan una raza dólico hasta mesocéfala de baja estatura que nada tendría que ver con los Araucanos. Por de pronto, el Talcahuanense es un fenómeno bastante enigmático, pero posiblemente está relacionado con la cultura del "Pueblo de Las Cenizas", identificada por Gajardo Tobar<sup>45</sup>) en sus excavaciones en Las Cenizas (prov. de Valparaíso), y otros lugares de esta zona. Se trata de restos de viviendas (fogones) y cementerios con gran número de tumbas. Los esqueletos se encontraron en posición generalmente flexionada, más raramente estirada, con ajuar mortuario bastante prolijo. La industria consiste en artefactos silíceos más o menos tos-

<sup>43</sup>) Henckel 1933. — Los conchales de Talcahuano fueron en parte explorados por los marinos de la tripulación del crucero alemán Dresden, detenido en ese puerto durante la primera guerra mundial. Los objetos desaparecieron principalmente en manos de coleccionistas, y otra parte, siete cajones en total, durante su envío a Alemania. En el museo de la ciudad, debería existir una colección de materiales de este yacimiento de la región; sin embargo, no pudimos averiguarlo cuando estuvimos en Concepción, durante el año 1956, en virtud de que el local se hallaba entonces cerrado, por "hallarse en desorden".

<sup>44</sup>) Joseph 1930.

<sup>45</sup>) Gajardo Tobar 1959.

cos, pero a veces aparecen puntas de flecha bastante acabadas, incluyendo pedunculadas y dentadas; en mi opinión se vinculan con la tradición ayampitense. Hay abundancia de manos para moler colores, percutores, colorantes rojo, amarillo y blanco, artefactos de hueso y de concha, y ante todo muchas piedras horadadas, completas y rotas. En indudable conexión con las sepulturas se observaron, además, cantidades de piedras de cúpula (o de tacitas). Restos de una cerámica tosca y gruesa asomaron exclusivamente en los estratos superiores, lo que indica que se trata de una cultura originariamente precerámica. No puedo compartir la suposición del meritorio excavador de que estamos frente a una cultura neolítica; en el mejor de los casos se podría hablar de un Paraneolítico, es decir, un Epimiolítico en estado de neolitización. Es interesante que las piedras de cúpula y las piedras horadadas (que servirían principalmente como cabezas de clavos o pesas de palo para excavar) se hallan hasta muy al sur del río Maule; especialmente las piedras horadadas son muy comunes en la zona de Angol. Pero, las unas como las otras faltan en la zona meridional del habitat de los Araucanos, hecho que habla contra su originaria vinculación con éstos. Los cráneos del "Pueblo de Las Cenizas" son en su mayoría mesocéfalos, a veces con tendencia dolicocefala y hacia la braquicefalía. No sería imposible que se trate de la misma raza que en Talcahuano, pero esta suposición precisa una investigación más detenida.

En el interior de la Araucanía existen ciertos vestigios de culturas agrícolas que podrían ser pre o protoaraucañas; se trata de instrumentos de sílice de forma y tamaño inusitado, esculturas, grabados rupestres de carácter peculiar (como los de Llama) y fragmentos de vasos cerámicos con decoraciones grabadas, muy distintas de los demás estilos alfareros de la zona. Mencionaremos uno u otro de estos fenómenos en los capítulos siguientes sin poder ocuparnos de ellos más detenidamente en este estudio. Los señalamos solamente para llamar la atención sobre la posibilidad de que existan unidades agroalfareras pre o protoaraucañas no definibles aún, representantes de un hipotético Neolítico antiguo de Araucanía.

Lamentablemente nada sabemos con exactitud sobre la época en la que se realizó la invasión de los Araucanos, es decir de la gente de habla araucana, al sur de Chile. En los conchales de la zona de Arauco asoman muchos elementos de la cultura araucana, como pipas y hachas, pero no contribuyen nada a la aclaración del problema cronológico; el estado de las investigaciones ni siquiera permite decidir si representan solamente objetos de trueque entre la primitiva población costera y los Araucanos o son vestigios de auténticas migradas de este pueblo en las orillas del mar. Sea como fuere es casi seguro que los sustratos pre y paraneolíticos se mantuvieron mucho tiempo en la zona costera cuando los Araucanos ya dominaban el interior del país. Los Araucanos ya vivían en la región antes del choque con los Incas, que sucedió en la segunda mitad del siglo XV, más exactamente alrededor de 1470. Latham opina que sus "auténticos" Araucanos, guerreros pampeanos, llegaron dos siglos antes de la irrupción peruana, mientras que los "Prearaucaños", o sea los portadores del idioma araucano poblaban la zona desde tiempos inmemoriales. Como comprobación de la última afirmación aduce que la toponimia del país es exclusivamente araucana. Faltando una investigación moderna sobre el particular, es difícil establecer la exactitud de este argumento; pero de todos modos es evidente que la abrumadora mayoría de los toponimios regionales permiten una etimología araucana. Sobre la base de este hecho, es inevitable ad-

mitir una considerable edad en cuanto a la llegada de este pueblo. Tiene que haber inmigrado muchos siglos antes de la Conquista. Esto nos habilita para distinguir dos fases principales de la época araucana o tardioneolítica en la comarca entre el río Maule y el golfo de Ancud: la precolombina y la post-colombina; también podemos llamarlas Paleoaraucano y Neoaraucano. Es una división algo teórica, pues de la mayoría de los restos arqueológicos de la zona indicada, por de pronto, no es posible definir con seguridad la pertenencia a una u otra de ambas dos fases. Sin embargo, es indispensable, si queremos crear un orden por lo menos provisional en la prehistoria araucana.

En el transcurso de estos estudios haremos algunos ensayos para solidificar y detallar más nuestros conocimientos cronológicos y corológicos del país araucano. Por el momento, a fin de entender mejor las explicaciones siguientes, presentamos aquí un sistema preliminar que reemplazaremos en el resumen final por uno más elaborado, aun cuando muy susceptible de enmiendas.

#### *Neolítico tardío:*

- Neoaraucano (cultura postcolombina de los Araucanos).
- Paleoaraucano (cultura precolombina de los Araucanos).

#### *Neolítico antiguo:*

- Hipotéticas culturas agroalfareras pre o protoaraucanas.

#### *Epipaleolítico:*

- Culturas paraneolíticas.
- Epimiolítico (culturas atrasadas de morfología miolítica).
- Epiprotolítico (culturas atrasadas de morfología protolítica).

## 5. LOS YACIMIENTOS DE EL VERGEL Y LAS TUMBAS DE URNA.

Como ya mencionáramos más arriba, el señor Dillman Bullock, jubilado Director de la Escuela Agrícola de El Vergel en Angol (prov. de Malleco), realizó interesantes excavaciones en el fondo del Instituto. De los yacimientos investigados descuella un cementerio cuyo material publicó en un estudio muy sustancioso que también se refiere a otros numerosos hallazgos del mismo carácter, en la región entre los ríos Bío Bío y Toltén. Este trabajo es, sin duda, la contribución más importante a la arqueología prehistórica de toda la región araucana aparecida hasta la fecha. Su médula es la detenida descripción de unas treinta y cinco tumbas de urna encontradas en la mencionada zona. Parece que siempre se trata de enterratorios sin signo externo (túmulo, etc.). La mayoría de ellos no fueron excavados de manera científica, sino en ocasión de trabajos de campo, pero la entidad de sus características con las tumbas de El Vergel permite su asimilación a un grupo bien determinado. Su área de dispersión es muy limitada por ahora<sup>46</sup>); no se puede excluir que tal vez aparezcan un día más al norte o al sur yacimientos análogos.

Las urnas funerarias de estos enterratorios tienen de 38,2 a 92 cm, pero la mayoría entre los 40 y 65 cm de altura. El considerable tamaño de algunas permite suponer que no solamente contenían huesos infantiles, sino también de personas maduras. Por lo menos en el último caso tiene que tratarse de

<sup>46</sup>) Compárese el mapa Bullock 1945, p. 142.

sepulturas secundarias, pues en estos receptáculos, bastante reducidos, no sería posible que cupiesen cadáveres frescos de adultos. La forma de las urnas es sencilla: generalmente muestran paredes más o menos arqueadas, raramente con clara demarcación de cuello, y siempre dos asas en forma de cinta situadas un poco más arriba de la línea mediana. En algunas ocasiones se hallaron urnas cubiertas con tapas de semejante forma, pero de tamaño más pequeño. A veces, el borde de la urna está reforzado por una especie de engrosamiento. Preferentemente tienen color tierra negruzca o amarillenta, a veces ladrillo, en cuyo caso suele tratarse de un engobe o *slip*. Las decoraciones son raras; en uno de los vasos aparecen en su parte superior unas acanaladuras horizontales, en el cuello de otro, pinturas rojas sobre fondo blanco. Se trata de motivos geométricos, principalmente rombos, y una figura humana muy esquematizada.

Es de gran importancia que de las piezas cerámicas menores extraídas de estas grandes urnas, se hallaran cierto número de vasos de formas bastante variadas y con pintura roja sobre engobe blanco. Llama la atención la clara diferencia estilística y técnica que separa las propias urnas funerarias de la cerámica pintada accesoria; se trata evidentemente de productos que corresponden a dos componentes culturales heterogéneos. Respecto de los vasos pintados Bullock piensa en conexiones directas con Perú, o sea con la cerámica incaica. En parte tendrá razón con eso, pues en un cantarito asimétrico de Coigue se halla el motivo de clepsidra (Bullock, fig. 71), típico en la cerámica pintada de los vasos incaicos del tiempo de la invasión peruana en Chile y Argentina. También la urna funeraria con cuello pintado muestra este motivo aunque en posición horizontal (Bullock, fig. 39); es un producto muy indicativo de la mezcla de ambos estilos.

Por lo demás, parece muy probable que los vasos pintados reflejen de por sí dos estilos diferentes. Un grupo, que podemos considerar como el más antiguo, abarca jarros asimétricos, muchas veces con cuello cigoñal, y decoraciones bastante peculiares (Bullock, fig. 4, 36, 65, 70), mientras que el otro, especialmente dos vasos de Cancura (Bullock, fig. 30), se caracteriza por jarritos simétricos cuya forma y decoración ya los acercan a la famosa cerámica postcolombina de Valdivia, sobre la cual nos explayaremos en el capítulo 9.

Entre los vasos accesorios se hallan también algunos de hechura ordinaria, es decir, sin ornamentos pintados, generalmente cubiertos de un *slip* rojo. En parte son similares a los vasos del cementerio de Pitrén (capítulo 7).

Bullock no duda que las tumbas de urna no solamente sean precolombinas, sino preincaicas y hasta "prearaucanas", adhiriéndose en este punto a las ideas de Latcham. Para ello se apoya en el hecho de que los Araucanos históricos no conocían la sepultura en urnas, no contando con las eventuales lagunas de las tradiciones que poseemos sobre el particular o la posibilidad de cambios culturales después de la Conquista. Ante todo, pasa por alto que la alfarería pintada de las tumbas de urna indica contactos peruanos que difícilmente pueden ser más antiguos que la invasión incaica en la segunda mitad del siglo XV; los dos vasos tan próximos al estilo de Valdivia sugieren una edad aún más reciente. Suponemos que ambas jarros corresponden a la última fase de las tumbas de urna, o sea al tiempo de su desaparición. De otra parte, hablan ciertas aunque escasas analogías con la cerámica que excavamos en Pitrén y que describiremos más adelante, en favor del comienzo preincaico de las tumbas de urna. Así será permitido subdividir el Vergelense (como llamaremos el complejo carac-

terizado por estos sepulcros) en dos etapas, Vergelense I y II, inmediatamente preincaica la primera, mientras que la segunda coincide con el tiempo de la dominación incaica en Chile central y septentrional y el comienzo de la Conquista.

Con respecto al origen de estas tumbas, Bullock recalca que la cultura de los Diaguitas argentinos no conoce sepulturas de adultos en urnas, sino solamente de párvulos, y que lo mismo sucede con la llamada cultura diaguito-chilena (denominación muy inoportuna por cuanto nada tendría que ver con los Diaguitas). Se conocen algunas tumbas de urna en Chile central, pero ellas tienen forma distinta. Bullock supone por todo esto "que el pueblo que trajo esta costumbre a Chile llegó del otro lado de los Andes, del lado de la Argentina... En efecto, existen allá varias culturas que sepultaban adultos en urnas (especialmente Candelaria y los Guaraní), por cierto bastante lejos de las regiones por donde podían haber pasado fácilmente a esta parte de Chile". "El tiempo y mayores estudios en ambos lados de la Cordillera, revelarán la verdad acerca de estos hechos prehistóricos", declara Bullock con mucha prudencia. Estamos completamente de acuerdo con él en este punto y atribuimos a tal hecho un gran significado para el problema del origen de los Araucanos. Sobre este tema volveremos al final.

En el cementerio de El Vergel y algunos otros lugares, se halló, al lado de tumbas de urna, otra forma de enterramientos. En éstos, los esqueletos extendidos estaban protegido por piedras (sin formar cistas); o carecían de ellas. Parece que la diferencia ritual no tiene importancia cronológica, pues en tumbas de ambas clases se hallaron ciertos aditamentos funerarios de tipo idéntico, es decir, adornos auriculares de metal de un tipo que se conocen desde hace mucho como elemento característico de la cultura araucana. Consisten de una placa más o menos rectangular y un arco de suspensión sin o con muesca bajo la salida del arco. Generalmente son de cobre, pero a veces también de plata o de oro (Bullock, lám. 8). En Neuquén se han encontrado muchos<sup>47)</sup>. Los aretes con muesca se remontarían al Paleoaraucano; los otros sin duda pertenecen en su mayoría al Neoaraucano sin saber si ya existían con anterioridad. En Pachimoco, prov. de San Juan, Argentina, aparecieron en una tumba precolumbina dos arcos de oro de semejante modelo, pero más elaborados<sup>48)</sup>. De benedetti acentúa su forma exótica y parece presumir que descenden de los Araucanos. Esto no es probable, más bien se puede pensar en que todos los objetos de este tipo evolucionaron sobre la base de formas norteñas. Un bronce de "uso desconocido", encontrado en Caldera, prov. de Antofagasta<sup>49)</sup> es en mi opinión un arete que podría figurar en la filiación de los araucanos. Por lo demás, nada seguro podemos decir, por falta de hallazgos aclaratorios, cuando los Araucanos conocían los metales, ante todo si los poseían con anterioridad a su contacto con los Incas.

El yacimiento de El Vergel ofreció también restos de viviendas. Sobre una especie de piso aparecieron varias piedras de moler y especialmente manos. Es casi seguro que se remontan a una época más antigua que el cementerio que fue establecido en el sitio del pueblito abandonado. Bullock dice: "En

47) San Martín 1930, p. 280; Serrano 1934, fig. 20-21, 1947; fig. 163.

48) De benedetti 1917, p. 394, fig. 113.

49) Latcham 1928a, p. 104, fig. 22 (14).

los trabajos de desenterrar las urnas se encuentran constantemente pedazos de cántaros de muchas diferentes clases y tipos. En el mismo lugar es posible recoger cientos de pedazos sumamente variables. Ocasionalmente en ciertas partes los pedazos pintados<sup>50)</sup> son comunes y raras veces se encuentran pedazos grabados". Bullock da algunas pruebas de los últimos (fig. 75): un borde de cantarito con incisiones en dirección horizontal y cinco otros fragmentos con pequeñas incisiones verticales, y agrega: "No tengo conocimiento de cántaros enteros con este tipo de grabados en Chile". También nosotros hallamos en la excavación de la cueva de los Catalanes, no muy lejos de Angol, algunos pocos fragmentos de cerámica grabada. Como más adelante veremos, la situación estratigráfica nos permite afirmar que cerámica de este tipo aparece antes y después de la Conquista, de manera que, en el actual estado de nuestros conocimientos, no sirve para determinaciones cronológicas. Es evidente que existían varias clases de alfarería grabada que corresponden a distintas edades y posiblemente también culturas. Ya mencionamos más arriba que una parte de ella podría ser proto o prearaucano.

A unos cien metros de distancia de las tumbas se encontraron, además, dos objetos de especial interés: dos estatuas (estelas) de piedra, la más pequeña con una cabeza, la otra con dos (fig. 2)<sup>51)</sup>. Miden 42 y 44,6 cm de alto, respectivamente. Una estatua con una cabeza y muy semejante a la mencio-

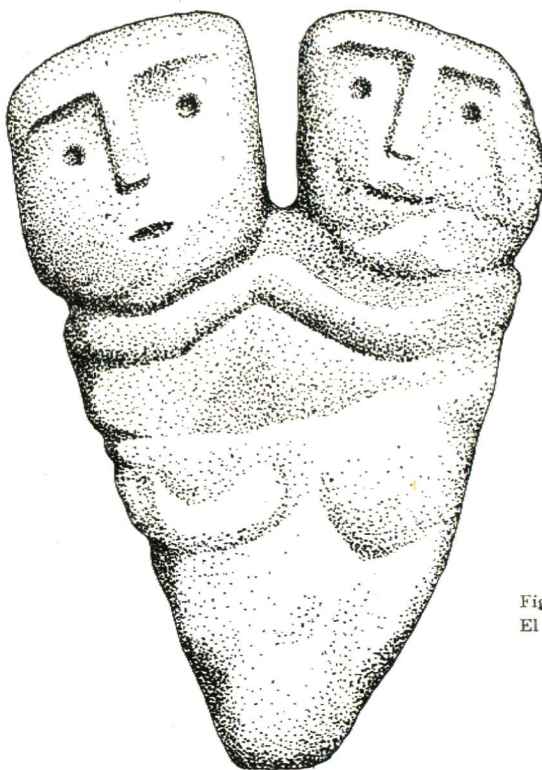


Fig. 2. Estela bicéfala de El Vergel. Algo menos de  $\frac{1}{4}$  de tamaño natural.

50) Bullock no dice nada sobre la pertinencia cultural de los mismos.

51) Bullock 1936, 1952, 1957, fig. 19 y 20.

nada, tiene 60 cm de altura y procede de la Cordillera de la Costa, cordón de Nahalbueta, a unos 1.000 metros sobre el nivel del mar<sup>52</sup>). No conviene detenernos en la interpretación de estas interesantes esculturas; para nuestros fines es más importante establecer que semejantes figuras bicéfalas se hallan también en Bolivia. Una placa lítica en nuestra posesión, que procede de la zona de Oruro, ciudad situada al sur de La Paz (fig. 3), ofrece —si prescindimos

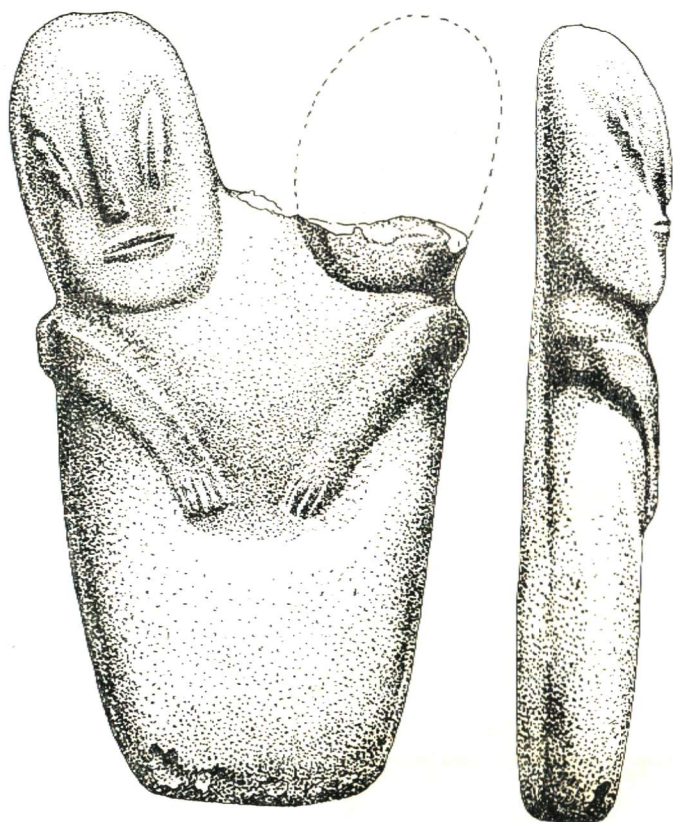


Fig. 3. Idolo bicéfalo de la región Oruro (Bolivia).  
Cerca de  $\frac{2}{3}$  de tamaño natural.

del tamaño (16 cm de largo)— una representación de gran similitud con la bicéfala de El Vergel. Ibarra Grasso publicó<sup>53</sup>) un ídolo similar de 11,4 cm de largo, y dice conocer la existencia de una docena de semejantes, así como varias otras con una y tres cabezas, todas ellas de la zona de Cochabamba, en Bolivia. El autor no se pronuncia más exactamente sobre la fecha y cultura de estos ídolos; pero recalca su diferencia con el estilo de Tiahuanaco y se inclina a considerarlas más antiguas. Sea como fuere, otra vez estamos frente a una interesante conexión cultural, posiblemente muy antigua, con una región trasandina que, a su vez, tiene relaciones amazónicas. Desgraciadamente no

<sup>52</sup>) Bullock 1952.

<sup>53</sup>) Ibarra Grasso 1956. — Los ojos oblicuos de las esculturas marcan una destacada diferencia racial, lo que no quita el parentesco del motivo religioso y artístico,

podemos decir nada seguro sobre la edad de las esculturas de El Vergel, pero es muy improbable que tengan algo que ver con las tumbas. Más bien se podría pensar en una conexión con el pueblito prehistórico que existió en la zona del cementerio, aunque considerando la distancia entre las viviendas y el lugar donde las esculturas fueron descubiertas tampoco esto es comprobable.

## 6. EXCAVACION DE LA CUEVA DE LOS CATALANES, DISTRITO DE ESPERANZA (PROV. DE MALLECO).

En el año 1956 fuimos invitados por el Director del Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile, Dr. Luis Sandoval S., a fin de colaborar durante algunos meses con esa institución. Parte del programa fue el estudio del importantísimo Museo que fundó y dirige el señor Dillman Bullock en El Vergel (Angol), la visita a los yacimientos excavados por dicho explorador y la investigación de una cueva que posiblemente pudiera proporcionarnos datos estratigráficos acerca del desarrollo cultural de la zona. Acompañantes en esta expedición fueron mi esposa y cuatro investigadores del Centro, los señores Bernardo Berdichewsky, Alberto Medina, Carlos Munizaga y Francisco Reyes. El señor Bullock nos guió con la mayor amabilidad por los sitios donde había efectuado sus importantes excavaciones, publicadas en el trabajo que acabamos de analizar, y nos facilitó los estudios en su gran y bien ordenado Museo, explicándonos y mostrándonos cuanto le solicitamos.

Luego de algunas infructuosas búsquedas, logramos localizar una promisoría cueva unos 60 km al noroeste de Angol, en el ancho valle del río Renaico. Actualmente pertenece al fundo "El Peñón" del señor Rafael Corre; antes al latifundio "Los Catalanes", hoy parcelado. La cueva se abre en el paredón rocoso de un pequeño cerro, modelado en los acantilados de arenisca que acompañan al valle; parece producida por una corriente de agua que la socavó en tiempos cuaternarios. Se ha secado desde hace muchos siglos y ahora es utilizada como depósito de paja, la que al incendiarse en cierta oportunidad, tiznó gran parte de sus paredes. Por una entrada de unos ocho metros de ancho por seis de altura, se pasa a una sala de más o menos las mismas dimensiones y diez metros de largo; después la cueva se estrecha bruscamente en un angosto corredor de unos dos metros de altura. La abertura de la cueva mira hacia el noreste. Cerca de la entrada se halla muy arriba, en la pared nororiental, una cueva lateral con otra abertura, a la que no es muy difícil llegar.

La primera observación que hicimos en esta gruta fue la existencia de grabados rupestres, cuyo grupo más importante (fig. 4) se encuentra en la pared del fondo, cerca de la entrada al estrecho corredor que mencionamos. Se trata de líneas muy finas, bastante confusas, aunque en algunos lugares se ordenan en motivos más claros, ante todo un disco con radios inscriptos. Es tan similar a las usuales decoraciones de los tambores araucanos (*cultrún*), que difícilmente se puede negar una conexión con ellos. Si la figura no representa directamente un *cultrún*, por lo menos reproduce la decoración de su membrana. Este grabado, técnica y estilísticamente, nos dejó una sorpresa, pues no conocíamos idénticas. Su presencia nos convenció desde el primer momento en que nos encontramos en una cueva donde residieron gentes de stirpe araucana. En la pequeña cueva lateral también se hallan garabateos



Fig. 4. Grabado rupestre de la cueva de Los Catalanes. Cerca de 1/10 de tam. nat.

semejantes, mezclados con producciones modernas. A la derecha de la entrada, y sobre una piedra caída en el interior, aparecen algunos dibujos muy simples (entre ellos un signo tripartito), de técnica distinta. El grabado es ancho y chato. El desmoronamiento de la piedra puede fecharse con seguridad en los últimos dos siglos; los grabados son, por tanto, muy recientes, aunque producidos por los indígenas.

Acerca de los detalles de las excavaciones que practicamos en la cueva, aparecerá un relato más detenido efectuado por uno de mis colaboradores chilenos. Aquí nos limitaremos a exponer los datos y resultados más importantes, en especial aquellos de interés cronológico.

Inmediatamente delante de la entrada de la cueva pasa el canal Bío-Bío sur, lo cual nos obligó a comenzar la excavación en la distancia de más o menos dos metros de su borde, o sea, ya en el interior de la gruta. En el perfil que ofrece la pared del canal bajo el actual nivel de la cueva, no se observan estratos arqueológicos. Esto se explica fácilmente por dos circunstancias: originariamente no existió ningún talud ante su boca, sino que la entrada se encontraba a más o menos a flor de tierra, y además, en una fase bastante temprana de su utilización por el hombre, se construyó tras la entrada una pirca que la cerró, dejando abierto solamente un acceso del lado izquierdo. Este dispositivo obstaculizó, desde luego, la extensión de las capas culturales hacia afuera. Excavamos un área de unos 22 m<sup>2</sup> de la cueva, o sea más de un tercio de la misma, no habiendo tocado su interior, el que probablemente no rinda mucho material arqueológico. Esto puede deducirse del hecho que los cuadrados hacia el centro de la cueva fueron poco fértiles. La profundidad del relleno cavernario oscila entre unos 130 y 170 cm; la superficie de la roca básica es muy desigual y llena de bolsones.

Distinguimos cuatro horizontes culturales, cuyas características más importantes pasamos a describir sucintamente:

*Horizonte A* (con tres niveles):

- A 1) 0 — 10 cm, estrato superficial con paja, estiércol, etc. En el angosto corredor de la parte trasera de la cueva se encontraron en la superficie el fragmento de un molino de piedra típicamente araucano, una mano y el trozo de un vaso de hierro.
- A 2) 10 — 20/30 cm, tierra humosa, arenosa, con restos de ceniza de un fogón; cerámica indígena (lisa), fragmentos de porcelana, clavo de hierro, huesos de vacunos.
- A 3) 20/30 — 30-50/70 (a veces 80) cm, grandes piedras y arena de color gris azulada (derrumbe del techo), estéril.

*Horizonte B* (con dos niveles):

- B 1) 50 — 70 cm, tierra arenosa marrón amarillenta, ceniza de fogones, cerámica indígena áspera y lisa, pulimentada de color negro y rojo, pocos tiestos con decoración incisa o impresa, punta de flecha de jaspe, dentado y sin pedúnculo, huesos de auquénidos.
- B 2) 60 — 80/90 cm, tierra idéntica a B 1, con poco material arqueológico; sin embargo, en esta capa se halló una perla de cerámica vitrificada, de origen europeo.

*Horizonte C* (con un nivel):

- C) 80/90 — 100/110 cm, tierra arenosa marrón con vastas y espesas capas intermitentes de ceniza, cerámica como en B 1, un punzón de hueso, fragmento de un molino, falange de auquénido con rayas, algunas valvas de *Diplodon patagónicus*. En esta fase fue construída la pirca que delimitó la entrada de la cueva.

*Horizonte D* (con dos niveles):

- D 1) 100/110—120/150 cm, tierra arenosa marrón oscura, sin claras capas de ceniza de fogones, pero con muchas partículas de carbón vegetal y material arqueológico, ante todo fragmentos de cerámica (principalmente negra y pulida), el tubo de una pipa negra de pulimento brillante, una pipa fragmentada de color rojizo y con dos tubos, una punta de flecha dentada de obsidiana, una perla discoide de hueso de circunferencia muy exacta. En esta capa es característica la aparición de esquirlas de guijarros quebrados, a veces también de "choppers"; se encuentra especialmente en los bolsones del basamento rocoso. Algunos huesos parecen ser humanos.
- D 2) 120/150—150/170 cm, a veces ausente, tierra arenosa color siena, húmeda, con poco contenido arqueológico, con excepción de guijarros quebrados y esquirlas.

Los hallazgos de objetos de origen europeo permiten conclusiones bastante seguras respecto a la cronología absoluta de este depósito arqueológico. El horizonte A correspondería a los siglos XIX y XVIII de nuestra Era. Las

grandes piedras de la capa A 3 se originarían entonces de un derrumbe del techo de la cueva, causado por uno de los muchos terremotos que sacudieron la región en los últimos siglos. El horizonte B 2 se fecha por la perla, que pertenecería al siglo XVI. Así, podemos suponer la edad precolombina de los horizontes C y D sin que ello suponga una alta antigüedad de los mismos. El horizonte C correspondería a la época de la invasión incaica, si no es un poco más antiguo; D puede ser preincaico. Un problema de por sí es, naturalmente, la edad de los finos grabados que adornan la cueva. Nos parece lo más probable que se remonten a la época de la mayor utilización del abrigo, o sea a la del horizonte C.

Lamentablemente, el material que se obtuvo de la cueva es muy poco indicativo. La cerámica indígena, exclusivamente representada por pequeños fragmentos, es muy uniforme en todo el depósito, aunque nos demuestra que existían vasos con decoración grabada, de los cuales, desgraciadamente, encontramos solamente fragmentos muy pequeños, uno de ellos pardo y de extraordinaria brillantez. En su abrumadora mayoría se trata de una alfarería lisa, a veces bien pulida, de neto carácter araucano. Los objetos más importantes de barro cocido son los restos de dos pipas. Uno es solamente el fragmento del tubo, interesante por el brillo de su superficie negra; el otro es el horno de una pipa de dos tubos, tiene color pardo y superficie lisa. Es lamentable que, con excepción de dos puntas de flecha sin pedúnculo, no apareció alguno de los elaborados artefactos líticos de la zona, tan frecuentes entre el material de superficie, como las hachas pulidas con o sin perforación lateral, las clavas ornitomorfas, las esculturas zoo y antropomorfas. Hasta el material óseo es muy reducido en cantidad; no permite la posibilidad de obtener conclusiones acerca del papel que tenía la caza y la cría de la llama en esta sociedad.

Un problema especial lo plantean los guijarros quebrados y esquirlas de las capas más bajas que Bullock encontró también en otra cueva. No están publicados, pero sí menciona semejantes "*choppers*" y astillas desprendidas de "núcleos" que aparecieron "en los sitios donde se han encontrado las urnas, como también en muchos otros lugares" <sup>54</sup>). Yo mismo observé semejantes piedritas dispersas sobre un túmulo (muy probable del tiempo de la invasión araucana) en Güer Aike al oeste del Puerto Río Gallegos (prov. de Santa Cruz). Se trataría de un antiguo rito araucano sobre el cual no sabemos nada.

La escasa cantidad de desperdicios de comidas que se hallaron en la cueva, suscita la pregunta sobre su función en la vida de los Araucanos pre- y postcolombinos. Los Araucanos no fueron cavernícolas, sino que poseían casas bien construidas. En cambio, disponemos de relatos acerca de la celebración de ciertas ceremonias en las cuevas <sup>55</sup>), y las leyendas araucanas abundan en figuras místicas que pueblan las oquedades de la tierra <sup>56</sup>). Por ello, conjeturamos que la cueva de Los Catalanes representa una clase de santuario que fue visitado de vez en cuando para efectuar ritos religiosos, lo que explicaría la existencia de tantos fogones sin muchos restos alimenticios. Por cierto, parece que los antiguos Araucanos, antes de la introducción de los ani-

<sup>54</sup>) Bullock 1955, p. 137. — Una curiosa analogía señala Boudouin 1911, en conexión con megalitos franceses.

<sup>55</sup>) Philippi 1886; Latcham 1924, p. 788.

<sup>56</sup>) Kessler-Hg 1954, 1956.

males domésticos europeos, vivían principalmente de vegetales, y eso podría ser la causa de los escasos desperdicios óseos. Como quiera que sea, el estilo cultural de los Araucanos no sugiere que esta cueva fue habitada mucho tiempo, a no ser, tal vez, por un brujo o machi. Existen muchas tradiciones sobre la vinculación de este importante grupo de la sociedad araucana con la vida en grutas.

## 7. LA EXCAVACION DEL CEMENTERIO DE PITREN EN PANGUIPULLI (PROV. DE VALDIVIA)

Con motivo de una nueva invitación formulada por el Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile, en enero del año 1958, realicé un segundo viaje al sur chileno, en compañía de mi esposa y el investigador del Centro, Carlos Munizaga. La zona esta vez recorrida, famosa por sus lagos, fue la de las provincias de Osorno y Valdivia. A pesar de la eficaz ayuda que nos prestara en Osorno el señor Ingeniero Walter Meyer Rusca<sup>57</sup>), no hallamos ningún yacimiento promisorio en los alrededores de esta ciudad la cual, sin embargo, cuenta con un nuevo Museo Histórico que conserva una considerable serie de objetos arqueológicos de importancia.

El señor Meyer Rusca nos recomendó al señor Kurt Mollenhauer, hacendado de Panguipulli (Prov. de Valdivia), quien según sus informes, poseía una excelente colección arqueológica<sup>58</sup>). Y, en efecto, la conexión con este inteligente amigo de los estudios prehistóricos fue muy fecunda. Mollenhauer no solamente ha logrado reunir una importante colección de hallazgos, en parte por propias excavaciones, sino que también dirige el incipiente museo de la localidad, además de ser excelente conocedor de la zona y sus sitios de interés arqueológico. Con gran éxito excavamos en dos lugares que él mismo nos indicó. Además de los conocimientos que adquirimos con el estudio de las colecciones que pudimos visitar, los resultados de estas excavaciones aumentaron considerablemente nuestro saber sobre la prehistoria y protohistoria de los Huilliche o Araucanos australes. Será tarea de los colegas chilenos la publicación definitiva del material excavado, que se encuentra guardado en el Centro de Estudios Antropológicos de Santiago; mi exposición no tiene otra intención que ofrecer un relato preliminar sobre nuestros trabajos y de obtener de ellos algunas conclusiones generales.

El primer yacimiento cuya investigación emprendimos, fue un cementerio en la localidad de Pitren, al sur de la extremidad occidental del lago Calafquén (fig. 5), situada unos 2.500 m de la costa del mismo y sobre unos 350 m de altura del nivel marino (el lago está a 240 m). El propietario del terreno es el señor Hans Mollenhauer, hermano de nuestro huésped. Las tumbas se encontraban en la pendiente de una lomita, la que en este lugar forma una pequeña terraza que se extiende de SOS a NEN (fig. 6). Primeramente practicamos dos zanjas de sondeo (A y B del plan fig. 7) que no dieron más que

<sup>57</sup>) Meyer Rusca es autor de tres libros sobre el lenguaje popular sureño y la etimología, los patronímicos y los toponímicos huilliche, citados en la bibliografía; el último de ellos contiene, además, una notable disertación sobre el desarrollo de los bosques en el sur de Chile desde la Conquista.

<sup>58</sup>) Debemos agradecer infinitamente la cortés hospitalidad que nos brindaron el señor Mollenhauer y su esposa, quienes personalmente participaron en las excavaciones costeando gran parte de los gastos. En esta ocasión también fue invitado el señor Prof. Walter Reccius, de Valdivia.

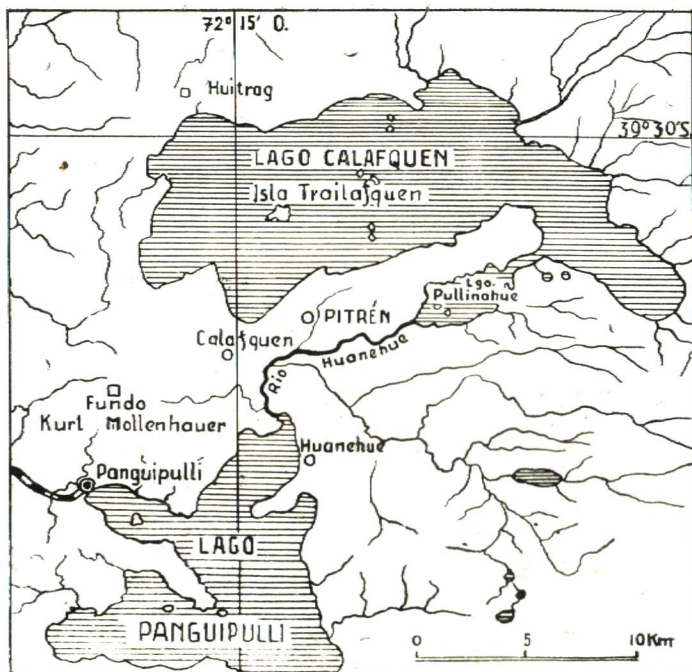


Fig. 5. Mapa de la región de los lagos Panguipulli y Calafquén.

algunos fragmentos cerámicos. Logrado el primer vaso completo (N° 4 del plan fig. 7) excavamos un cuadro de 4 : 4,25 m y a continuación una tercera zanja de sondeo (C). De estas excavaciones obtuvimos 27 vasos prácticamente completos y dos fragmentos; afloraron entre 60 y 100 cm de profundidad. Parece que agotamos el yacimiento, pues en una pesquisa posterior el señor K. Mollenhauer encontró solamente dos vasos más.

Hallamos exclusivamente alfarería, no apareciendo artefacto alguno de piedra, metal o hueso y tampoco el más mínimo resto esquelético. Es sabido que en las tumbas de esta zona los huesos de los cadáveres y otras sustancias orgánicas se descomponen con rapidez por efectos de las lluvias, que son muy copiosas. Hasta las cistas sepulcrales construidas con losas de piedra por esa causa contienen de ordinario nada orgánico. No obstante, sorprende la ausencia de otros aditamentos funerarios de materias imperecederas, como por ejemplo serían los objetos líticos, pero esto se explicaría —como también en otros casos semejantes— por las costumbres mortuorias en uso en esta región y época. Los vasos se hallan más frecuentemente en grupos de dos a cuatro piezas, y a distancias adecuadas para señalar la existencia de tumbas originariamente bien separadas. Por ello debe descartarse la idea de que la cerámica hallada indique sitios de viviendas; ningún indicio permite tal suposición. En la tierra (que es un detrito limoso y muy húmedo, de color naranja oscuro) se hallaron escasas piedras; algunas de ellas eran de considerable tamaño (a y b del plan fig. 7) y probablemente acarreadas por el hombre, por cuanto en un caso la piedra cubría un poco dos de los vasos (N° 5 y 7 del plan fig. 7). Pueden haber servido para indicar el sitio de una tumba. Fogones, restos alimenticios, etc., faltaban por completo.

La cerámica de Pitrén nos dejó una sorpresa en virtud de representar un nuevo estilo en Araucanía. Es verdad que en las colecciones que tuvimos oportunidad de estudiar, se halla alguno que otro ejemplar de esta factura y, con buena voluntad, se puede también aducir su comparación con algunas de las bastante deficientes figuras que se pueden observar en el libro sobre cerámica indígena de Latcham<sup>59</sup>). Pero hasta la fecha había sido imposible clasificar estos vasos, cosa que ahora sí podemos hacer.



Fig. 6. Paisaje de Pitrén hacia el noroeste. Comienzo de la excavación.

Se trata de un estilo cerámico bastante evolucionado, aunque con ciertos rasgos arcaicos. La pasta es homogénea; como desgrasante se ha utilizado arena, aparentemente con partículas de cuarzo y de mica. La cocción es buena, de manera que el interior de los tiestos es de color uniforme; además, son relativamente duros. A primera vista, el color de la superficie da la impresión de que sea causa de una mala cocción por sus irregulares manchas rojas y negras, pero su examen más detenido evidencia que es el resultado de pintura borrada por la acción de la humedad del suelo, pues todos los vasos están cubiertos por un lavable barniz negro sobre fondo rojo liso, que reaparece cuando ese barniz ha sido atacado por la humedad. Hay algunos vasos con decoraciones negras sobre rojo, cuyos motivos, siempre geométricos, son difíciles de descifrar por la destrucción acaecida; solamente en un caso (fig. 8, N<sup>o</sup> 1) se conservaron algo mejor.

La variación de formas es considerable. Con excepción de un puco, todos los vasos tienen asas, que en ningún caso nacen del borde de la boca, sino a más o menos media altura del cuello, rasgo diagnóstico de valor cronológico, por cuanto muy raramente aparece en los vasos postcolombinos de la región. Las bases son generalmente planas, aunque a veces las hay algo convexas y en otras globulares. Entre nuestro material distinguimos cinco clases principales:

<sup>59</sup>) Latcham 1928, b, lám. XL, fig. 5, 6, 10 de Loncoche, cerca de Lanco.

1. Vasos de cuerpo globular o semiglobular. El cuello es más o menos cilíndrico, con boca a veces un poco saliente. Lo más característico son dos diminutas asas verticales (agujeros de suspensión) aplicadas de preferencia a media altura del cuello (fig. 8, N<sup>o</sup> 1-3). A veces la parte inferior del mismo está separada del cuerpo por una especie de cresta paralela a la boca (fig. 8, N<sup>o</sup> 3) y que sirve como elemento diagnóstico para la cerámica Pitrén. Los dos vasos, que Mollenhauer encontró posteriormente, tienen cuatro pequeñas prominencias en la parte más ancha del cuerpo. Los vasos de esta clase miden entre 8 y 20 cm de altura; se hallan entre ellos los más altos y los más bajos del estilo. El cuerpo del más pequeño (fig. 8, N<sup>o</sup> 2) tiene forma casi aquillada. El único vaso pintado (fig. 8, N<sup>o</sup> 1) cuyos motivos pueden observarse aproximadamente, pertenece a esta clase. Su decoración consiste en una faja dentada hacia arriba, ubicada en la parte inferior del cuello; más abajo, en la superior del cuerpo, hay una línea simple desde la cual se extienden hacia abajo, por el cuerpo, otras zonas decoradas. Entre ellas se puede observar un campo negro que incluye círculos rojos (pintura negativa), una ancha faja y un zig-zag negros. Las pequeñas asas están adosadas más cerca de la boca del cuello que en otros casos.

2. Anforas globulares (fig. 8, N<sup>o</sup> 4-6) con cuello cónico y bases convexas; tienen dos asas verticales que comienzan bajo el borde del cuello y terminan en la parte superior del cuerpo. La mayoría de estos vasos muestran una ligera línea grabada en el límite entre el cuello y el cuerpo (fig. 8, N<sup>o</sup> 5) y, en dos casos, otra más arriba (fig. 8, N<sup>o</sup> 6). Las alturas miden entre 13 y 19 cm.

3. Jarros globulares (fig. 8, N<sup>o</sup> 7 y fig. 9, N<sup>o</sup> 1 y 2), con cuello cilíndrico o cónico, y una sola asa en la misma posición que en las ánforas. Uno de los jarros (fig. 9, N<sup>o</sup> 2) se destaca por una cresta paralela al borde del cuello, similar a las que observamos en la primera clase descrita. El asa de este vaso muestra indicios de haber poseído una pequeña protuberancia en su parte superior, pero, como está rota, nada se puede decir sobre sus dimensiones y forma. Es un fenómeno único en Pitrén, pero bastante común en la cerámica de la Araucanía. Parece que no tiene valor diagnóstico para la cronología. Las alturas varían entre 11 y 19 cm.

4. Pucos globular sin asas (fig. 9, N<sup>o</sup> 3). Solamente hay un ejemplar, de 9 cm de altura y 16,5 cm de diámetro máximo; el de la boca es de 14 cm. Esta forma, con boca de menor diámetro que el máximo del cuerpo, puede considerarse arcaica.

5. Vasos asimétricos tipo pato, pero sin elementos ornitomorfos. Son tres ejemplares con rasgos muy notables. El más extravagante es un vaso (fig. 9, N<sup>o</sup> 4-5) con asa bifurcada, cuyas dos terminaciones inferiores apoyan sobre dos curiosas corcovas huecas con decoración en forma de cabeza de perro o zorro. Altura 15 cm. El segundo vaso (fig. 9, N<sup>o</sup> 6-7) es casi idéntico, pero con asa simple que termina en una corcova con tres incisiones, posiblemente queriendo representar los ojos y la nariz de una cara. Altura 16 cm. El tercero (fig. 10, N<sup>o</sup> 1) se destaca por poseer dos cuellos; las asas que de ellos nacen se juntan formando luego una sola hasta unirse al cuerpo. Su altura es de 9 cm.

Llaman la atención las reducidas dimensiones de todos estos ceramios; ésto, su pintura fugaz y su relativa finura permite deducir que se trata de ollería específicamente sepulcral, faltando la vajilla utilitaria. Su importancia reside

en que estamos frente a una considerable serie de alfarería del habitat araucano, que representa una indudable unidad cultural y cronológica. En la colección del señor Reccius, en Valdivia, existen dos vasos de idéntico carácter (fig. 10, N° 2 y 3), hallados juntos en Trui-Trui al noroeste del lago Riñihue (prov. de Valdivia). Se trata de un jarro de nuestra clase 3 con cresta alrededor del cuello y un vaso pato de color negro pulido, de forma anular y dos

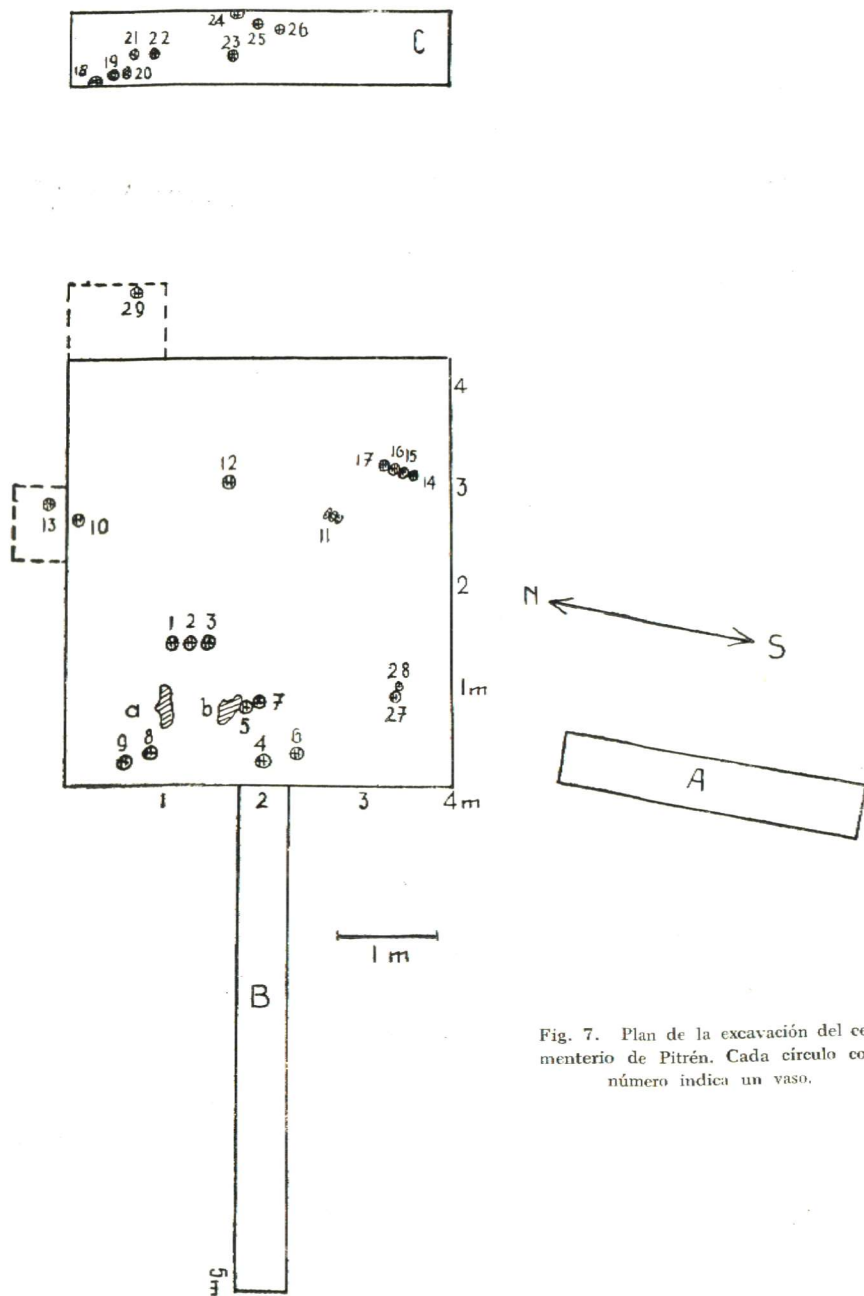


Fig. 7. Plan de la excavación del cementerio de Pitren. Cada circulo con número indica un vaso.

pequeñas prominencias que simularían la cola del animal. Reccius posee, además, los dibujos de dos vasos lamentablemente desaparecidos; que fueron descubiertos en la península al sur del lago Rupanco, los que también deben ser asimilados a las clases 3 y 5 respectivamente. Son un jarro con un asa y un vaso pato. Descuellan por su pintura negra sobre rojo y están ornados mediante una gran cinta angular que se extiende sobre todo el cuerpo de ambos. Otro cántaro que tiene relación con nuestra clase 5 se halla descrito e ilustrado por Latcham<sup>60</sup>) y procede de un cementerio en Temuco. "El cuerpo es globular y termina en un gollete ancho y vertical que se encorva hacia afuera en la boca. La base del cuello está rodeada por dos líneas paralelas incisas, pero lo que más llama la atención es la especie de mango que termina en una cabeza de animal con el hocico y los ojos en relieve. Este vaso tiene una altura de 16¼ cm". Se debe presumir que el mango fue hueco. Hay poca duda que la pieza y el cementerio respectivo pertenecían al mismo estilo que la cerámica de Pitrén.

El problema fundamental que plantea el conjunto Pitrenense es su posición cronológica. No dudamos que sea anterior a la Conquista. Toda el área del cementerio de Pitrén y sus inmediaciones estaban cubiertas, antes del desmonte moderno, por una floresta virgen secundaria con árboles, cuyas especies principales pertenecen al género de los *Nothofagus*, pudiendo estimarse que la edad de los más antiguos se remontaba a por lo menos unos cuatro o cinco siglos. Además, el complejo cerámico de Pitrén no muestra el más mínimo vestigio de influencia incaica; lo que permite pensar en que corresponde a una época anterior a la invasión de los Incas a Chile. Sabemos que los ejércitos peruanos se detuvieron en la región del río Maule, donde se estableció la frontera, pero es lógico que se hayan establecido contactos culturales, evidenciados, como vimos, en la cerámica pintada del Vergelense. Por ello podemos aceptar que la cerámica de Pitrén es más antigua que el último cuarto de siglo XV, presumiendo, sin embargo, por lo menos para sus comienzos una edad considerablemente más alta. Llamamos la atención ciertos rasgos arcaicos que manifiesta, en especial, las curiosas corcovas huecas con sus elementos figurales, que tienen sorprendente parentesco con fenómenos de la cerámica de Candelaria en el Noroeste argentino. Esta se destaca también por apéndices zoomorfos y globulares en el cuerpo y las asas de los vasos<sup>61</sup>). Se remonta al primer milenio a. C., como han comprobado las investigaciones estratigráficas y determinaciones radiocarbónicas que agradecemos a A. R. González<sup>62</sup>). Por tanto, tal vez no es demasiado atrevido basar en este detalle la presunción de una edad algo elevada del estilo de Pitrén. Nos parece probable que su auge no pertenezca a la época inmediatamente preincaica, sino a una fase, por de pronto no definible, antes de 1400. De otra parte, tenemos que considerar un jarrito y un ánfora de forma (y posiblemente también técnica)<sup>63</sup>) muy semejante a los de Pitrén, encontrados junto con restos de una urna fúnebre sin poder decir con segu-

<sup>60</sup>) Latcham 1928 b, p. 215, fig. 17. — Un vaso negro con dos cabezas humanas bajo el asa, fue encontrado en el fundo El Pence en Las Cruces (Prov. de Valparaíso) y está allí en la colección del Sr. Fernando Calvo. Posiblemente pertenece al mismo estilo cerámico, lo que sería muy interesante. Desgraciadamente no pude obtener para la publicación la foto que existe en el Centro de Estudios Antropológicos en Santiago.

<sup>61</sup>) Compárese Rydén 1936, p. 140, fig. 81; p. 145, fig. 82; p. 148, fig. 84; Reyes Gajardo 1957, p. 70, fig. 42; p. 83, fig. 57; p. 90, fig. 61.

<sup>62</sup>) González 1959.

<sup>63</sup>) Bullock 1955, p. 96, fig. 32 (1911); fig. 32 (1916).

ridad que estaban en la urna; pero es probable. En el jarrito "toda la superficie exterior y casi todo el interior del cuello está cubierto con una capa de pintura de slip de color brillante ladrillo". El ánfora es gris con unas manchas casi negras. Es posible que se trate de últimas estribaciones del estilo de Pitirén coincidentes con el Vergelense.

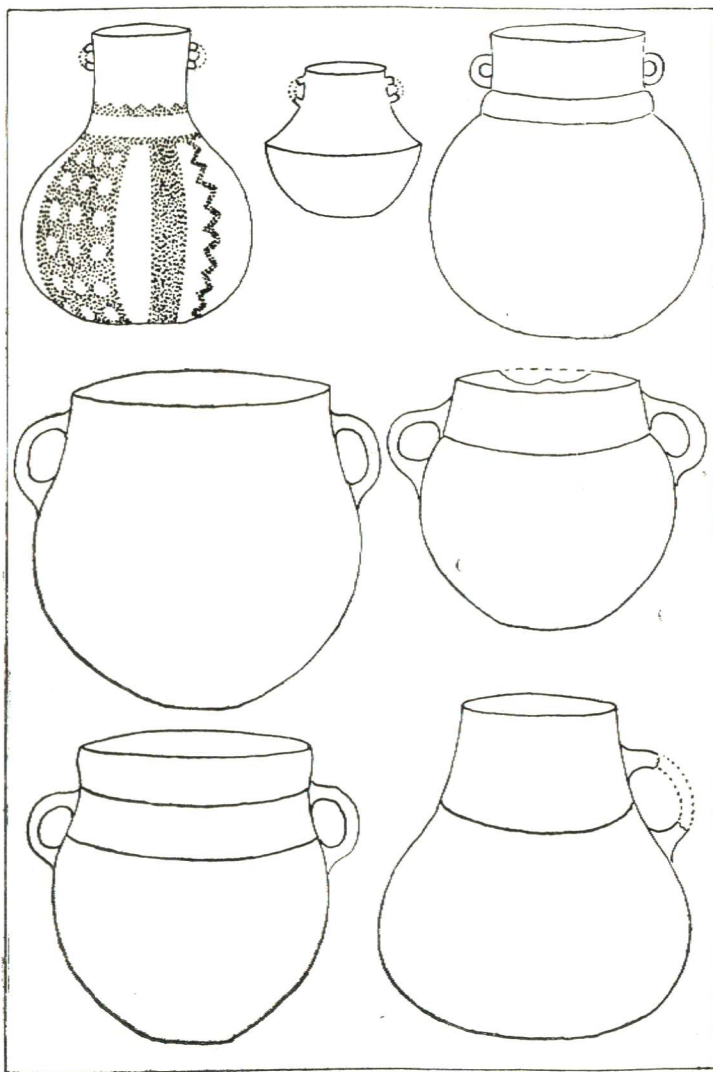


Fig. 8. Cerámica de Pitirén. Cerca de  $\frac{1}{4}$  de tam. nat.

Algunos rasgos relacionan Pitirén con la llamada cerámica negra de la región atacameña, descrita por Latcham<sup>64</sup>). Este autor opina que la cerámica negra cronológicamente puede dividirse en dos grupos, uno preincaico y otro del tiempo incaico, aunque son apenas distinguibles. Su color negro se

<sup>64</sup>) Latchman 1928, b, p. 111-122.

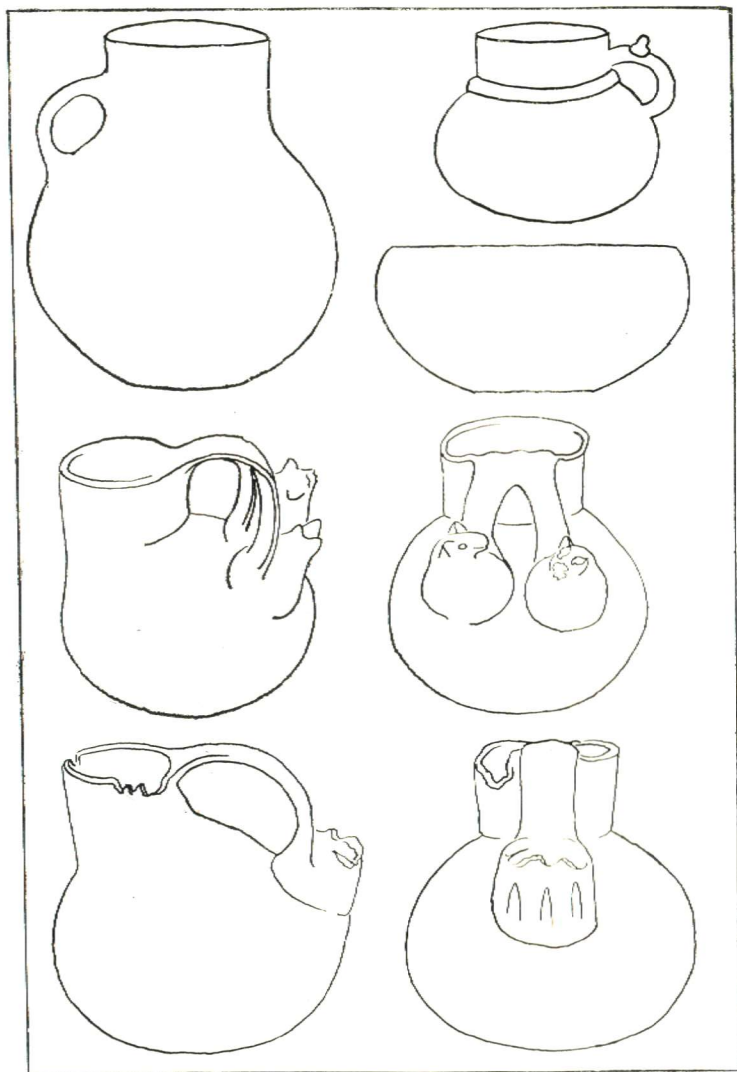


Fig. 9. Cerámica de Pitren. Cerca de  $\frac{1}{4}$  de tam. nat.

debe muchas veces a un “engobe” y aparecen también “orejas perforadas”. La forma de algunos vasos recuerda la primera clase de Pitren, pero en general no existe gran similitud tipológica, siendo mucho más variada la alfarería atacameña. Esta abarca, además, algunos vasos pintados con negro sobre rojo <sup>65)</sup>; su forma, empero, nada tiene que ver con los ceramios de Pitren. Por de pronto, nuestros conocimientos del desarrollo de las cerámicas atacameñas no son suficientes como para evaluar el significado cronológico y genético de estas correspondencias. Los estudios más modernos sobre el particular, no publicados todavía, alterarán probablemente por completo el cuadro que nos dio Latcham.

<sup>65)</sup> Latcham 1928, b, p. 121, fig. 89–92.



Fig. 10. 1 Vaso de Pitrén.  
2—3 Vasos de Trui-Trui.  
Cerca de  $\frac{1}{4}$  de tam. nat.

## 8. OTROS ESTUDIOS Y EXCAVACIONES EN LAS PROVINCIAS DE VALDIVIA Y OSORNO

La colección del señor Mollenhauer en Panguipulli contiene un conjunto cerámico de gran interés por distinguirse claramente del Pitrenense a pesar de su gran parecido. Se origina de excavaciones que el mismo Mollenhauer efectuó hace varios años en un cementerio ubicado entre los lagos Calafquén y Panguipulli. Ambos lagos se unen mediante el corto río Huanehue, muy cerca de cuya desembocadura en el lago Panguipulli se halla la necrópolis, a la cual daremos el nombre del río (fig. 6). Tampoco de estas tumbas se obtuvo sino cerámica. En el año 1959 descubrió Mollenhauer en la inmediata cercanía del cementerio, algunos grabados sobre bloques de piedra. Tienen el mismo trazo fino que los de la Cueva de los Catalanes, limitándose a simples figuras geométricas.

Los agujeros de suspensión que caracterizan la clase 1 de los vasos de Pitrén, faltan completamente en esta cerámica, hecho cronológicamente muy indicativo. En cuanto a los colores existen tres grupos: vasos negros, rojos y uno con pintura roja sobre engobe blanco. Del primer grupo sólo se conservó una pieza (fig. 11, N<sup>o</sup> 1), que es un ánfora de forma más o menos cónica, sin cuello, ambas asas verticales se hallan en el segundo cuarto de su altura; la boca es ancha y rematada con un engrosamiento algo irregular. De este patrón no existe algo parecido en Pitrén, aunque la técnica es semejante. El vaso está cubierto con un barniz negro sobre fondo rojo marrón. La pasta con que ha sido fabricado contiene como desgrasante mucha cantidad de mica. Su al-

tura es de 13,7 cm. El engrosamiento del borde aparece también en algunas urnas sepulcrales descritas por Bullock.

Los vasos del segundo grupo muestran a veces un fuerte pulido y la capa de color rojo puede desarmarse. De ellos existen tres clases:

1. Un ánfora de cuerpo globular (fig. 11, N<sup>o</sup> 2) con las dos asas verticales semejantes a los vasos de la clase 2 de Pitren, pero con el borde de la boca engrosado como en el ánfora recién descrita. Altura 13 cm.

2. Jarros globulares o subglobulares con una sola asa vertical que nace a la altura de la boca (fig. 11, N<sup>o</sup> 3 y 4) o un poco más abajo (fig. 11, N<sup>o</sup> 5).

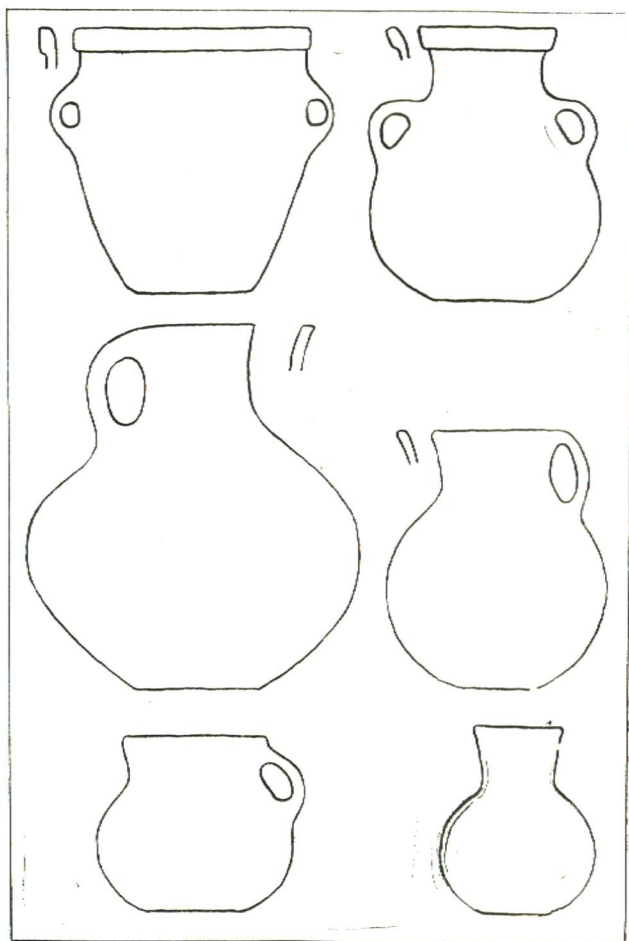


Fig. 11. Cerámica de Huanehue.  $\frac{1}{4}$  de tam. nat.

El borde de la boca tiene a veces un perfil horizontal; los cuellos se acercan un poco a la forma de embudo. Las alturas son de 10 a 19 cm.

3. Botella (fig. 11, N<sup>o</sup> 6) con gollete en forma de embudo, sin asas. Altura 9 cm.

El tercer grupo está integrado por siete espléndidos ejemplares de la famosa "cerámica blanca de Valdivia", así denominada por su frecuencia en los

yacimientos arqueológicos de la provincia del mismo nombre, aunque no falta en otras provincias araucanas. También existe en la provincia de Neuquén, en Argentina. Los problemas que plantea esta cerámica los trataremos en el próximo capítulo, conformándonos aquí con una breve descripción de los ejemplares de Huanehue.

La cerámica típica de Valdivia se destaca por su perfecta hechura y una abundante decoración. La pasta es gris y la superficie de los vasos está cubierta por engobe blanco con pinturas rojas. Sus motivos son exclusivamente geométricos y, prescindiendo de los puntos, rectilíneos. En cuanto a las formas prevalecen los jarros globulares con una amplia asa que siempre nace en la boca y se extiende hasta el nacimiento del vientre. El cuello es más o menos cilíndrico, pero con borde algo saliente. El perfil del borde es frecuentemente horizontal. En uno de los casos se trata del tipo de ánfora.



Fig. 12. Cerámica valdiviana de Huanehue. Cerca de  $\frac{1}{4}$  de tam. nat.

1. Jarro (fig. 12, N<sup>o</sup> 1) con cuerpo ancho y bajo (17 cm de diámetro). Altura 15 cm. La decoración del cuello consta de tres fajas horizontales, las de los extremos con rayas cruzadas y la mediana con una cinta angular de triángulos rayados; en el cuerpo hay dos franjas de rombos rayados delimitadas por varias líneas simples y separadas por una cinta angular como arriba; en los vacíos entre las puntas de los rombos de la franja superior, se observan pequeñas clepsidras ("mariposas"); en el asa posee doce ángulos encajados y abiertos hacia abajo.

2. Jarro (fig. 12, N<sup>o</sup> 2) con cuerpo globular. Altura 17 cm. El borde de la boca es horizontal. En el cuello posee como decoración un zig-zag vertical, que es el motivo más frecuente que aparece en esta parte de los vasos. En el cuerpo existen dos cintas angulares como las descritas en el N<sup>o</sup> 1, separadas por varias líneas simples. En el asa hay una cinta angular vertical.

3. Jarro del mismo tipo. Altura 19 cm. Su decoración es similar a la de la anterior, con excepción del asa que posee tres clepsidras separadas por líneas. El borde horizontal de la boca se halla decorado con anchas estrias.

4. Jarro (fig. 12, N<sup>o</sup> 3) del mismo tipo. Altura 20 cm. La decoración consta de tres fajas horizontales en el cuello, la mediana con una cinta de rayas cruzadas y las de los extremos con rombos de distinta configuración; en el cuerpo hay motivos algo complicados en dos franjas separadas por otras horizontales, estrechas, formadas por varias líneas paralelas. La franja superior consiste en motivos verticales, formados por triángulos opuestos (o clepsidras) en posición lateral, cintas cruzadas y ángulos encajados, separados por series de puntos; la inferior se compone solamente de triángulos opuestos con puntos en los vacíos. La decoración del asa es como la del N<sup>o</sup> 3 y con puntos en los bordes laterales. El borde del cuello posee líneas.

5. Jarro del mismo tipo. Altura 24 cm. Decoración muy semejante a la del N<sup>o</sup> 3.

6. Jarro (fig. 13) de forma común pero con cuatro crestas horizontales y paralelas sobre la parte de mayor extensión del cuerpo. Altura 24 cm. La



Fig. 13. Jarro valdiviano de Huanehue. Cerca de  $\frac{3}{4}$  de tam. nat.

decoración consta de un zig-zag en el cuello como en los Nos. 2, 3 y 5, delimitado en la parte inferior por una serie de puntos y líneas simples; en el cuerpo una franja de triángulos rayados con vértices hacia abajo o hacia arriba y puntos en los vacíos. Por debajo de las crestas que mencionáramos hay una cinta angular formada por fajas de líneas oblicuas con puntos en los vacíos. El asa posee clepsidras y puntos.

7. Anfora (fig. 12, N<sup>o</sup> 4) con dos asas horizontales en el medio del cuerpo y el cuello, con acentuada forma de embudo; altura 16 cm. La decoración del cuello consta de tres fajas horizontales formadas desde la superior a la inferior,

por rombos, zig-zag y rayas cruzadas, respectivamente; en el cuerpo cuatro franjas formadas por un zig-zag entre triángulos rayados, rayas cruzadas, otro zig-zag y fajas de líneas cruzadas.

A pesar de que la excavación de Huanehue no fue efectuada con cautelas científicas, no existe razón alguna para dudar de la contemporaneidad de los materiales conservados en la colección Mollenhauer. La perfección en la elaboración estética de las formas de la cerámica roja, y aun más la aparición de la cerámica blanca de tipo Valdivia en varias tumbas, evidencia con toda claridad que se trata de un conjunto de por sí, y más reciente que el de Pitrén. Como veremos más adelante, la cerámica de Valdivia es —probablemente en su totalidad— post-colombina, o sea neoraucana, aunque tiene ciertas raíces en la época incaica que se manifiestan en el muestrario decorativo, ante todo por el motivo de clepsidras. Ya observamos en el capítulo 5 la conexión entre algunos vasos pintados del Vergelense y la cerámica de Valdivia. No existen, en cambio, claros fenómenos de transición inmediata entre las cerámicas unicolores y barnizadas de Pitrén y Huanehue, pero diferencias muy significativas, como la completa ausencia de agujeros de suspensión en Huanehue y la absoluta disparidad de la técnica de pintura de los dos estilos. Por estas razones suponemos que el auge de Pitrén y de Huanehue están separados por una laguna temporal.

Encontramos algunas analogías con la cerámica roja de Huanehue en Chile central, especialmente en la provincia de Aconcagua, como p. ej., en el jarro con asa en Pinguchén<sup>66</sup>) y la botella sin asa en Petorca<sup>67</sup>). El cuello con borde espeso aparece hasta en Caldera<sup>68</sup>). Otra vez sería prematuro sacar conclusiones de estas correlaciones.

La colección Reccius, en Valdivia, abarca gran cantidad de la cerámica pintada valdiviana. Su mayoría —varias docenas de vasos— se originan de dos cementerios de Calle Calle, localidad ubicada unos 20 km a orillas del río Calle Calle, unos 20 km al este de la ciudad Valdivia. Según nos informó el sr. Reccius, la excavación no fue realizada de manera científica, pero en general también se puede aceptar en este caso que el material forma una unidad cronológica. Con excepción de dos brazaletes de cobre, se trata exclusivamente de alfarería. En este conjunto se repiten los fenómenos tipológicos de la cerámica de Huanehue, pero se añaden algunos rasgos nuevos, aparentemente más modernos. Una botella negra (fig. 14, N° 1), de 18 cm de altura, es semejante a la de Huanehue, pero de elaboración más elegante, con cuello más delgado y el borde de la boca finamente chaflanado. Otra botella, de color negro, bien alisada (fig. 13, N° 2), indica la mayor influencia española sobre este grupo, ante todo por las incrustaciones de partículas de loza blanca europea en el borde. Esta clase de decoración es muy común en la cerámica araucana más reciente, tanto en Chile como en Neuquén<sup>69</sup>). Otro elemento de probable origen europeo está representado por algunos grandes jarros de greda parda (fig. 14, N° 3); tienen unos 40 cm de altura. Vimos un vaso del mismo tipo en la hacienda del Sr. Kunstmann en Panguipulli, donde fue excavado

<sup>66</sup>) Latcham 1928 b, lám. XXIII, fig. 8.

<sup>67</sup>) Latcham 1928 b, lám. XXIII, fig. 6.

<sup>68</sup>) Latcham 1928 b, lám. XVI, fig. 5.

<sup>69</sup>) Latcham 1928 b, p. 218, fig. 19; Aparicio 1933/1935, p. 57, lám. XVI, 2; Schobinger 1959, p. 154.

conjuntamente con un jarro valdiviano. Entre los numerosos ejemplares de la cerámica de Valdivia de Calle Calle, abundan los jarros decorados en color rojo o también en negro sobre fondo blanco; varios son muy grandes y alcanzan unos 28 cm de altura. El color de la pasta es gris o negruzco y otras veces casi blanco. Además, existen un puco de 20,5 cm de diámetro, cuya pintura desgraciadamente ha desaparecido por completo, y un vaso pato con pintura bien conservada, que muestra el mismo estilo decorativo que los jarros; el cuello tiene el motivo tan preferido de zig-zags verticales como se observa en fig. 12

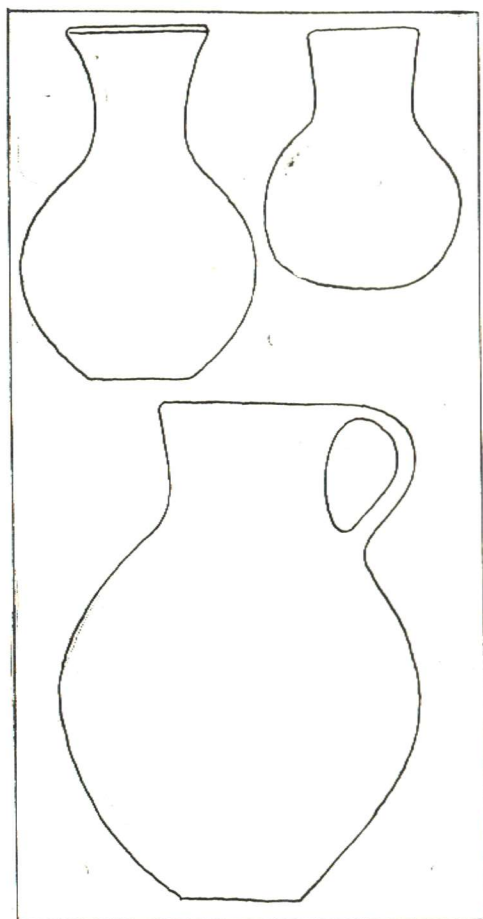


Fig. 14. Cerámica monocroma de Calle Calle. 1 y 2 de  $\frac{1}{4}$ , 3 cerca de  $\frac{1}{7}$  de tam. nat.

Nº 2 y fig. 13, y el cuerpo dos series de muestras angulares, compuestas de triángulos rayados. Entre la vajilla de Calle Calle figuran, finalmente, algunas ollas de factura tosca (fig. 15), con dos asas que nacen poco más abajo de la boca; la zona entre ellas está surcada por varias (hasta ocho) líneas, a veces bastante irregulares. La superficie de las ollas, de por sí áspera, está muy tiznada; parece, por lo tanto, que se trata de vajilla de cocina, que en general no se halla entre los aditamentos funerarios. Sin embargo, su forma es semejante a la del único vaso negro, que se conservó entre los vasos de las tumbas de Huanehue.

Desde el punto de vista cronológico nos parece que los cementerios de Calle Calle, representan una fase algo más moderna de la cultura neoaraucana que las tumbas de Huanehue. En favor de esta suposición habla especialmente la acentuada influencia europea en Calle Calle y cierto desarrollo que puede

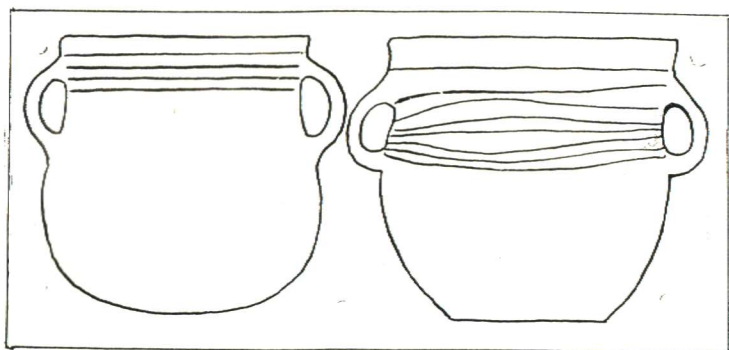


Fig. 15. Cerámica tosca de Calle Calle. Cerca de  $\frac{1}{4}$  de tam. nat.

observarse en la cerámica valdiviana, pues los jarros son más grandes que los de Huanehue; además aparece una variante nueva con pintura negra y pasta blanca.

Una excavación que realizamos en la localidad de Huitag o Huitrag (fig. 16), aldea araucana al norte del lago Calafquén, nos otorgó un importante aumento de nuestro saber sobre la arqueología neoaraucana. Informados por el inteligente indio Florianio Paimefilo (que significa "Serpiente azul") y con su colaboración investigamos un sitio en medio de un camino público donde el informante había observado la existencia de fragmentos de un vaso de barro cocido. El camino, de ligera subida, estaba hondamente surcado por las ruedas

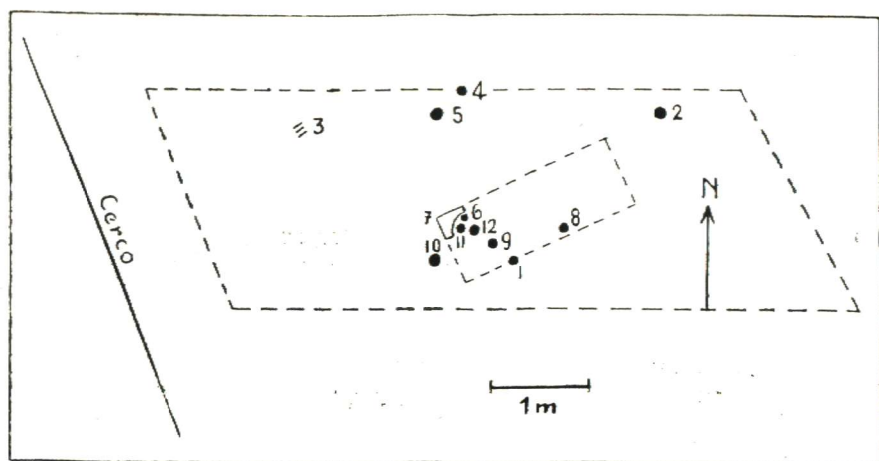


Fig. 16. Plan de la excavación de Huitag. 1. Fragmento de un vaso de tiestos de tres otros. 2. Pucos pintado blanco sobre rojo. 3. Tiestos de cerámica pulida, negros y rojos. 4. Jarro con incrustaciones de losa. 5. Jarro rojo. 6. Topu. 7. Restos del sarcófago de madera. 8. Jarro de tipo Valdivia. 9. Jarro negro roto. 10. Fragmentos de un pucos pintado blanco sobre rojo. 11. Cráneo humano. 12. Pucos rojo, roto.

de los primitivos carros, que en tiempos lluviosos penetran unos 50 cm de espesor en el suelo. Por supuesto, esto perjudicó gravemente los entierros que allí se hallaban a escasa profundidad, pero entre esos surcos se han conservado parte de ellos. Bien pronto tuvimos la suerte de tropezar con el resto de una tumba de *trolof* o *huampa*, es decir, de "tronco de árbol" o "canao", forma araucana de sepelio de la cual disponemos de muchas noticias, pero pocos conocimientos científicos.

Encontramos la esquina superior derecha del sarcófago con fragmentos del cráneo (fig. 17), un *topu* o alfiler de cobre (fig. 18, N<sup>o</sup> 1) con aguja de hierro, colocado detrás del occipucio, un puco fragmentado de color rojo,

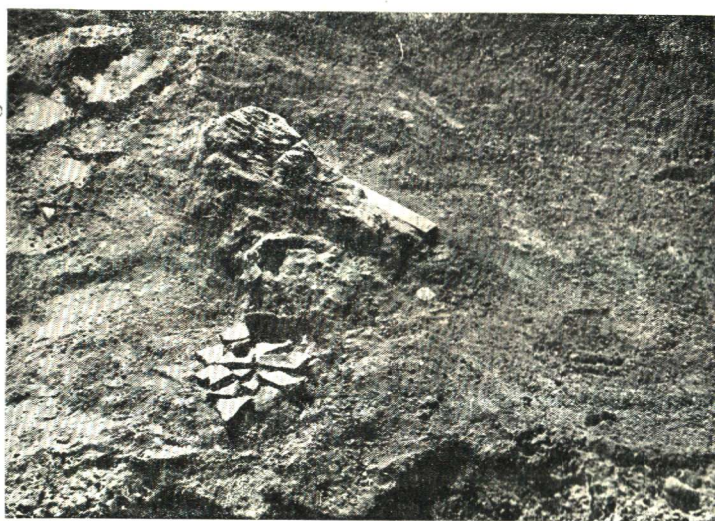


Fig. 17. La tumba de Huitag. Se ve en el centro los restos del sarcófago, la curva del cráneo y fragmentos de un puco rojo. La mancha blanca es la cabeza del *topu*.

muy cerca de la boca del cráneo, en poca distancia un vaso negro con boca ancha (fig. 18, N<sup>o</sup> 2) y un excelente jarro de cerámica de Valdivia (fig. 18, N<sup>o</sup> 3) a poco más de un metro de distancia del cráneo, de lo que puede deducirse que también pertenezca al ajuar del sepelio. A escasa distancia de la supuesta extensión del sarcófago levantamos, entre otros, restos de menor importancia, un jarrito negro con incrustaciones de loza europea (fig. 18, N<sup>o</sup> 4) y otro rojo (fig. 18, N<sup>o</sup> 5), ambos con gollete de elegante curvatura, además de un puco (fig. 19) de tenue pintura blanca sobre rojo, hallazgo muy importante ya que nos ofrece el dato relativo de esta clase de alfarería, apenas observada hasta ahora. Todos estos hallazgos aparecieron de 40 a 50 cm de profundidad. Su pertenencia a tumbas destruidas y su contemporaneidad, es indudable. Merecen especial atención algunos detalles de estos objetos. El pequeño jarro negruzco tiene 14.5 cm de altura y se observan incrustaciones de loza en el borde horizontal de su boca y en el asa; en la última se ve una decoración común en estos vasos: una cruz oblicua. La base es plana y formada por una ligera prolongación del cuerpo, rasgo novedoso en el desarrollo de la cerámica neoaraucana. Otro elemento nuevo es la extensión del asa

en el punto de su inserción en la convexidad del cuerpo mediante un ensanchamiento circular. Estas innovaciones pueden ser atribuidas a influencias europeas, como lo es claramente el empleo de hierro para la confección de la aguja del *topu*. El hecho de que en esta tumba se hayan conservado objetos de hierro, hueso y madera aduce en favor de una fecha bastante reciente. Pienso en la primera mitad del siglo XVIII. Es interesante que todavía existiera la cerámica de Valdivia, pero tal vez ya fuera más rara. Además, se encontraba en competencia con una nueva clase, la alfarería de pintura blanca sobre rojo.



Fig. 18. Hallazgos de Huitag. 1 cabeza del topu,  $\frac{1}{2}$  de tam. nat., 2-5 vasos, cerca de  $\frac{1}{4}$  de tam. nat.

Con ello no nos encontramos aún al final del desarrollo de la cerámica neorauca. La colección Reccius abarca un característico conjunto de Lanco (prov. de Valdivia), que está compuesto de vasos rojos, a veces pintados solamente con un *slip*, en otros casos bien pulidos y hasta casi vidriados. La pasta contiene mucha mica. Entre las formas se observan jarros globulares de 27 cm

(fig. 20, N<sup>o</sup> 1), 14, 11 y 8 cm de altura, de buena hechura y con asas que se extienden sobre toda la altura del cuello. El gollete del jarro de mayor altura es relativamente bajo. Uno de los más pequeños (fig. 20, N<sup>o</sup> 2), tiene dos prominencias en el vértice del asa. Otros productos de esta cerámica son una tacita (fig. 20, N<sup>o</sup> 3) de 5,2 cm de altura, en forma de cono truncado invertido, también con asa, y un puco (fig. 20, N<sup>o</sup> 4) de 17,8 cm de diámetro y de forma común. En el Museo Histórico de Osorno vimos un grupo de vasos emparentados, aunque no idénticos. Proceden de dos cementerios de los contornos de la laguna Trinidad, cerca de Pucopío (prov. de Osorno) y fueron salvados por el señor Víctor Sánchez Aguilera, Director del citado Museo, a quien también debemos agradecer valiosas informaciones sobre esta necrópolis. El grupo consiste de jarros rojos y negruzcos de varios tamaños (fig. 20, N<sup>o</sup> 5), pucos (fig. 20, N<sup>o</sup> 6) y otros receptáculos, entre ellos uno muy semejante al ánfora de Huitag (fig. 18, N<sup>o</sup> 2), de 14 cm de altura. En el jarro de mayor altura, también con gollete muy bajo (fig. 20, N<sup>o</sup> 5) se observa nuevamente las dos pequeñas protuberancias en el vértice del asa; lo mismo sucede en un vaso pato de color negro y pulido brillante de la colección Mollenhauer (fig. 20, N<sup>o</sup> 7), procedente de la orilla del río Trancurá, Pucón (prov. de Cautín). Aparentemente se trata de un elemento característico de esta fase tardía de la alfarería nearaucauna, que atribuimos, con cierta reserva, a la segunda mitad del siglo XVIII. La cerámica de Valdivia aún subsiste en este

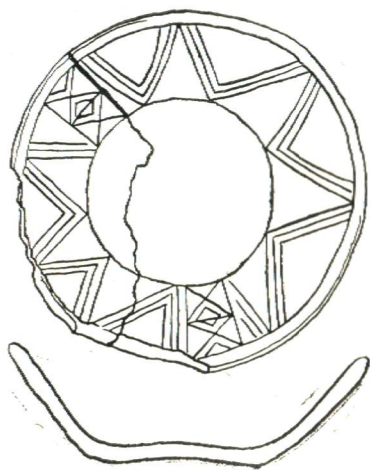


Fig. 19. Pucos pintado blanco sobre rojo, de Huitag. Cerca de  $\frac{1}{4}$  de tam. nat.

tiempo, pues entre los aditamentos funerarios de Pucopío aparecieron aún un jarro y un vaso pato de este estilo. Sabemos que los Araucanos conservaban (y conservan hasta la fecha) vasos antiguos para fines fúnebres; por tanto, es muy posible que su ocurrencia en Pucopío (y hasta en Huitag) se explique de esta manera. Muy indicativo desde el punto de vista cronológico es que al ajuar de estas tumbas pertenece también un gran machete (*Buschmesser*) de hierro en buen estado de conservación.

El señor Reccius posee dos interesantes vasos de la zona del lago Ranco (prov. de Valdivia). Según tradiciones fidedignas, proceden del mensaje de un cacique araucano que vivió alrededor de 1840. Se trata de un puco con

paredes rectas y un vaso globular con pico lateral en forma de embudo y un asa en el vértice del cuerpo, último descendiente de los vasos pato. Tienen la superficie negra pulida y decoraciones curvilíneas de color blanco muy tenue. Son representantes de la cerámica nativa de los Araucanos del tiempo

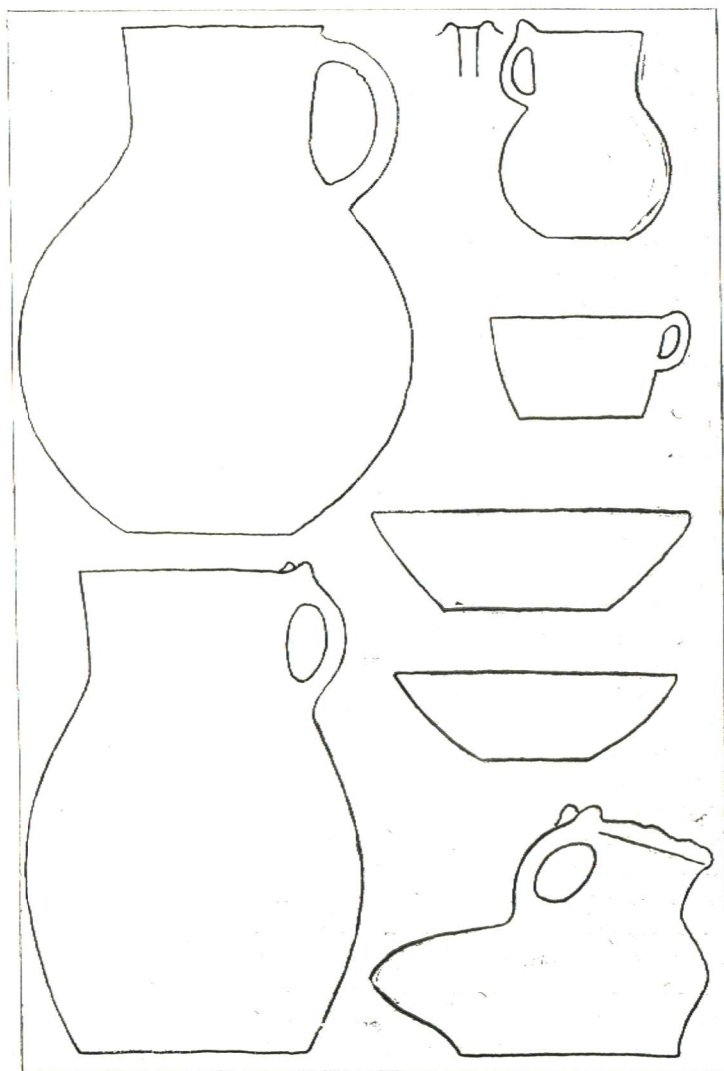


Fig. 20. 1—4 Cerámica de Lanco, 5—6 de Pucopfo, 7 de Pucón.  
Cerca de  $\frac{1}{4}$  de tam. nat.

de la paulatina desintegración del pueblo y de sus artes. Desgraciadamente sabemos poco sobre la cerámica araucana del siglo XIX; existirían muchos grupos locales, cuyo estudio sería una tarea urgente<sup>70)</sup>.

<sup>70)</sup> Algo sobre el particular se encuentra en Guevara 1925, II, p. 247.

El primer autor que se ocupó de la "cerámica de Valdivia" fue Medina, el que en su gran obra sobre los aborígenes de Chile (1882) ilustra jarros de esta clase procedentes de Valdivia (figs. 176, 180), Ranco (201), Collicó (203—206) y de un lugar desconocido (202). En el texto no se refiere mucho a ellos, pero parece estar convencido de que algo tienen que ver con la cultura incaica. A comienzos de nuestro siglo, el creador de la arqueología sudamericana, Max Uhle<sup>71</sup>), se refiere a estas ilustraciones diciendo que las más interesantes entre las alfarerías chilenas con claras relaciones incaicas son "algunos cántaros de Valdivia, que enseñan una combinación de ornamentos incaicos con otros de origen indígena. La existencia de esta alfarería me parece —continúa— un valioso indicio de que los incas en sus conquistas han avanzado mucho más al sur del río Maule, porque de otra manera sería difícil explicar de dónde han podido recibir los ornamentos de carácter incaico tan claro, la gente de Valdivia".

Guevara formuló una opinión distinta sobre el particular apoyándose en muy profundos conocimientos de la historia colonial de Chile y en un material arqueológico bastante amplio<sup>72</sup>). Acentuó que en territorio de la moderna Araucanía no se hallan "vestigios de las civilizaciones originarias del norte, ni siquiera de la incásica, que fue la última", y afirma que la cerámica "grabada" —como la llama a nuestra cerámica de Valdivia— "es de procedencia moderna de los siglos XVII y XVIII, obra de artífices peruanos incorporados en las tropas del sur". La playa militar de Valdivia comenzó a establecerse en el siglo XVII, o más exactamente desde enero de 1645. Recién después, según Guevara, se puede contar con la fabricación de las típicas cerámicas de la zona. Al explayarse más sobre ellas, dice: "Durante este siglo y el siguiente, continuaron los virreyes enviando a Valdivia gruesos contingentes de tropas reclutadas en Perú. En 1671 llegó uno de los cuatrocientos hombres... Entre los servicios conexos a estas guarniciones, había talleres de tejidos y cerámica llamados obrajes, que atendían los mismos soldados, dirigidos tal vez por los laboriosos jesuitas. Casi todos estos soldados eran peruanos, indios o mestizos... y habituados, por consiguiente, a las manipulaciones alfareras de la tierra nativa... En todos los obrajes de Chile había una sección de alfarería que se llamaba ollería... La alfarería chilena de influencia incaica llegó a producir un material que se exportaba... Los jefes de los cantones militares de Valdivia obsequiaban a los caciques piezas de tejidos y de cerámica; muchas se introducían en las tribus por intercambio con los indios... Hay pruebas para creer que esta alfarería fue originaria del sur del territorio y que se cargó hacia la región subandina del este hasta el alto Cautín... Forma tres clases de piezas: las de color rojo no decoradas, las negras igualmente desprovistas de dibujos, y las ornamentadas. Estas últimas son blancas, algunas con delineaciones negras o rojizas, y otras de color blanco terroso con dibujos café rojizo". Con ello Guevara caracteriza las tres clases de cerámica del cementerio de Huanehue.

Latcham<sup>73</sup>) opina de manera similar, pero parece presumir que la cerámica blanca de Valdivia se remonta al tiempo inmediatamente posterior a la

<sup>71</sup>) Uhle 1911.

<sup>72</sup>) Guevara 1925, II, p. 253.

<sup>73</sup>) Latcham 1928 b, p. 212.

invasión española, pues afirma que “durante los primeros años de la Conquista, los Araucanos entre el Itata y el Bío Bío y, en gran parte los del litoral entre Arauco y la boca del Imperial, se sometieron y a pesar de varias sublevaciones, se puede decir que sirvieron de buen o mal grado, hasta fines del siglo XVI. Igual cosa pasó con los indios Huiliches, al sur del Toltén... La industria de la alfarería existía ya desde antiguo, pero en este período se adoptaron en la decoración, algunos de los motivos derivados del arte de los incas, conservándose al mismo tiempo, las formas y el estilo decorativo locales. Los españoles establecieron obrajes en diversos puntos, especialmente en Osorno, Valdivia y Villarica. Desde estos centros la industria de la alfarería decorada se extendió entre los Araucanos, quienes hasta este momento no producían piezas decoradas, aunque sus vecinos los Huiliches lo hacían desde tiempo inmemorial”. Latcham acertadamente declara como uno de los rasgos estilísticos más típicos de la influencia incaica, aportado por los soldados peruanos, la inserción de zonas verticales en la decoración de los vasos de la región; anteriormente se componía exclusivamente la decoración mediante cintas horizontales. Para comprobar esta última afirmación aduce en especial un complejo de vasos funerarios procedentes de siete tumbas de cista, bajo túmulos apenas perceptibles, de Tirúa (prov. de Arauco) y de un cementerio cercano a Concepción con sepulturas alineadas. C. O. Schneider, el excavador del cementerio de Concepción, escribió a Latcham sobre esta cerámica: “No hay el menor asomo de influencia incaica en el dibujo”. En estas tumbas faltan, además, objetos de procedencia europea. Así, el juicio de Latcham y Schneider sobre la posición cronológica de este conjunto parece bien fundado: opinan que es bastante antigua y probablemente preincaica. Schneider se inclina “a identificar los restos en cuestión como pertenecientes a la entidad étnica que poblaba esta región antes de la llegada de los Mapuches”, es decir, de los Araucanos “auténticos” en sentido de Latcham.

No conocemos otro autor que más tarde se ocupara de la cerámica valdiviana con excepción de Oyarzún<sup>74</sup>), quien sostiene un criterio completamente nuevo. En contra de la opinión de Guevara, considera que esta producción industrial es de alta edad. Para él las innegables vinculaciones entre la decoración valdiviana y la de ciertas cerámicas del Perú, se remontan a una época anterior a la invasión incaica de Chile. Para evidenciarlo enumera muchas correspondencias entre los motivos ornamentales de ambas regiones; sin embargo, las que señala tienen un carácter demasiado general, y pasa por alto que el parentesco genético entre las expresiones artísticas de distintas etnias no se puede comprobar mediante el cotejo de ciertos rasgos elementales que se repiten en casi todos los estilos decorativos del mundo, sino que solamente se evidencia por la identidad de la composición y sintáctica de los motivos más complicados. Los argumentos de Oyarzún, por tanto, carecen de valor sin referirnos específicamente a ciertos datos, ya alegados por otros autores más antiguos, que deponen directamente contra sus conjeturas.

Todos estos hechos, combinados con los resultados de nuestros propios estudios, permiten un juicio bastante claro sobre el origen y la posición cronológica de la cerámica de Valdivia. Los detalles que Latcham y Schneider presentaban sobre las tumbas con cerámica pintada nos garantizan la existencia de un complejo cultural bien definido en un área bastante expansio-

<sup>74</sup>) Oyarzún 1939.

nada, circumscrip̄ta por los yacimientos de Concepci3n y Andalien (prov. de Concepci3n), Tirúa, Quidico y Tubul (prov. de Arauco), Traiguén y Chol-Chol (prov. de Malleco) y Nielol y Quepe (prov. de Temuco)<sup>75</sup>). Coincide con la parte costera y occidental del centro de la Araucanía. Como se puede desprender de las ilustraciones de Latcham, esta cerámica se caracteriza por jarritos, ánforas y pucos de regular tamaño y color blanco con pinturas rojas. Los motivos son bastante semejantes a los más simples de la alfarería valdiviana, cuyo muestrario consiste principalmente en cintas horizontales formadas por triángulos rayados y a veces también de rombos. Las formas de los vasos tiruanos, sin embargo, tienen carácter distinto. Cabe pocas dudas que la cultura tiruana corresponde a la época preincaica, no solamente por carecer de elementos peruanos, sino también por su posición tipológica respecto de las cerámicas pintadas de El Vergel y Valdivia. Esta última comparte con el estilo tiruano dos rasgos fundamentales: la técnica pictórica —rojo sobre engobe blanco— y la decoraci3n en bandas de triángulos estriados, comúnmente opuestos, de manera que forman un zig-zag negativo. Como lazo de uni3n entre Tirúa y Valdivia figuran ciertos vasos pintados del Vergelense. Como mencionáramos en el capítulo 5, varios de éstos muestran claras influencias incaicas, sin pertenecer al estilo valdiviano, al cual, sin embargo, ya se acercan mucho las dos jarritas de Cancura. La existencia de la línea evolutiva Tirúa—El Vergel—Valdivia, deponen en favor de la opini3n de Latcham que la fabricaci3n de la cerámica valdiviana comenzó muy pronto después de la Conquista. Si se aceptara la fecha mucho más tardía defendida por Guevara, y con eso una larga laguna temporal entre las cerámicas pintadas de El Vergel y de Valdivia, estaríamos frente a un hecho inexplicable, no existiendo raz3n alguna para presumir que la época de las tumbas de urna se extendiera hasta mediados del siglo XVII<sup>76</sup>).

La posici3n cronológica de la cultura de Tirúa permite otra conclusi3n de importancia. Es a la vez un valioso indicio respecto a la discutida edad de las tumbas de cista. Gusinde<sup>77</sup>), expresa dudas sobre su pertenencia al tiempo precolombino. No puede negarse su existencia en el tiempo colonial —conocemos casos respectivos por lo menos en Neuquén<sup>78</sup>)— pero los argumentos presentados por Latcham y Schneider son suficientes para comprobar que ya comenzaron en la época preincaica. Probablemente pertenecen a varias distintas culturas<sup>79</sup>). Es una lástima que sepamos tan poco sobre la cultura de Tirúa,

<sup>75</sup>) Latcham 1928 b, p. 212, lám. XXXIX.

<sup>76</sup>) En este conjunto también tiene interés un vaso pintado en forma de argolla hueca y decoraciones de tipo incaico —en mi opini3n un representante de la cerámica transicional— hallado en el cementerio de El Vergel (Bullock 1949). Bullock dice: “Junto con el cántaro, en la misma sepultura, fueron hallados huesos de caballo de modo que es seguro que su fecha es posterior a la conquista”. Aunque el autor no aduce este objeto en su gran estudio de 1955, suponemos que pertenesca al complejo de las tumbas de urna, lo que permitiría la presunci3n de que esta costumbre funeraria se mantuvo por un tiempo después de la llegada de los españoles.

Sin embargo, lo expresado por Latcham 1928 b, p. 217, en sentido de que en urnas del Vergelense se hallaron jarritos incrustados con losa europea parece sin fundamento; Bullock nada menciona al respecto.

<sup>77</sup>) Gusinde 1948.

<sup>78</sup>) Schobinger 1959 a, p. 171.

<sup>79</sup>) Cistas funerarias son también un elemento común en la época clásica de la cultura de Coquimbo (o diaguaita-chilena), aunque según Cornelius 1958 se observan diferencias a las del sur.

aparentemente muy vinculada con culturales más al norte. En el Museo de Concepción existen todavía los resultados de las excavaciones de su antiguo Director C. O. Schneider. Lamentablemente su inaccesibilidad durante nuestra estada en esa ciudad nos impidió estudiarlos.

En lo que se refiere a la historia evolutiva de la cerámica de Valdivia, pudimos establecer que sus productos difieren considerablemente en hechura y en motivos decorativos. En parte, se trataría de variedades locales, pero de más importancia serían las diferencias cronológicas. Esto nos parece casi seguro con referencia a los vasos de Calle Calle, con sus ornamentos negros sobre fondo blanco áspero que, en nuestra opinión, representan una variante más reciente. Pero, por de pronto, no es posible ofrecer un cuadro claro y completo del desarrollo de este estilo cerámico, de tan larga vida.

Tampoco tiene solución el problema de los fabricantes de esta cerámica. Tanto Guevara como Latcham piensan que fueron los soldados incaicos. Pero, esta presunción no armoniza bien con la existencia de prototipos y con el hecho de que la cerámica de Tirúa integra una de las raíces de la alfarería valdiviana. Además, es difícil —aunque no imposible— aceptar que en las guarniciones españolas no fuera empleado el torno de ollero para la fabricación de cerámica. Sin embargo, solamente el descubrimiento de nuevos elementos de juicio puede resolver la cuestión.

## 10. RESUMEN CRONOLOGICO, COROLOGICO Y ETNOHISTORICO.

Sobre la base de las exposiciones precedentes podemos formular algunas conclusiones en torno a la prehistoria del país araucano, las que, sin tener un carácter muy preciso y aun menos exhaustivo, significarían de todos modos un pequeño progreso de la investigación.

Las más fecundas fueron nuestras indagaciones con respecto a los problemas cronológicos. Pudimos atribuir el material arqueológico de la zona en estudio, es decir, entre el río Maule y el golfo de Ancud, a dos grandes períodos, que señalamos como el *Epipaleolítico y Neolítico (Cerámico)*. En el Epipaleolítico conocimos (capítulo 4) tres distintas expresiones culturales, que a la vez representarían otras tantas épocas cronológicas, sin excluir que coincidan parcialmente.

La primera corresponde al *Riogalleguense*, importante unidad cultural de neta morfología protolítica, que en el sur de la Patagonia floreció desde el décimo milenio a. C. y se desarrolló en tres etapas: la primitiva (I), la “clásica” (II) y la terminal con hachas de maro (III). Se manifiesta en estado bien evolucionado (II) en los hallazgos de Cahuil al norte del río Maule. No faltaría en la zona el Riogalleguense I y aparecería cuando la investigación arqueológica se intensifique, pues existen vestigios del mismo en la isla de Chiloé y parece también en el norte de Chile.

La segunda unidad precerámica que logramos aislar, el *Chanchanense*, muestra mucho parentesco con el *Ayanpitiense*, importante cultura epimiolítica muy difundida en el norte de Chile, en la zona cordillerana y precordillerana de la Argentina, en Bolivia y aun más al norte hasta Venezuela. El Chanchanense lo conocemos ante todo en la región de Valdivia, pero aparecerá también en otros lugares. Se trata probablemente de una estribación muy

tardía del Ayanpitiense, cuyas expresiones se remontan en Argentina a unos 6.000, en Perú (Lauricocha I) hasta 7.500 años a. C.

La tercera modalidad, bastante neolitizada (paraneolítica) y tal vez provista de incipientes conocimientos de la cerámica, el *Talcahuanense*, se presenta en los conchales de las provincias de Concepción y Arauco; pero conocemos vestigios de su extensión hasta la región de Valdivia. El modestísimo estado de las investigaciones, por de pronto, no permite decir algo concreto sobre el engranaje del Precerámico con el Cerámico, o sea, sobre la época durante la cual las culturas auténticamente neolíticas entraron en contacto con los complejos pre-agroalfareros; de todos modos existe poca duda de que en la zona costera, contemporáneamente con los cultivadores, sobrevivían gentes mucho más primitivas (los "Kofkeche" de los Araucanos), restos de los cazadores y recolectores superiores e inferiores.

Dividimos el período cerámico en el *Neolítico antiguo y tardío*, el último en las épocas *paleo* y *neoraucana*, que corresponden al tiempo precolombino y postcolombino respectivamente.

La existencia del Neolítico antiguo podemos, por de pronto, solamente vislumbrar sobre la base de algunos elementos aislados. La época paleoraucana, en cambio, es una realidad arqueológica, evidenciada por las excavaciones de Schneider y Bullock y nuestros propios estudios en la zona en la región entre Valdivia y Concepción. Consideramos como su más antigua expresión cultural el *Pitrenense*, representado hasta la fecha solamente en las provincias de Valdivia y Temuco. Presumimos una antigüedad relativamente alta de este estilo alfarero, por sus relaciones con la cerámica de Candelaria del Noroeste argentino, contando, sin embargo, con cierto desnivel cronológico. Vislumbramos como fecha del auge del estilo de Pitren el siglo XIV d. C., sin negar un comienzo anterior y su sobrevivencia hasta el siglo XV.

Después siguen dos modalidades culturales más o menos coetáneas: el *Tiruanense* con sus enterratorios en cistas y la primera fase de las tumbas de urna, el *Vergelense I*. No es posible decir algo seguro acerca del tiempo de su comienzo; se puede solamente presumir que ambas ya florecían en la primera mitad del siglo XV, pues en su último cuarto, se manifiestan en las tumbas del Vergelense II influencias incaicas. Las cistas tiruanas se concentran en las provincias de Concepción, Arauco, Ñuble y Malleco; las urnas funerarias en Bío Bío, Malleco y Cautín. Parece que sus áreas de dispersión no se superponen mayormente. Esto habla en favor de su —por lo menos— relativa contemporaneidad, indicada también por la influencia del estilo cerámico de Tirúa sobre los vasos pintados vergelenses.

Entre la segunda fase de las tumbas de urna y la primera del Valdiviense (Huanehue), con la cual comienza la época neoraucana, no habría existido una cisura temporal, dado el hecho de que algunos de los pequeños vasos pintados del Vergelense representan prototipos de la cerámica blanca de Valdivia. Más bien se podría pensar que las dos etapas se sobreponen algo, prolongándose la primera hasta los principios de la Conquista.

Nuestra clasificación arqueológica cuenta con el supuesto de que Huanehue se enlaza también con el estilo de Pitren, pues la cerámica monocroma del primer yacimiento no puede derivarse ni de la de Tirúa ni de las urnas funerarias, pero sí de Pitren a la cual está ligada por un fuerte aire común.

En el Neoraucano distinguimos tres etapas; la más antigua es el *Valdiviense*, que a su vez subdividimos en tres fases:

1. *Huanehue*, caracterizado por la frecuencia de alfarería roja, vasos con bordes engrosados y ante todo por la aparición de la "alfarería blanca", o sea, del estilo de Valdivia típico, con pintura roja sobre fondo blanco.

2. *Calle Calle*, fase a la cual otorgamos individualidad propia por ciertas innovaciones, p. ej., la pintura negra sobre blanco, superficie áspera de los vasos pintados, la alfarería tosca con líneas grabadas en el cuello y el mayor contacto con los españoles, apareciendo, ante todo, la incrustación mediante loza europea.

3. *Huitag*, con la nueva cerámica roja de decoración blanca y hierro como elemento del adorno indígena.

Fechaamos la etapa Valdiviense aproximadamente entre 1550 y 1750. El término final depende de un cálculo algo especulativo, pero es, por lo menos, una aceptable hipótesis de trabajo.

La segunda etapa principal del Neoraucano es el *Pucopiense*. Nuestro juicio sobre su posición cronológica estriba en su carácter muy europeo. No conocemos aún el camino de su desenvolvimiento; de todos modos, el resultado señala con claridad el avance de la transculturación de los indígenas. Parece que las protuberancias de los vértices de las asas son un elemento significativo de esta especie alfarera, aunque no falta completamente en tiempos anteriores. Suponemos que se data en la segunda mitad del siglo XVIII. Sería solamente una modalidad cultural entre muchas otras contemporáneas y más o menos similares que todavía no conocemos.

A la cultura araucana moderna del siglo XIX pertenecen los dos vasos del lago Ranco, de alrededor de 1840, objetos aislados pero característicos. Durante esta época del Neoraucano decayó la cerámica nativa cada vez más; fue tosca, en general negra y comenzó a abandonar la pintura y otras clases de decoración; pero en cambio se produjeron muchas formas de vasijas, entre ellas también zoomorfas.

La tabla que añadimos aquí presenta un cuadro sinóptico de nuestras ideas sobre la cronología de Araucanía, y, a la vez, de las unidades culturales que pudimos establecer mediante nuestros estudios y excavaciones. Los problemas del origen, desarrollo y contacto mutuo entre estas unidades y con otras modalidades culturales son muy arduos y en su mayoría apenas penetrables aún, sobre todo a causa de la deficiente investigación arqueológica de Chile en general y de la región araucana en especial.

El Riogalleguense y el Ayanpitiense, complejos culturales de gran difusión, han sido relativamente bien estudiados en Argentina: el primero es una cultura epiprotolítica, el segundo corresponde a un Epimiolítico. No es difícil darse cuenta de que las más antiguas culturas líticas de Araucanía están íntimamente vinculadas con ellas y por lo tanto podemos señalarlas mediante los mismos términos. El Talcahuanense, en cambio, es una modalidad más oscura. Sobre su abolengo nada osamos decir en concreto; de sus flechas no conocemos paralelas ni en Chile ni en Argentina. Posiblemente tiene algo que ver con la cultura de Las Cenizas (prov. de Valparaíso). Ambos complejos tendrían contactos con culturas neolíticas pre- o protoaraucanas sin representar un

# Esquema provisional del desarrollo cronológico y corológico de Araucanía

O. F. A. Menghin 1960

| Fechas aproximativas | Epocas             |                          | Zona norte y costa   | Zona sur  |  |
|----------------------|--------------------|--------------------------|--|---|--|
| desde 1800           | Neo-araucano       | Cultura araucana moderna |  |   |  |
| 1800—1750            |                    |                          | Pucopiense   |   |  |
| 1750—                |                    | Valdiviense              | Valdiviense  | Huitag  |  |
|                      |                    |                          |  | Calle Calle   |  |
| 1550                 | Neo-lítico tardío  |                          |  | Huanehue  |  |
| 1550—1450            |                    |                          | Vergelense II  | ↓ ?   |  |
| 1450—1400            |                    | Paleo-araucano           |  | Vergelense I  | Capas sup. de los conchales de Chiloé (con influencias neolíticas) |
| 1400—1300            |                    |                          | Tiruanense   | Pitrenense  |  |
| 1300—1000            |                    |                          | ↓ ?  | ↓ ?   |  |
| 1000—1000            | Neo-lítico antiguo | Proto- o Pre-araucano    | Fenómenos no bien determinables (cerámica grabada, esculturas, etc.) | ?   |  |
| 0—0                  |                    | Para-neolítico           | Talcahuanense (Cultura de Las Cenizas en Chile central)              | Chanchanense (Ayanpinitinense tardío)                 |  |
| 1000—1000            | Epi-paleo-lítico   | Epi-miolítico            | (Ayanpinitinense en Chile septentrional y central)                   | Capa inf. de los conchales de Chiloé (Ríogalleguense) |  |
| 4000—4000            |                    | Epi-protolítico          | (Ríogalleguense II en Cahuil, prov. de Colchagua)                    |   |  |
| 8000                 |                    |                          |  |   |  |

auténtico Neolítico, fenómeno que recuerda al Patagónico del otro lado de los Andes.

Oscura es también la ascendencia del Tiruanense, pero sin duda solamente a causa de nuestros insuficientes conocimientos de la situación arqueológica de la región colindante al norte, cuyo estudio sistemático es una de las más urgentes tareas de la investigación prehistórica de Chile. No faltan hallazgos análogos en esta zona, pero su cronología y origen no están suficientemente aclarados.

Las urnas funerarias del Vergelense representan una clase de cerámica muy especial. En este caso el modo del enterramiento ofrece un interesante indicio con respecto a la dirección de su procedencia, pues las tumbas de urnas son un fenómeno bien conocido en el noroeste argentino, sobre todo en la cultura de Candelaria, pero también más al norte, en la región amazónica y paranaense. Quizá sea posible algún día, trazar una línea evolutiva entre los vasos mortuorios mucho más grandes y burdos de aquellas comarcas y los de Araucanía, mediante descubrimientos en la región intermedia. Las correspondencias entre los ídolos bicéfalos de Araucanía y Bolivia son también muy indicativas. Desgraciadamente no existe seguridad alguna de que estos monumentos pertenezcan al Vergelense, de manera que por de pronto no es posible aprovecharlos para conclusiones corológicas. Tenemos que contentarnos hasta ahora con estas vagas indicaciones con respecto al origen, tal vez muy lejano, del Vergelense, sin poder decir algo sobre el tiempo y modo de su inmigración en Araucanía.

Ante una situación casi idéntica nos coloca el problema genético del Pitrenense, ya que aparece como caído del cielo. Las escasas analogías con la cerámica negra de la región atacameña no parecen suficientemente expresivas como para otorgarles fuerza de prueba. Más significativas son las relaciones artísticas con el estilo de Candelaria; en este caso no se trata sólo de una coincidencia más general, como son las costumbres mortuorias, sino de elementos bastante especializados. No obstante volvemos a pensar en un parentesco más indirecto, es decir, basado en una fuente común (amazónica), pues faltan otras igualdades entre Candelaria y Pitren. El cotejo es, por cierto, prácticamente imposible, porque para Pitren sólo disponemos de la alfarería. Sin embargo, podemos presumir con cierta probabilidad, que el Pitrenense poseía el hacha pulida de forma cilíndrica y petaloide (*Walzenbeil*) que se halla en tantas cantidades en Araucanía. Al respecto es digno de mención que este tipo más sencillo de hacha neolítica, tanto en Candelaria como en todo el noroeste argentino, sólo asoma en contados ejemplares; la forma predominante de esta zona es el hacha con cuello, en Candelaria el hacha con dos muescas laterales. El hacha cilíndrica y petaloide tiene su principal área de dispersión más lejos, en la cuenca de los ríos Paraná y Amazonas. Así, este indicio tipológico vuelve a conducirnos mucho más allá de la región cordillerana argentina.

El hecho de que dos unidades culturales tan desparejas como el Pitrenense y el Vergelense muestren señales de procedencia análoga, podría desconcertar en el primer momento; pero en realidad no sería imposible explicarlo. Podrían tener su foco de irradiación en muy distintas zonas de la enorme región amazónica, y además no debemos olvidar el probable diacronismo; Pitren puede ser considerablemente más antiguo que el Vergelense. Se trataría entonces, en Araucanía, de dos oleadas inmigratorias separadas. Pero, todo eso son meras posibilidades.

Ya subrayamos que (exceptuando la nueva creación de la "cerámica blanca") las alfarerías de Pitrén y Huanehue se enlazan por un aire de familia que garantiza su parentesco genético. Eso constituye un hecho de gran importancia, por documentar una larga serie evolutiva que se extendería desde el siglo XIV hasta el XVII, pues de la unidad corológica entre Huanehue, Calle Calle y Huitag, es decir, de las tres fases del Valdiviense, no puede dudarse.

Con eso poseemos un sólido punto de partida para algunas deliberaciones etnohistóricas. Las fuentes escritas dan la seguridad de que el Valdiviense corresponde a la cultura de los Araucanos, permitiendo la deducción de que el Pitrenense debe atribuirse a los antepasados de este pueblo. Pero con este conocimiento se combina un problema muy difícil de resolver: la conexión entre Pitrenense y Valdiviense comprueba el linaje cultural de sus beneficiarios, pero ya no con la misma seguridad la identidad lingüística. Es imaginable que los portadores de la modalidad Pitrenense hayan sido inmigrantes poseedores de otro idioma, y la lengua araucana fue el patrimonio de uno de los otros grupos. La solución de este interrogante depende en alto grado de la cronología, pero también de otros elementos de juicio. Mientras no sepamos con seguridad, cuál de las unidades agroalfareras de la Araucanía prehistórica es la más antigua, si el Pitrenense, el Tiruanense o el Vergelense, y mientras no conozcamos mejor el origen y las áreas de su dispersión, el poder cultural que desplegaron, el desarrollo y las particularidades de su contenido cultural, los procesos de la mutua trasculturación, no podremos resolver el problema. Nos inclinamos intuitivamente a la opinión de que el Pitrenense representa también desde el punto de vista lingüístico el abolengo de los Araucanos históricos; lo vislumbramos sobre todo en razón de su ulterior victoria cultural sobre sus competidores. Otra posibilidad, o sea, que todas las tres entidades lingüísticamente podrían ser araucanas, no parece muy probable en consideración de la gran diferencia entre ellas; sin embargo, no es posible excluirla completamente. Implicaría una alta edad de la inmigración de los Araucanos en Chile, así que su cultura ya hubiera podido diversificarse muchos siglos antes de la Conquista, teoría que influenciaría también sobre la explicación de la existencia de tantos topónimos araucanos en Chile central y hasta más al norte.

En lo que se refiere a la etnohistoria del Epipaleolítico podemos asegurar que el Riogalleguense representa el patrimonio cultural de la más antigua y primitiva etnia de América, es decir, de los antepasados de los indios canoeros de Tierra del Fuego y de la región de los canales (Alakaluf y Yámana), y más exactamente, de su extinguida parcialidad septentrional, los Chono. Menos clara es la pertenencia étnica del Ayanpitinense sureño, pero se debe tener a la vista que el acervo cultural de los Pehuenches, cazadores prearaucanos que todavía en tiempos históricos vivían en el interior cordillerano, aunque al final fueron araucanizados, reflejaría una última estribación del Ayanpitinense. Ellos mismos o una tribu emparentada extinguida, pueden ser correlacionados con la ramificación meridional del Chanchanense. El Talcahuanense se sustrae todavía a los ensayos de determinación étnica.

Así, la etnohistoria del país araucano nos ofrece, curiosamente, dos puntos fijos: uno al comienzo, con los antepasados de los indios canoeros, y tal vez de los Pehuenches; el otro al final, con los Araucanos históricos y protohistóricos. Serán necesarios intensivos trabajos de campo, ante todo exactas excavaciones estratigráficas y de cementerios, para dilucidar el tiempo intermedio.

# Studien zur Urgeschichte der Araukaner

## AUSZUG

1. *Stand der Forschung.* — Während die Araukaner in Argentinien seit ihrer endgültigen Unterwerfung um 1880 ein ziemlich prekäres Dasein fristen, bilden sie in Chile noch immer ein kraftvolles Volkstum, das auf mehrere hunderttausend Individuen geschätzt wird. Es gibt viel Berichte über sie aus der Conquista- und Kolonialzeit sowie eine reiche moderne Literatur, die sich mit ihnen vom anthropologischen, linguistischen, ethnologischen, archäologischen und historischen Standpunkt befaßt. Es handelt sich dabei nur in geringem Umfange um größere Zusammenfassungen, sondern mehr um Spezialarbeiten sowie Schilderungen von Reisenden des 19. Jahrhunderts. Die archäologische Araukanerforschung ist über Anfänge nicht hinausgekommen.

Am dringendsten ist die Aufgabe, die Chronologie der vorkolonialen Zeit Araukiens festzustellen<sup>1)</sup>. Da sich diese in erster Linie auf die Keramik stützen muß, spielen diesbezügliche Erörterungen in der vorliegenden Arbeit eine Hauptrolle. Eine Lösung des Problems der Herkunft der Araukaner ist heute noch nicht möglich. Immerhin gibt es gewisse Gesichtspunkte allgemeineren Charakters, die dazu beitragen.

2. *Die Theorie Latchams über den Ursprung der Araukaner.* — Die Mehrheit der chilenischen Forscher, unter ihnen vor allem Guevara, sieht die Araukaner als eine seit uralter Zeit im Süden Chiles ansässiges einheitliches Volk an. Demgegenüber hat Latcham die Theorie entwickelt, daß sich die Araukaner aus zwei grundverschiedenen Schichten zusammensetzen. Die Menschen, denen die araukanische Sprache und die pflanzenbauerische Kultur zuzuschreiben ist, seien vor altersher da gewesen und hätten sich in einer nördlichen Abteilung, den Picunche, und einer südlichen, den Huilliche (einschließlich des kleinen Teilstammes der Cunco und der Chiloten) erhalten, während die Araukaner der mittleren Zone (etwa zwischen den Flüssen Itatá und Toltén) erst rund zwei Jahrhunderte vor der Conquista eingewandert seien. Sie wären als kriegerische Eroberer aus der argentinischen Pampa gekommen, von Hause aus Jägernomaden gewesen und hätten von den Voransässigen zwar die Sprache und manche Kulturelemente, wie Pflanzenbau, Keramik und Weberei, übernommen, im übrigen aber weitgehend andere Sitten, Waffen, rassische Eigentümlichkeiten usw. besessen. Diese Eindringlinge seien die „eigentlichen“ Araukaner oder Mapuche („Leute des Landes“). Nun ist nicht zu leugnen, daß das araukanische Volkstum der geschichtlichen Zeit manche innere Verschiedenheiten rassischer, sprachlicher und kultureller Art aufweist. Aber die Erklärung, die Latcham für diese Tatbestände gibt, ist in keinerlei Weise stichhältig. Denn die Kulturelemente, die er den jägerischen Eroberern zu-

<sup>1)</sup> Wir verstehen hier unter Araukanien das Land zwischen Río Maule und dem Golf von Ancud. Die Chilenen gebrauchen das Wort Araucanía für das heute noch stark von Araukanern besiedelte Gebiet zwischen den Flüssen Bío-Bío und Toltén. Die offizielle Einteilung gliedert Chile in folgende sechs Regionen: Norte Grande (Großer Norden) mit den Provinzen Tarapacá und Antofagasta; Norte Chico (Kleiner Norden) mit den Provinzen Atacama und Coquimbo; Chile Central mit den Provinzen Aconcagua, Valparaíso, Santiago, O'Higgins, Colchagua, Curicó, Talca, Maule, Linares und Ñuble; La Frontera (Die Grenze) mit den Provinzen Concepción, Arauco, Bío Bío, Malleco und Cautín; Los Lagos (Die Seen) mit den Provinzen Valdivia, Osorno und Llanquihue; Patagonia mit den Provinzen Chiloé, Aisén und Magallanes (letztere schließt den chilenischen Teil des Feuerlandes ein).

schreibt, sind vielfach geradezu typisch für Pflanzervölker, und soweit sie es nicht sind, können sie ebensogut auf vorpflanzerische Substrate und nachbarliche Beeinflussung durch Jäger zurückgehen. Es besteht ja kein Zweifel, daß sich die Araukaner Chiles über Landstriche ausgedehnt haben, die vor ihnen bewohnt waren. Im Berglande waren es z.B. die Pehuenchen. Außerdem muß mit regionalen Sonderentwicklungen gerechnet werden. Auch ist immer zu untersuchen, ob ein in den Schriftquellen bezeugtes Kulturelement überhaupt der voreuropäischen Zeit angehört. Was die von Latham angeführten archäologischen Argumente anlangt, muß gesagt werden, daß sie wegen seiner unzureichenden Grabungs- und Publizierungsmethoden nicht anerkannt werden können.

Ist also die Theorie Lathams in dieser Form hinfällig, so darf doch mit einer Mehrschichtigkeit des araukanischen Volkstums gerechnet werden, die möglicherweise auch den eigentlichen Kern der völkischen Substanz betroffen hat. Nur eingehende archäologische Forschungen können das klären.

Was die von Latham vorgeschlagene Terminologie anlangt, so ist es nicht zu empfehlen, den von den Spaniern geschaffenen Namen Araukaner nur auf die mittlere Gruppe des Gesamtvolkes anzuwenden; es ist besser, ihn, dem modernen wissenschaftlichen Gebrauche gemäß, für die Gesamtheit der araukanische sprechenden Stämme zu benützen. Für die zentralen Araukaner könnte man den Ausdruck Mapuche reservieren, obgleich er heute ebenfalls von allen Araukanern in Anspruch genommen wird.

3. *Allgemeine Betrachtungen über den Ursprung der Araukaner.* — Trotz des mangelhaften Standes der Einzelforschung läßt sich von allgemeinen Gesichtspunkten aus einiges über den Ursprung der Araukaner sagen. Sie gehören rassisch zweifellos zu den stark mit mongolischem Blute gemischten Indianervölkern Südamerikas. Doch kann es nicht als unbedingt ausgemacht gelten, daß sie eine Untergruppe der „andinen“ Rasse sind; sie könnten auch „Amazonide“ sein. Das Problem ist derzeit schon deswegen nicht zu klären, weil modernen Ansprüchen genügende rassengeschichtliche Untersuchungen nicht vorliegen; prähistorisches Skelettmaterial mangelt überhaupt fast vollständig.

In kultureller Hinsicht stehen die Araukaner jedenfalls den amazonischen Völkern am nächsten. Es handelt sich dabei um die Form des Neolithikums, wie sie um etwa 2500 v.Chr. über den Stillen Ozean von Südostasien nach Amerika eingewandert ist und mit vielen Bereicherungen aus der Hochkulturzone bei den Aruak, Guaraní und Kariben weiterlebt. Eine direkte Einwanderung der Araukaner aus Asien ist nicht wahrscheinlich, man darf vielmehr annehmen, daß sie aus irgendeiner Gegend des ungeheueren Amazonasbeckens stammen. Dagegen wäre es nicht unmöglich, daß sie — oder wenigstens eine Schichte oder Welle von ihnen — der peruanisch-chilenischen Küste entlang auf dem Wasserwege gekommen sind. Dafür sprechen gewisse Merkwürdigkeiten in der Verbreitung typisch araukanischer Artefaktformen (besonders der Steinbeile und biomorphen Keulen), sowie Tatsachen der Toponymie.

Die araukanische Sprache muß vorderhand als isoliert angesehen werden. Gewisse Beziehungen zu anderen Sprachen sind entweder zu allgemeiner Natur, um etwas zu beweisen, oder ganz später Beeinflussung zuzuschreiben, wie die Ketschwaelemente.

4. *Chronologische und chorologische Grundlagen der Urgeschichte Araukaniens.* — Wie vielerorts in Südamerika, gibt es auch in Chile Fundplätze epiprotolithischer Geröllkultur. In Araukanien selbst liegen noch keine Bezugungen solcher industrieller Hinterlassenschaften niederer Jäger und Sammler vor, wohl aber auf der Insel Chiloé, wo die unteren Schichten der Muschelhaufen — die noch eingehender Erforschung harren — von ihr eingenommen werden. Es handelt sich dabei um eine primitive Manifestation des Riogalliegiums, einer epiprotolithischen Geröll- und Knochenkultur, die sich im ganzen südlichen Patagonien vom 10. Jahrtausend ab in mehreren Stufen reich entfaltet hat und nichts anderes ist als die Urform der Kultur, die seit etwa 1000 v. Chr. in den Muschelhaufen der Kanuindianer (Alakaluf und Yamana) des Feuerlandes und der Kanalregion auftritt und bis in die neueste Zeit hinein fortlebte. Der Fundplatz von Cahuil (Prov. Colchagua) etwas nördlich vom Río Maule, beweist, daß Araukanien an dieser Entwicklung teilgenommen hat. Die Araukaner besitzen eine Überlieferung, nach der vor ihnen das Land von einer friedlichen arbeitsamen Bevölkerung niederer Statur besiedelt war, den Kofketsche. Es ist wahrscheinlich, daß es sich dabei um die Träger dieser Kultur handelt, Menschen im wesentlichen fuegider Rasse, die natürlich, als die Araukaner kamen, auch schon mit höher stehenden Jägern vermischt gewesen sein mögen.

Solche werden in der Gegend von Valdivia durch eine Steinindustrie greifbar, der ich den Namen Chanchanium gegeben habe. Es ist mit dem Ayanpinitium verwandt, das, von Venezuela bis Argentinien bezeugt, als der Niederschlag einer großen Wanderung höherer Jäger im Westen des Kontinentes, vor allem in der Cordillera, anzusehen ist. Seine Leitform sind blattförmige Steinspitzen. In Argentinien blüht es um 6000 v. Chr., nach Norden zu dürfte es immer älter werden.

In Talcahuano bei Concepción, aber auch weiter südlich bis Valdivia, erscheint eine dritte steinzeitliche Kultur, deren Charakter noch nicht ganz klar ist. Sie zeigt bereits neolithische Züge, vor allem sehr schön geformte Pfeilspitzen (Fig. 1) und kann als paraneolithisch, d. h. neolithisiertes Epimiothikum gelten. Das Talcahuanium war sicher voraraukanisch; das wird durch das Skelettmaterial bewiesen, das ganz unaraukanisch ist. Die Herkunft dieser Kultur ist vorderhand dunkel, doch mag sie irgendwie mit der vielleicht ebenfalls paraneolithischen Kultur von Las Cenizas (Prov. Valparaiso) zusammenhängen, in der Schalensteine und die auch in Araukanien weit verbreiteten schweren, keulenkopfförmig durchbohrten Steine auftreten. Beide Kulturen dürften von Hause aus vorkeramisch sein.

Im Innern Araukaniens gibt es Einzelfunde von Silexgeräten besonderer Größe und Form, Steinskulpturen, Felsgravierungen eigenen Stils, sowie Tongefäßscherben mit gravierter Verzierung. Es ist vorderhand unmöglich zu sagen, ob es sich dabei um vor- oder früharaukanische Altertümer handelt. Auf alle Fälle muß man damit rechnen, daß es pflanzenbauerische Kultureinheiten dieser Art gab. Wir können derzeit noch nichts Sicheres über den Zeitpunkt der Einwanderung der Araukaner sagen. In den Muschelhaufen der Küste finden sich araukanische Kulturgüter, die aber möglicherweise von den primitiven Meeresanwohnern erworben wurden, die dort noch lebten, als die Araukaner schon das Innere besiedelt hatten. Feststeht, daß diese schon längere Zeit vor dem inkaischen Feldzug um 1470 im Lande saßen. Darauf weist

vor allem die durchaus dominierende Ortsnamengebung araukanischer Etymologie hin. Wir können daher, den Beginn der europäischen Eroberung als Grenzscheide nehmend, eine paläoaraukanische und eine neoaraukanische Stufe in der Entwicklung der araukanischen Archäologie trennen, wobei es allerdings weithin erst Aufgabe künftiger Forschung sein wird, diese Bezeichnungen mit konkretem Inhalte zu füllen. Für den vorläufigen Gebrauch können wir folgendes chronologisch-chorologische System zugrundelegen:

Spätneolithikum: Neoaraukanium (nach 1550).  
Paläoaraukanium (vor 1550).

Frühneolithikum: Hypothetische prä- oder protoaraukanische Pflanzerkulturen (etwa zwischen 1000 n.Chr. und  $\pm$  0).

Epipaläolithikum: Paraneolithische Kulturen

(etwa zwischen  $\pm$  0 und 1000 v.Chr.).

Epimiolithikum (Kulturen jungpaläolithischer Morphologie).

Epiprotolithikum (Kulturen altpaläolithischer Morphologie).

5. *Der Fundplatz von El Vergel und die Urnengräber.* — Dillman Bullock hat auf dem Boden der Ackerbauschule El Vergel bei Angol (Prov. Malleco) einen Friedhof mit Urnengräbern untersucht und darüber unter Vorlage aller übrigen einschlägigen Fundbestände, eine wertvolle Abhandlung veröffentlicht. Die Urnengräber bilden eine vorderhand nur in den Provinzen Malleco, Cautín, Bío-Bío, Arauco und Concepción nachgewiesene geschlossene Kultureinheit. In den Urnen sind unverbrannte Skelettreste adulter Personen beobachtet worden, was, angesichts der relativ geringen Gefäßgrößen, für zweistufige Bestattungen spricht. Es ist das eine sehr auffallende Erscheinung, da in nachkolumbischer Zeit von derlei Beisetzungssitten bei den Araukanern nichts erwähnt wird. Bullock nimmt daher an, diese Kultur sei „präaraukanisch“ im Sinne Latchams gewesen, und hält sie demgemäß auch für präinkaisch, wobei er aber aus dem Auge läßt, daß einzelne bemalte Beigefäße in den Urnen unzweifelhaften Einfluß inkaischer Dekorationsstiles aufweisen, andere Übergänge zur postkolumbischen Valdiviak Keramik darstellen. Andererseits sind aber auch Beziehungen zur altertümlichen Keramik von Pitrén (siehe Kapitel 7) vorhanden. Es wird daher eine vorinkaische und eine inkazeitliche Phase der Urnengräber zu unterscheiden sein.

Urnengräber für Erwachsene sind in Mittelchile nicht ganz unbekannt, haben aber andere Form. Jedenfalls treten sie als allgemeiner geübte Sitte erste wieder jenseits der Anden, im argentinischen Nordwesten auf, besonders in der Candelariakultur. Das hat eine gewisse Bedeutung für die Frage nach der Herkunft der Araukaner.

In El Vergel sind auch einige durch Steinplatten geschützte und vollkommen ungeschützte Gräber mit gestreckten Skeletten gefunden worden, möglicherweise Zeugnisse einer Kulturmischung. Sie scheinen gleichaltrig mit den Urnengräbern zu sein, wie vor allem der in beiden Bestattungsformen auftretende typisch araukanische Ohrschmuck aus Metall nahelegt. Seine Modelle dürften nördlicher Herkunft sein. Im übrigen ist über das Alter der araukanischen Metallindustrie nichts Sicheres bekannt.

Die Gräber von El Vergel waren in ein Erdreich eingeschnitten, das zahlreiche Reste vermutlich vorhergegangener Besiedlung aufweist. Es fanden sich viele Scherben gravierter sowie bemalter Keramik. Die ersteren lassen sich

in keine derzeit bekannte Stilart einordnen. Rund 100 m von diesem Platze wurden zwei figurale Steinstelnen gefunden, die kleinere (42 cm) mit einem Kopf, die größere (44,6 cm) mit zwei Köpfen (Fig. 2). Analogien zur letzteren bieten vor allem kleine, vermutlich vortiahuanacozeitliche Steinplastiken aus dem mittleren Bolivien (Fig. 3). Die Vergestelnen sind wohl sicher älter als die Gräber; inwieweit sie mit den Araukanern zu tun haben, muß dahingestellt bleiben. Sie geben aber neuerdings einen Hinweis auf Verbindungen Araukiens mit dem transandinen Norden.

6. *Ausgrabung der Cueva de los Catalanes, Distrikt Esperanza (Prov. Malleco)*. — Die erste Ausgrabung in Araukanien, die ich auf Grund der Einladungen des Instituto de Antropología der Universität von Chile und mit Hilfe einiger Herrn dieses Institutes (im Dezember 1956) machte, betraf die Höhle im Fundo „Los Catalanes“ im Tale des Renaico. Der vordere Höhlenraum mißt ungefähr 8 m in die Breite und 6 m in die Höhe, bei einer Länge von rund 10 m. Sie verengert sich dann rasch zu einem Gang von etwa 2 m Höhe, in dem wir an der Oberfläche das Bruchstück einer araukanischen Mahlplatte und eines Eisengefäßes fanden.

Die Höhle weist einige Felsgravierungen auf, deren wichtigste Gruppe sich an der Rückwand des Hauptraumes befand. Sie umschließt vor allem ein kreisförmiges Gebilde, das stark den Verzierungen auf den araukanischen Schamanentrommeln ähnelt (Fig. 4), und kann daher wohl mit Sicherheit als araukanische Arbeit angesprochen werden. Die Linienführung ist außerordentlich zart. Keine ähnliche Gravierung war bisher aus dem araukanischen Gebiete bekannt.

Die Ausgrabung beschränkte sich auf die vordere Hälfte der Höhle und erstreckte sich auf 22 m<sup>2</sup> ihrer Oberfläche. Es wurde überall bis auf den gewachsenen Felsen gegangen, der in 130 bis 170 cm Tiefe erschien, also, wie es einer durch Wasserwirkung entstandenen Höhle entspricht, sehr uneben war. Die ganze Füllung bestand aus Kulturschichten ohne nennenswerte Unterbrechungen durch sterile Ablagerungen. Die Schichten verliefen ziemlich unregelmäßig, doch ließen sich einwandfrei vier (meist unterteilbare) Haupthorizonte unterscheiden, von denen die beiden oberen kolonialzeitlich sind, die beiden unteren paläoaraukanisch, ohne ein hohes Alter zu repräsentieren. Zur Zeit des oberen paläoaraukanischen Horizontes (C) wurde die Höhle nach vorn durch eine Trockenmauer mit Eingang links abgeschlossen. Das Fundmaterial war bescheiden. In allen Schichten kamen Scherben glatter, oft polierter dunkler, seltener roter araukanischer Keramik zutage; in den Horizonten B und C auch einzelne Fragmente mit eingeschnittenen oder eingepreßten Verzierungen. Keine Gefäßform ließ sich rekonstruieren. In der untersten Schicht erschienen Bruchstücke von zwei Rauchpfeifen; von einer nur ein Rohrstück, schwarz, hochglanzpoliert, von einer andern, mit bräunlichglatter Oberfläche, der Pfeifenkopf, von dem zwei Rohre ausgingen, die aber abgebrochen sind. An Steingeräten kam — außer zwei mandelförmigen Pfeilspitzen — fast nicht heraus; auch aus Knochen nur wenig, darunter eine kleine, durchbohrte, exakt kreisrunde Scheibe. Merkwürdig ist in der untersten Schichte das reichliche Auftreten von Geschiebebruchstücken, eine Erscheinung, die im araukanischen Gebiete auch sonst beobachtet werden kann, vor allem in Zusammenhang mit Gräbern. Es muß sich da um einen besondern Ritus handeln.

Sehr auffellend ist der geringe Anfall an Nahrungsüberresten, wie Knochen, Muscheln u.dgl., obgleich sehr viel Asche und Kohle, also Herdstellen, vorhanden waren. Ist es auch wahrscheinlich, daß die Araukaner in vorkolumbischer Zeit in großem Umfange von Pflanzennahrung lebten, so dürfte der Befund doch auf eine besondere Funktion dieser Höhle hinweisen, wofür ja auch die Gravierungen sprechen. Man wird daran denken, daß sie irgendwie dem Kulte, vielleicht auch als Wohnung eines Schamanen diene.

7. *Die Ausgrabung des Friedhofs von Pitrén in Panguipulli (Prov. Valdivia).* – Die wichtigste Unternehmung meiner zweiten Campagne in Chile (1958) war die Untersuchung eines Friedhofs zu Pitrén bei Panguipulli, bei der zum erstenmale in Araukanien ein größerer geschlossener keramischer Komplex wissenschaftlich ausgegraben worden ist (Fig. 6, 7). Die kleinen Keramikgruppen, die wir feststellten, sind als Grabbeigaben anzusehen, obwohl sich nicht die geringsten Spuren von Skeletten fanden. Das wird einerseits durch den Umstand erhärtet, daß keinerlei Anzeichen für den Bestand eines Wohnplatzes vorlagen, andererseits durch die bekannte Tatsache, daß organische Substanzen in dieser Region bei dem am Orte vorliegenden Bodenverhältnissen wegen des feuchten Klimas in kürzester Zeit verschwinden. Auch die Distanz der einzelnen Keramikbeisetzungen stimmt gut zu ihrer Deutung als Grabbeigaben. Andere Beigaben waren nicht vorhanden.

Der Keramik (Fig. 8–10) von Pitrén kommt besondere Bedeutung zu, weil sie einerseits starke allgemeine Familienähnlichkeit mit der leidlich bekannten Tonware neoaraukanischer Zeit zeigt, andererseits aber gewisse besondere Züge besitzt. Es ist eine mit einem sehr leicht abwaschbaren schwarzen Überzug versehene rote Tonware mit glatter Oberfläche. Der schwarze Überzug hat durch die Bodenfeuchtigkeit oft gelitten, so daß die Gefäße meist fleckig sind und den Eindruck vortäuschen, schlecht gebrannt zu sein. An einem Stück (Fig. 8, Nr. 1) kann man noch deutlich sehen, daß die schwarze Farbe auch zur Anbringung von geometrischen Ornamenten diene. Der interessanteste Zug dieser Tonware ist aber ihre gelegentliche Verzierung durch plastische Zutaten in einer Art, die an die Candelariakeramik Nordwestargentinens erinnert. Dieser Eigentümlichkeit dürfte ein gewisser Wert in chorologischer wie chronologischer Hinsicht zukommen. Sie deutet auf irgendwelche, heute noch nicht zu klärende verwandtschaftliche Beziehungen hin, und spricht, da Candelaria um 1000 und vorher zu datieren ist, zu gunsten eines nicht allzuspäten Zeitansatzes von Pitrén. Dieses braucht keineswegs so alt zu sein, wie Candelaria, aber es muß wohl vor El Vergel begonnen haben, also wenigstens vor 1400 n.Chr. Wie einzelne Beigefäße der Vergelgraburnen vermuten lassen, fand die Pitrénkeramik wohl im 15. Jahrhundert ihr Ende. Gewisse Ähnlichkeiten mit der Tonware der Atacamaregion gestatten vorderhand keine Beurteilung, weil die genauere Erforschung der letzteren erst im Zuge ist.

8. *Andere Studien und Ausgrabungen in den Provinzen Valdivia und Osorno.* – In der Sammlung des Herrn Mollenhauer in Panguipulli erliegen die Ergebnisse der Ausgrabungen, die dieser in dem Friedhof von Huanehue am gleichnamigen Flusse gemacht hat (Fig. 6). Auch hier handelt es sich ausschließlich um Tongefäße. Ein Teil (Fig. 11) von ihnen führt deutlich die Tradition von Pitrén fort, jedoch unter Verlust und Hinzutritt verschiedener charakteristischer Einzelheiten, während der andere Teil (Fig. 12, 13) etwas ganz Neues darstellt. Es sind vollkommen ausgebildete Vertreter der soge-

nannten Valdiviak Keramik, einer wohl unter europäischer Führung geschaffenen Stilart, die neben anderen Formen vorwiegend mittelgroße Henkelkannen umfaßt, die mit stark inkaisch beeinflussten geometrischen Ornamenten in roter Farbe auf weißem Überzug geschmückt sind. Diese Keramik gehört, wie im Kapitel 9 genauer dargelegt wird, bereits der neoraukanischen Epoche an und ist jünger als 1550.

Die Sammlung des Herrn Reccius in Valdivia beherbergt einen großen Bestand von Keramik aus zwei Friedhöfen von Calle Calle (Prov. Valdivia), die wiederum jünger zu sein scheint (Fig. 14, Nr. 1-2, Fig. 15). Auch sie zerfällt in Gefäße alteinheimischer Prägung und solche des Valdiviastiles. An jenen erscheint zum erstenmale die wohlbekannte Inkrustation mit Bruchstücken weißen europäischen Porzellans, die lange festgehalten wurde; die letzteren weisen verschiedene technische Neuerungen auf (andere Paste, schwärzliche Malfarbe, sehr große Kannen). Es gibt außerdem ganz große (40 cm hohe) Krüge bräunlicher Farbe, wohl europäisches Fabrikat (Fig. 14, Nr. 3). Allenthalben ist also die Verstärkung der spanischen Kultureinflusses zu bemerken.

Eine kleine Grabung (Fig. 16, 17), die wir in der Nähe des araukanischen Dörfchens Huitag machten, hat einen Fundbestand ergeben, der noch jünger zu sein scheint als Calle Calle. Wir öffneten das Grab einer Frau, bei deren Kopf eine Schmucknadel (Fig. 18) lag. Die Kopfscheibe bestand aus Kupfer, die Nadel aus Eisen. Die Keramik war ziemlich mannigfaltig; hervorzuheben sind eine mit Porzellaneinlage an Mundsäum und Henkel verzierte schwarze Kanne (Fig. 18), ein Valdiviakrug (Fig. 18) und eine neue Art von Tonware, ein roter, mit weißer, leicht vergänglicher Farbe bemalter Teller (Fig. 19). Die relativ gute Erhaltung dieses Grabinventars spricht allein schon für ein geringes Alter; ich denke an die erste Hälfte des 18. Jahrhunderts.

In der Sammlung Reccius sowie im Museum von Osorno gibt es zwei verwandte keramische Komplexe, der eine aus Lanco (Prov. Valdivia), der andere aus Pucopío (Prov. Osorno) stammend, in denen die einheimische Tradition sehr stark zurückgedrängt und die Europäisierung der Formen weit fortgeschritten erscheint (Fig. 20). Die Farbe dieser Ware ist meist rötlich. Als charakteristisches Merkmal tritt eine kurze Querleiste am Henkelscheitel auf. In den Gräbern von Pucopío wurden auch zwei Vasen der Valdiviak Keramik gefunden, darunter eine vogelförmige. Die Vogelvase wird in der ganzen neoraukanischen Zeit festgehalten. Auch ein brillant poliertes schwarzes Vogelgefäß (Fig. 20) der Sammlung Mollenhauer mit Henkelleiste dürfte in die Pucopióstufe gehören. Ich nehme für diese – mit allen Reserven – die zweite Hälfte des 18. Jahrhunderts in Anspruch.

Die Araukaner haben bis in die neueste Zeit Keramik arteigenen Charakters produziert, doch wissen wir wenig davon.

9. *Die Keramikstile von Valdivia und Tirúa.* – Die Keramik von Valdivia hat nach Alter und Herkunft eine sehr verschiedene Beurteilung gefunden. Medina, der mehrere Abbildungen davon gibt, scheint sie, ohne sich näher zu äußern, mit der inkaischen Kultur in Verbindung gebracht zu haben. Uhle nahm sie als Beweis dafür, daß die Inkas weit über den Río Maule vorgedrungen sein müssen. Guevara, der genaue Kenner der chilenischen Kolonialgeschichte, war sich dagegen klar darüber, daß eigentlich nördliche Kultur, einschließlich der inkaischen, in Araukanien nirgends greifbar wird. Er hielt die Valdiviaware, deren inkaischer Stileinschlag ihm nicht verborgen blieb, für

ein Produkt der militärischen Industrieanlagen auf dem Boden Araukaniens. Diese sind seit der 2. Hälfte des 17. Jahrhunderts historisch bezeugt. Guevara glaubt daher, daß die Valdiviak Keramik von dieser Zeit an und im 18. Jahrhundert in kolonialen Werkstätten hergestellt wurde. Die Besatzungstruppen bestanden vielfach aus Peruanern, womit sich für Guevara die inkaischen Züge der Valdiviak Keramik erklären. Latham dachte ähnlich, scheint aber anzunehmen, daß die neue Tonware unmittelbar nach der ersten Landnahme durch die Spanier beginnt. Er verweist dabei auf den grundsätzlichen Unterschied zwischen dem inkaisch beeinflussten Dekorationsstile der Valdiviak Keramik und der Tonware von Tirúa (Prov. Concepción), einem Friedhof mit Steinkisten in sehr niedrigen Hügelgräbern, der sicher voreuropäisch und vorinkaisch ist. Später hat sich dann noch Oyarzún mit der Valdiviak Keramik befaßt und die Meinung vertreten, sie sei uralt und ihre inkaischen Dekorationselemente hätten ihren Ursprung in sehr frühen, vor der imperialen Invasion liegenden Beziehungen zu Perú. Die Vergleiche, auf die er sich dabei stützt, besitzen aber keine Beweiskraft, weil sie sich auf Elemente viel zu allgemeinen Charakters beziehen.

Die älteren Forschungen und neu hinzugekommenen Tatsachen erlauben es heute, ein ziemlich klares Urteil über Ursprung und Zeitstellung der Valdiviak Keramik zu gewinnen. Eine ihrer Quellen dürfte die Tirúakeramik sein, denn sie hat mit ihr die Rot-auf-weiß-Malerei und einen wesentlichen Teil des Motivenschatzes gemeinsam. Als Verbindungsglied können einzelne der bemalten Beigefäße der Vergelkultur gelten. Auf solchen erscheinen übrigens auch schon inkaische Motive. Beides spricht zu gunsten der Auffassung von Latham, daß die Valdiviak Keramik bald nach Beginn der Conquista einsetzt. Der späte Ansatz Guevaras läßt die Beziehungen der Vergelgefäße zur Valdiviakware unerklärt. Auch wäre erst zu beweisen, daß die betreffenden inkaischen Dekorationsmotive im Perú des 17. Jahrhunderts noch eine Rolle spielten.

Die Valdiviak Keramik weist viele Varianten hinsichtlich der technischen Herstellung und der Verzierungen auf. Wir vermögen sie noch nicht zu überblicken und auch nicht immer zu sagen, inwieweit diese Unterschiede fazielle oder zeitliche Bedeutung besitzen. Immerhin scheint uns letzteres ziemlich sicher für die Ware von Calle Calle. Auch die Frage nach den Herstellern dieser Keramik läßt sich noch nicht mit Sicherheit beantworten. Gegen die an sich recht plausible Annahme ihrer Fabrikation in militärischen Betrieben der Spanier könnte angeführt werden, daß sie nicht mit der Drehscheibe gemacht sind und daß es voreuropäische Prototypen gibt. Nur das Bekanntwerden neuer Tatsachen kann diese Frage entscheiden.

10. *Chronologische, chorologische und ethnohistorische Zusammenfassung.* — Auf Grund des Ausgeführten können einige Schlußfolgerungen über die Urgeschichte der Araukaner formuliert werden, die natürlich nur vorläufigen Charakter besitzen.

Am fruchtbarsten waren unsere Untersuchungen hinsichtlich der chronologischen Probleme. Wir können in Araukanien eine epipaläolithische (vorkeramische) und eine neolithische (keramische) Periode unterscheiden. Der ersten gehören drei Kultureinheiten an, die zugleich drei Kulturperioden repräsentieren, obwohl sie sich gegenseitig überschneiden dürften. Es sind das das epiprotolithische Riogallegium (vermutlich in mehreren Entwicklungsstadien), das Chanchanium als eine lokale Ausprägung des epimiolithischen Ayanpitiniums

und das paraneolithische Talcahuanium, möglicherweise ein in Neolithisierung begriffener Ausläufer des Ayanpitiniums. Die legendären Kofketsche der Araukaner mögen letzte Nachkommen der niederen und höheren Jäger der Zone gewesen sein.

Der Übergang vom vorkeramischen Epipaläolithikum zum pflanzenbauischen Neolithikum läßt sich vorderhand nicht klar erfassen, so wenig wie der Anfang des Neolithikums. Erst mit dem Pitrenium betreten wir sicheren Boden. Wir lassen mit ihm die paläoaraukanische Periode beginnen und setzen es ins 14. Jahrhundert, ohne die Erstreckung ins 15. zu leugnen. Es folgen ihm das Tiruanium und das Vergelium, die mit dem 15. Jahrhundert beginnen mögen. Das Vergelium läßt sich in zwei Stufen, eine vorinkaische und eine inkaische gliedern. Die letztere kann von 1470 bis 1550 angesetzt werden. Es folgt die neoaraukanische Zeit mit der Valdiviakultur, die wir in die drei Stufen von Huanehue, Calle Calle und Huitag einteilen und in die Zeit von 1550 bis 1750 datieren. Das Valdivium wird vom Pukopium abgelöst, das bereits sehr stark europäisch bedingt erscheint. Den Abschluß bildet das moderne Araukanertum seit 1800.

Während der Zusammenhang der beiden ältesten Einheiten mit großen paläolithischen und epipaläolithischen Kulturen Südamerikas klar auf der Hand liegt, ist die Herkunft und Entwicklung aller späteren noch äußerst dunkel. Weder das Talcahuanium, noch das Tiruanium, das Vergelium und das Pitrenium lassen sich derzeit von älteren Kulturen ableiten, wenn auch einige Haltpunkte vorhanden sind, besonders für die beiden letztgenannten Kulturen. Sie deuten Zusammenhänge mit dem Nordwesten Argentiniens und weiterhin über Bolivien zur Amazonasregion an. Diese können aber in ganz verschiedenen Bereichen des ungeheuren Gebietes wurzeln und auch verschieden zu datieren sein.

Pitrén, Huanehue und die übrigen Einheiten mit der fremdartigen Valdiviak Keramik besitzen eine ausgeprägte einheimische keramische Tradition, die auch nachher nicht vollkommen abbricht. Da die jüngeren der genannten Einheiten sicher araukanisch sind, liegt es nahe, auch für Pitrén den Zusammenhang mit den Vorfahren der Araukaner anzunehmen. Dieser könnte aber nur kultureller Art gewesen sein und präjudiziert nichts für das sprachliche Problem. Denn es wäre möglich, daß eine der anderen Einheiten, das Tiruanium oder das Vergelium, Träger der araukanischen Sprache war. Die Frage ist beim gegenwärtigen Stande der Forschung nicht zu klären, wenn wir auch zu verknüpfen ist. Daß etwa alle drei Kultureinheiten zugleich als sprachlich zu verknüpfen ist. Daß etwa alle drei Kultureinheiten zugleich sprachlich araukanisch anzusehen wären, wird man bei der großen Unterschiedlichkeit nicht für wahrscheinlich halten, ist aber auch nicht vollkommen auszuschließen. Man müßte dann an ein sehr hohes Alter der Einwanderung der Araukaner in Chile denken, das eine weitgehende Differenzierung ihrer Kultur schon Jahrhunderte vor der Conquista ermöglichte.

Was die älteren epipaläolithischen Einheiten anlangt, so wird man wenig Zweifel darüber hegen, daß die Träger des Riogallegiums Verwandte der feuerländisch-magallanischen Kanuindianer und näherhin der ausgestorbenen Chono südlich des Golfes von Ancud waren. Die höheren Jäger der Ayanpitinverwandtschaft dürften mit den Pehuenche oder einer ihnen ähnlichen Stammesgruppe in Zusammenhang zu bringen sein.

## BIBLIOGRAFIA

- Abregu Virreira, Carlos, 1941: Idiomas aborígenes de la República Argentina. Buenos Aires.
- Agüero Blanch, Vicente O., 1958/1959. Los sobadores. *Anal. de Arqu. y Etn.*, XIV/XV, p. 229-251; Mendoza.
- Alvarez, Gregorio, 1954: Pehuén Mapu, (Tierra de la Araucaria). Buenos Aires.  
- 1957: Donde estuvo el Paraíso. Buenos Aires.
- Amberga, Jerónimo, 1913: Sepulturas de cajas (cistas). *Rev. Chilena de Hist. y Geogr.*, año III, tomo 6, p. 340-342; Santiago.
- Aparicio, Francisco de, 1933/1935: Viaje preliminar de exploración en el territorio del Neuquén. *Publ. del Museo Antrop. y Etnográf.*, Ser. A, III, p. 37-57; Buenos Aires.
- Augusta, Félix José, 1903: Gramática araucana. Valdivia.  
- 1916: Diccionario araucano-español y español-araucano. Santiago.  
- 1934: Lecturas araucanas, 2ª ed., Padre Las Casas.
- Badano, Víctor, 1945: Pipas patagónicas de la colección Alemandri. *Publicaciones del Instituto de Arq., Ling. y Folklore "Dr. Pablo Cabrera"*, N° XII; Córdoba.
- Barrientos, Juvenal, 1942 a: Antropología ósea de los 21 cráneos araucanos colectados en la Sección antropológica del Museo Histórico Nacional. *Medicina Moderna*, XV. Valparaíso.  
- 1942 b: Antropología constitucional de 116 Araucanos de Temuco y sus alrededores. *Rev. del Museo de Historia Nacional*, I, 270-418. Santiago.
- Barros Arana, Diego, 1884: Historia general de Chile. Tomo I. Santiago. (Reimpresión 1930, Santiago).
- Bird, Junius, 1938: Antiquity and Migrations of the Early Habitants of Patagonia. *The Geogr. Review*, XXVIII, p. 250-275; New York.  
- 1946: The Archaeology of Patagonia. *Handbook of South American Indians*. Smithsonian Inst., Bur. of American Ethnol., Bull. 143, tomo I, p. 17-24; Washington.
- Boudouin, M., 1911: Les éclats de silex de mégalithes funéraires en Vendée. *L'Homme préhist.*, IX, p. 254-263; París.
- Bórmida, Marcelo, 1953/54: Los antiguos Patagones. *Estudio de craneología*. Runa, VI, p. 5-96; Buenos Aires.
- Brand, Donald, D., 1941 a: A brief history of araucanian studies. *New Mexico Anthropologist*, V, p. 19-52; Albuquerque.  
- 1941 b: The status of anthropology in Chile. *New Mexico Anthropologist*, V, p. 55-71; Albuquerque.  
- 1941 c: The peoples and languages of Chile. *The New Mexico Anthropologist*, V, p. 72-93; Albuquerque.
- Braun Menéndez, Armando, 1936: Pequeña Historia Patagónica. Buenos Aires.
- Bullock, Dilman S., 1936: Dos estatuas de piedra de Angol. *Rev. Chilena de Historia Natural*, XL, p. 259-264; Santiago.  
- 1949: Dos cántaros de tipo peruano encontrados en Angol y Carahue. *Bol. de la Soc. de Biología de Concepción*, XXIV, p. 15-20; Concepción.  
- 1952: Una estatua de piedra de Nahuelbuta. *Bol. de la Soc. de Biología de Concepción*, XXVII, p. 181-185; Concepción.  
- 1955: Urnas funerarias prehistóricas de la región de Angol. *Bol. del Museo de Historia Natural*, XXVI, p. 73-157; Santiago.  
- 1956: Bolas raras de una tumba de Mapuche. *Bol. de la Soc. Biol. de Concepción*, XXXI, p. 185-187; Concepción.  
- 1958: La agricultura de los Mapuches en tiempos prehispánicos. *Bol. de la Soc. Biol. de Concepción*, XXXIII, p. 141-154; Concepción.

- Cabrera, Pablo, 1929: Los aborígenes del país de Cuyo. Rev. de la Universidad Nacional de Córdoba, XV, p. 71-124; Córdoba.
- 1934: Los Araucanos en territorio argentino. XXV. Congr. Intern. Americ. (La Plata, 1932), p. 95-117; La Plata.
- Cabrera Santos, Alicia N., 1946: Educación y cultura de los Araucanos. Temuco.
- Canals Frau, Salvador, 1935: La araucanización de la Pampa. Anal. de la Soc. Científ. Argent., CXX, p. 221-232; Buenos Aires.
- 1941: Los aborígenes de la Pampa en la época colonial. Anal. del Inst. de Etn. Americana, II, p. 207-237; Mendoza.
- 1946: The expansion of the Araucanians in Argentina. Handbook of South American Indians. Smithsonian Inst., Bur. of Americ. Ethn., Bull. 143, tomo II, p. 761-766; Washington.
- 1953: Las poblaciones indígenas de la Argentina. Buenos Aires.
- Cañas Pinoquet, Alejandro, 1904 a: Estudio arqueológico sobre las piedras horadas. Actes de la Soc. Científ. du Chili; Santiago.
- 1904 b: Un punto de la prehistoria de Chile. ¿Hasta dónde alcanzó el dominio efectivo de los Incas? Actes de la Soc. Científ. du Chili; Santiago.
- 1911: Estudio de la lengua veliche. Trabajos del 4º Congr. Científ., XI, p. 143-330; Santiago.
- Casamiquela Rodolfo, 1958: Canciones totémicas araucanas y güinina kena. Rev. del Museo de La Plata, Ser. Nueva, tomo IV, supl., p. 293-314; La Plata.
- Cooper, John M., 1917: Analytical and critical bibliography of the tribus of Tierra del Fuego and adjacent territory. Smithsonian Inst., Bur. of Americ. Ethn., Bull. 63; Washington.
- 1946 a: The Chono. Handbook of South American Indians. Smithsonian Inst., Bur. of Americ. Ethn., Bull. 143, tomo I, p. 47-54; Washington.
- 1946 b: The Araucanians. Handbook of South American Indians. Smithsonian Institution, Handbook of South American Indians. Bur. of Amer. Ethn., Bull. 143, tomo II, p. 687-760; Washington.
- Cornely, Francisco, 1952: Las pipas araucanas. Publicaciones del Museo y la Soc. Arq. de La Serena, VI, p. 1-5; La Serena.
- 1956: Cultura diaguita chilena y cultura de El Molle. Santiago.
- 1958: Steinplattengräber der Indianer Chiles. Anthropos, LIII, p. 622; Posieux.
- Cox, Guillermo E., 1863: Viaje a las regiones septentrionales de Patagonia, 1862-1863; Santiago.
- De Angelis, Pedro, 1836-1837: Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata, 6 tomos, Buenos Aires. (Reedición 1910, Buenos Aires).
- De benedetti, Salvador, 1917: Investigaciones arqueológicas en los valles preandinos de la provincia de San Juan. Rev. de la Univ. de Buenos Aires, XXXII, p. 61-99, 226-265, XXXIV, p. 122-167, 339-405; Buenos Aires.
- Dembo, Adolfo, 1943: La población indígena americana y sus grupos morfológicos. Rev. Geogr. Americ., XX, p. 161-176; Buenos Aires.
- Domeyko, Ignacio, 1946: Araucanía y sus habitantes. Santiago.
- Ebelot, Alfred, 1890: La Pampa, moeurs sur-américaines. París - Buenos Aires.
- Eickstedt, Egon von, 1934: Rassenkunde und Rassengeschichte der Menschheit. Stuttgart.
- Englert, Sebastián, 1936: Lengua y literatura araucana. Anal. de la Fac. de Filos. y Educ. de la Univ. de Chile, I, p. 62-109; Santiago.
- 1938: Un aspecto psicológico de la raza araucana. Anthropos, XXX, p. 944-952; Mödling bei Wien.
- Erize, Esteban, 1960: Diccionario comentado Mapuche-Español. Araucano, Pehuenche, Pampa, Picunche, Rancülche, Huilliche. Cuadernos del Sur (Bahía Blanca); Bs. Aires.

- Escalada, Federico, 1949: El complejo Tehuelche. Estudios de Etnografía Patagónica. Buenos Aires.
- Etcheluz, Martín, 1929: La guerra con el indio. Zapala.
- Faron, Louis C., 1956 Araucanian patri-organization and the Omaha system. Amer. Anthropologist, LVII, p. 435-456; Menasha.
- Figueroa, Pedro Pablo, 1918: Relieves nativos. Leyendas araucanas. Santiago.
- Finsterbusch, C. A., 1934: Las dalcas de Chiloé y los Chilotes. Rev. Chilena de Historia y Geogr., LXXV, p. 412-433; Santiago.
- Flury, Lázaro, 1944: Güiliches. Tradiciones, leyendas, apuntes gramaticales y vocabulario de la zona pampa-araucana. Publicaciones del Inst. de Arqu., Ling. y Folklore "Dr. Pablo Cabrera", N° VIII; Córdoba.
- Fonck, Franz, 1890: Einige Bemerkungen über die in Chile vorkommenden durchbohrten Steine. Globus, LVII, p. 46-47; Braunschweig.
- Fonck, Franz, und Kunz, Hugo, 1893: Ein Beitrag zur Kenntnis der Steinzeit im mittleren Chile. Verh. d. Deutsch. Ver. zu Santiago, II, p. 272-315; Santiago.
- Fontecilla, Arturo, 1934: La Platería entre los Araucanos. Rev. Chilena de Historia y Geogr., N° 107, p. 247-271; Santiago.
- Furlong, Guillermo, 1938: Entre los Pampas de Buenos Aires. Buenos Aires.
- Gajardo Tobar, Roberto, 1958/59: Investigaciones acerca de las "Piedras con tacitas" en la zona central de Chile. Anal. de Arqu. y Etn., XIV/XV, p. 163-204; Mendoza.
- Galdámez, Pablo, 1907: Estudio de Historia militar de Chile. Campaña de Arauco (1541-1810). Santiago.
- Gandía, Enrique de, 1959/1960: Los fines políticos y teológicos de la Araucana de Ercilla. Bol. del Inst. American. de Estudios Vascos, X, p. 155-161, XI, p. 14-20; Buenos Aires.
- Gatti, G., 1925: Gramática de la lengua araucana. Buenos Aires.
- Gay Claudio, 1844-1871: Historia física y política de Chile. 28 tomos. París.
- Gerds-Rupp, Elisabeth, 1937: Magische Vorstellungen und Bräuche der Araukaner im Spiegel der spanischen Quellen seit der Conquista. Ibero-Amerikan. Studien des Ibero-Amerikan. Inst., N° 9; Hamburg.
- González, Alberto Rex, 1953: La Boleadora. Sus áreas de dispersión y tipos. Rev. del Museo de La Plata. N. S., tomo IV, Secc. Antrop., p. 133-292; La Plata.
- 1959: Nuevas fechas de la cronología arqueológica argentina, obtenidas por el método de radiocarbón. Ciencia e Investigación, XV, p. 184-190; Buenos Aires.
- Groeber, Pablo, 1926: Toponimia araucana. Gaea, II, p. 438-555; Buenos Aires.
- Guevara Calderón, Sergio y Eyzaguirre Echeverría, Rafael, 1948: Historia de la civilización y legislación indígena de Chile. Santiago.
- Guevara Silva, Tomás, 1903: Historia de la civilización de Araucanía. 3 tomos. Santiago. (Apareció primero en Anal. de la Univ. de Chile, CI/2 - CXIII/2, 1898-1903).
- 1904: Costumbres judiciales y enseñanza de los Araucanos. Anal. de la Univ. de Chile, CXIV/1, p. 203-256, 339-372; Santiago.
- 1908: Psicología del pueblo araucano. Santiago.
- 1911a: Los Araucanos en la revolución de la Independencia. Santiago. (Apareció primero en el número extraordinario de los Anal. de la Univ. de Chile, Centenario de la Independencia, 1910).
- 1911b: Folklore araucano: refranes, cuentos, cantos, procedimientos industriales, costumbres prehispánicas. Santiago. (Apareció primero en Anal. de la Univ. de Chile, CXXVII/2, 1910).
- 1912: Las últimas familias y costumbres araucanas. Anal. de la Universidad de Chile, CXXX/1, p. 215-342, 411-464, 877-940, CXXXI/2, p. 129-176, 515-529; Santiago.

- 1916/17: La mentalidad araucana. Anal. de la Univ. de Chile, CXXXIX/2, p. 147-196, 249-274, 525-247, CXL/CXCI, p. 383-418, 573-608, 839-881; Santiago.
  - 1920: La etnología araucana en el poema de Ercilla. Santiago. (Apareció primero en Anal. de la Univ. de Chile CXLII/1 - CXLVI/1, 1918-1920).
  - 1922: Historia de la justicia araucana. Santiago. (Apareció primero en Anal. de la Univ. de Chile CXLVII, 1920).
  - 1925: Historia de Chile. Chile Prehispano. 2 tomos. Santiago.
  - 1928: Sobre el origen de los Araucanos. Rev. Chilena de Historia y Geografía, LIX, p. 128-168; Santiago.
- Guevara Silva, Tomás, y Oyarzún, Aureliano, 1912:** El tabaco y las pipas prehispanas en Chile. XVII Congr. Intern. Americ. (Buenos Aires 1910), p. 414-437. Buenos Aires. (Es resumen del capítulo VII, del libro de Guevara Silva, Folklore araucano, 1911, p. 253-282).
- Guinnard, A., 1861:** Trois ans de captivité chez les Patagons. Le Tour du Monde, 2 me Sem., París. (3a. ed. bajo el título: Trois ans de esclavage chez les Patagons. París, 1868. Existen varias ediciones castellanas).
- Gunckel, Hugo, 1941:** Herramienta usada por los antiguos Mapuches en sus labores agrícolas. América Indígena, IV, p. 315-321; México.
- 1947: Dos topus de cobre encontrados en la región de Valdivia. Rev. Universitaria (Univ. Católica), XXVII, p. 75-80; Santiago.
- Gusinde, Martín, 1917:** Medicina e higiene de los antiguos Araucanos. Publ. del Mus. de Etn. y Antr. de Chile, I, p. 87-120, 177-293; Santiago.
- 1936: Plantas medicinales que los indios araucanos recomiendan. Anthropos, XXXI, p. 553-571, 850-873; Mödling bei Wien.
  - 1948: Steinkistengräber im Gebiet der südlichen Araukaner. XXVIII Congr. Intern. Americ. (París, 1947), p. 609-617; París.
- Hamery Dupuy, Daniel, 1954:** Nahuel Huapi. (Panoramas, leyendas, historias). 3a. edición. Buenos Aires.
- Hassler, Willy A., 1957:** Nguillatmes del Neuquén. (Costumbres araucanas). Bs. Aires.
- Heizer, Robert F., 1941:** The plant canoe (dalca) of Southern Chile. Masterkey, XV, p. 105-107; Los Angeles (California).
- Henckel, Carlos Otto, 1933:** Sobre cráneos encontrados en el conchal Darwin de Talcahuano. Bol. de la Soc. de Biol. de Concepción, VII, p. 45-51; Concepción. (Traducción alemana en Zeitschr. f. Morphologie u. Anthrop., XXXI, 1931, p. 310-313; Berlín).
- 1954: Contribución craneológica a la antropología de la isla Mocha. Rev. Univers. de la Univ. Católica, XXXIX, p. 199-220; Santiago.
  - 1955/56: Relatos sobre las costumbres de los indios Mapuches en la primera mitad del siglo XVIII, por el P. Francisco Xavier Waldwiesen. Rev. Universitaria (Universidad Católica), XL/XLI, p. 19-24; Santiago.
  - 1958: Antropología física de los Mapuches. Revista Universitaria (Universidad Católica), XLIII, p. 13-22; Santiago.
- Hilger, Inez, 1937:** Araucanian child life and its cultural back ground. Smithsonian Institution. Coll. 133, Washington.
- Ibañez, Juan, 1939:** La alimentación de los aborígenes de Chile. Rev. Geogr. Americ., año VI, tomo II, p. 199-215; Buenos Aires.
- Ibarra Grasso, Dick E., 1956:** Anciennes cultures du territoire bolivien (avant Tiahuanaco). Antiquity and Survival, I, p. 501-510; The Hague.
- 1958: Lenguas indígenas americanas. Buenos Aires.
- Imbelloni, José, 1939:** Tabla clasificatoria de los indios. Physis, XII, p. 229-249; Buenos Aires.
- 1952: Rassentypen und Biodynamik von Amerika. En: Historia Mundi, I, p. 188-203; Bern.
  - 1953: Epítome de Culturología. Buenos Aires.

- Inalaf Navarro, José, 1945: Rol económico, social y político del indígena en Chile. Santiago.
- Isamitt, Carlos, 1937: Cuatro instrumentos musicales araucanos. Bol. Latino-Americ. Mus., III, p. 55-61; Bogotá.
- 1938: Los instrumentos araucanos. Bol. Latino-Americ. Mus., IV, p. 305-312; Bogotá.
- Joseph, Claude, 1928: La platería araucana. Anal. de la Univ. de Chile, Ser. 2, VI, trim. 1, p. 119-158; Santiago.
- 1930 a: Creencias araucanas. Rev. Univers. (Univ. Católica), XV, p. 73-95; Santiago.
- 1930 b: Antigüedades de Araucanía. Rev. Univers. (Univ. Católica), XV, p. 1171-1235; Santiago.
- z - 1931 a: La vivienda araucana. Anal. de la Univ. de Chile, Ser. 3, I, trim. 1, p. 29-48; Santiago.
- ✓ - 1931 b: Los tejidos araucanos. Padre Las Casas.
- 1934: Costumbres araucanas. Rev. Universitaria (Univ. Católica), XVIII/XIX; Santiago.
- Jover Peralta, Anselmo, 1950: El guaraní en la geografía de América. Buenos Aires.
- ✓ Keller, Carlos, 1952: Los aborígenes de Chile. Introducción a la reedición de J. T. Medina, Los aborígenes de Chile, p. V - LXXI. Santiago.
- 1955: La idea de Dios de los Araucanos. Finis Terrae, II, Nº 7, p. 1-15; Santiago.
- Kermes, Enrique, 1893: Vida familiar de los Pampas. Rev. del Jardín Zoológico de Buenos Aires, I, p. 206-210; Buenos Aires.
- Kessler-Ilg, Bertha, 1954: Cuentan los Araucanos. Colección Austral, Nº 1203. Buenos Aires.
- 1956: Indianermärchen aus den Kordilleren. Düsseldorf-Köln.
- Krickeberg, Walter, 1934: Beiträge zur Frage der alten kulturgeschichtlichen Beziehungen zwischen Nord- und Südamerika. Zeitschr. f. Ethnologie, LXVI, p. 287-373; Berlin.
- 7 Latcham, Ricardo R., 1904: Notes on the physical characteristics of the Araucanos. Journ. of the R. Anthrop. Inst., XXXIV, p. 170-181; London.
- 1908: ¿Hasta dónde alcanzó el dominio efectivo de los Incas en Chile? Rev. Chilena de Hist. Nat., XII, p. 178-199; Santiago.
- 4 - 1909 a: Antropología chilena. Rev. del Mus. de La Plata, XVI, p. 241-318; La Plata. Trabajos del 4º Congr. Científ., tomo XIV, (Santiago, 1908), p. 24-84; Santiago.
- 1909 b: Ethnology of the Araucanos. Journ. of the R. Anthrop. Inst., XXXIX, p. 334-370; London.
- ✓ - 1909 c: El comercio precolombino en Chile y otros países de América. Anal. de la Univ. de Chile, CXXV, p. 241-284; Santiago.
- 1915: Uso y preparación de pieles entre los indios de Chile y otros países de Sud-América. Rev. Chilena de Hist. y Geogr. XIII, p. 246-263; Santiago.
- 1915/16: Costumbres mortuorias de los indios de Chile y otras partes de América. Anal. de la Univ. de Chile, CXXXI/1, p. 443-493, 687-718, CXXXVII/2, p. 1-32, 477-524, 819-880, CXXXVIII/1, p. 85-144, 273-326; Santiago.
- 1923 a: Los animales domésticos de la América precolombina. Publ. del Mus. de Etnogr. y Antrop. de Chile, III, p. 4-199; Santiago.
- 1923 b: Creencias religiosas de los Araucanos. Rev. Chilena de Hist. y Geogr., XLVI, p. 5-51; Santiago.
- 1923 c: La historia natural de los mitos de los Araucanos. Rev. Chilena de Hist. Nat., XXVII, p. 129-138; Santiago.
- 1924: La organización social y las creencias religiosas de los antiguos Araucanos. Publ. del Mus. de Etnogr. y Antrop. de Chile, III, p. 245-868; Santiago.
- 1926: El culto de tigre entre los antiguos pueblos andinos. Rev. Chilena de Hist. Nat., p. 125-136; Santiago.
- 1927 a: The totemism of the ancient andean peoples. Journ. of the R. Anthrop. Inst., LVII, p. 55-87; London.
- 1927 b: El problema de los Araucanos. Atenea, IV/b, p. 3-20; Concepción.

- 1928 a: La prehistoria chilena. Santiago.
- 1928 b: La alfarería indígena chilena. Santiago.
- 1928 c: La navegación entre los indios chilenos. *La Información*, XII, p. 1006-1014; Santiago.
- 1928 d: Chile prehispánico. *Rev. Chilena de Hist. y Geogr.*, LVII, p. 44-91; Santiago.
- 1929/30: Los indios de la Cordillera y la Pampa en el siglo XVI. *Rev. Chilena de Hist. y Geogr.*, LXII, p. 250-281, LXIII, p. 136-148, LXIV, p. 194-227, LXV, p. 225-263; Santiago.
- 1930 b: La dalcá de Chiloé y los canales patagónicos. *Bol. del Mus. Nac. de Chile*, XIII, p. 63-72; Santiago.
- 1936 a: La agricultura precolombiana en Chile y los países vecinos. Santiago.
- 1936 b: Prehistoria chilena. Santiago.
- Hmann-Nitsche, Roberto, 1908: Patagonische Gesänge und Musikbogen. *Anthropos*, III, p. 916-940; Mödling bei Wien.
- 1909: Clavas cefalomorfas de piedra, procedentes de Chile y de la Argentina. *Rev. del Museo de La Plata*, XVI, p. 150-170; Buenos Aires.
- 1918: Mitología sudamericana I. El diluvio según los Araucanos de la Pampa. *Rev. del Museo de La Plata*, XXIV/2, p. 28-62, Buenos Aires.
- 1923: El grupo lingüístico "Het" de la Pampa argentina. *Rev. del Mus. de La Plata*, XXVII, p. 10-85; Buenos Aires.
- 1930 a: Mitología sudamericana. XIV. El viejo Tatrapai de los Araucanos. *Rev. del Mus. de La Plata*, XXXII, p. 41-56; Buenos Aires.
- 1930 b: Mitología sudamericana. XV. El viejo Tatrapai de los Araucanos. *Rev. del Museo de La Plata*, XXXII, p. 307-316; Buenos Aires.
- 1936/41: Mitología sudamericana. XXI. El viejo Tatrapai de los Araucanos. *Rev. del Museo de La Plata*, N. S., Secc. Antrop. I, p. 17-25; La Plata.
- 1937: Steinerne Vogelkopfkeulen aus Chile und dem argentinischen Andengebiet. *Zeitschr. f. Ethnologie*, LXIX, p. 220-238; Berlín.
- nz Rodolfo, 1898: Estudios Araucanos. Santiago. (Apareció primero en *Anal. de la Univ. de Chile*, XC, XCIII, XCIV, XCVII, XCVIII, 1895-1897; Santiago).
- Paige, Gustavo, 1959: Antiguas culturas atacameñas en la Cordillera chilena. *Rev. Universitaria (Universidad Católica)*, XLIII, p. 139-165; Santiago.
- pschütz, Alejandro, 1948: La propiedad indígena en la legislación reciente de Chile. *América Indígena*, VIII, p. 321-326; México.
- 1956: La comunidad indígena en América y en Chile. Santiago.
- oser, Gualterio, 1927: Araucanian textiles. En: Chile, tomo 3, p. 5-9; New York.
- 1938: Las balsas de cueros de lobos de la costa de Chile. *Rev. Chilena de Hist. Nat.*, XLII, p. 232-266; Santiago.
- 1953: Esbozo de los estudios sobre los indios de Chile. *Rev. Universitaria (Universidad Católica)*, XLIX, p. 109-150; Santiago.
- throp, Samuel, 1930: Notes on indian textiles of Central Chile. *Indian Notes and Monogr.*, VII, p. 324-335; New York.
- ansilla, Lucio V., 1870: Una excursión a los indios Ranqueles. Buenos Aires. 2a. edic. 1877 (Leipzig). 3a. edic. 1890. Buenos Aires. (Reimpresiones Buenos Aires, 1907, 1928, 1947).
- ansilla, Pedro Luis, 1904: Las misiones franciscanas de la Araucanía. Angol.
- arfani, Robert A., 1940: El indio en la colonización de Buenos Aires. Buenos Aires.
- árquez Miranda, Fernando, 1939: Los "Tokis". (A propósito de un nuevo "toki" de la Araucanía). *Notas del Mus. de La Plata*, IV, p. 17-45; Buenos Aires.
- 1954: Región meridional de América del Sur. Período indígena. Programa de Historia de América, 10, I. México.

- Martínez, Melchior, 1944: La iglesia y las creencias y costumbres de los Araucanos en Chile. Relaciones de la Soc. Arg. de Antrop., IV, p. 25-55; Buenos Aires.
- Matus, Leonardo, 1915: Vida y costumbres de los indios araucanos. Rev. Chilena de Hist. y Geogr., VIII, p. 362-410; Santiago.
- 1920: Juegos y ejercicios de los antiguos Araucanos. Contribución al estudio de la Etnología chilena. Bol. del Mus. Nac. de Chile, XI, p. 162-197; Santiago.
- Medina, José Toribio, 1882: Los aborígenes de Chile. Santiago. (Reimpresión, por Carlos Keller. 1952. Santiago).
- 1882/1902: Colección de documentos inéditos relativos para la historia nacional. 30 tomos. Santiago.
- Menghin, Osvaldo F. A., 1931: Weltgeschichte der Steinzeit. Wien.
- 1957 a: Origen y desarrollo racial de la especie humana. Buenos Aires.
- 1957 b: Vorgeschichte Amerikas. En: Grundriss der Vorgeschichte, p. 162-218; München.
- 1960: Urgeschichte der Kanuindianer. En: Steinzeitfragen der Alten und Neuen Welt. Festschrift f. Lothar Zetz, p. 343-375; Bonn.
- Métriaux, Alfred, 1942: Le Shamanisme araucan. Rev. del Inst. de Antrop. de la Univ. Nac. de Tucumán, II/10, p. 309-362; Tucumán.
- Meyer Rusca, Walterio, 1952 a: Voces indígenas del lenguaje popular sureño. Padre Las Casas.
- 1952 b: Los Huilliches a través de sus apellidos. Osorno.
- 1955: Diccionario geográfico-etimológico indígena de las provincias Valdivia, Osorno y Llanquihue. Padre Las Casas.
- Meza Villalobos, Néstor, 1946: Régimen jurídico de la Conquista y de la guerra de Arauco. Rev. Chilena de Hist. y Geogr., N° 107, p. 22-56; Santiago.
- Milanesio, Domingo, 1918: Etimología araucana. Buenos Aires.
- Millán (de Palavecino), María Delia, 1934: Tejidos araucanos del Neuquén. XXV Congr. Intern. Americ. (La Plata, 1932), p. 215-222; Buenos Aires.
- X - 1953: La tintorería aborígen, colonial y criolla en la República Argentina. Bs. Aires.
- Y Millán, Roberto, 1942: Silo araucano para conservar papas. Rev. Arg. de Agron., IX/1, p. 69-74; Buenos Aires.
- Mitre, Bartolomé, 1895: Lenguas americanas. Estudio bibliográfico-lingüístico de las obras del Padre de Valdivia sobre el araucano y el aientiac. Rev. del Mus. de La Plata, VI, p. 45-99; La Plata.
- 1909: Catálogo razonado de las lenguas americanas. Tomo I, p. 311-338; Buenos Aires.
- Molino Herrera, Evaristo, 1950: Mitología chilena. Anal. de la Universidad de Chile, CVIII/3, p. 37-68; Santiago.
- Montané, Julio C., 1960: Elementos precerámicos de Cahuil (Prov. de Colchagua, Chile). Mus. Arqueol. de La Serena. Notas del Mus. N° 8. La Serena.
- Monteric Guzmán, Alejandro, 1948: El trabajo indígena durante la Colonia. Su importancia económica. Santiago.
- Montiel Haupt, Olivia, 1945: Vida económico-social de la raza Mapuche. Temuco.
- X Morales Guñazú, Fernando, 1938: Primitivos habitantes de Mendoza. Mendoza.
- Moreno, Eduardo V., 1942: Reminiscencias de Francisco P. Moreno. Buenos Aires.
- Moreno, Francisco P., 1876: Viaje a la Patagonia septentrional. Anal. de la Soc. Científ. Argentina, I, p. 182-197; Buenos Aires.
- 1898: Apuntes preliminares sobre una excursión a los territorios del Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz. Rev. del Museo de La Plata, VIII, p. 199-372; La Plata.

- Moesbach, Ernesto Wilhelm, de, 1926: Vida y costumbres de los indígenas araucanos en la segunda mitad del siglo XIX. Edición revisada por Rodolfo Lenz, Santiago. (Apareció primero en Rev. Chilena de Hist. y Geogr., LXII - LXXIV, 1929/1934; Santiago).
- 1953: La voz de Arauco. Explicación de los nombres indígenas de Chile. 2a. edic. Padre Las Casas.
- Mostny, Grete, 1954: Culturas precolombinas de Chile. Santiago.
- Munizaga, Carlos, 1959: La situación de contacto de las sociedades nacionales con los grupos atrasados. (Nota preliminar sobre los Araucanos de Chile). Facultad Latino-Americana de Ciencias Sociales (FLASCO). Mimeografiado. Santiago.
- 1960: Vida de un Araucano. El estudiante Mapuche L. A. en Santiago de Chile, en 1959. Publicación del Centro de Estudios Antropológ. de la Univ. de Chile. Santiago.
- Muñoz, Rómulo, 1931: Los indios Pampa. Buenos Aires.
- Musters, George Chaworth, 1871: At home with the Patagonians. London. (Traducción castellana en Bibl. Centenaria. Univ. Nac. de La Plata. I. 1911. Buenos Aires).
- Muthmann, Friedrich, 1958: Bijoux araucans au Musée d'Ethnographie de Genève. *Anthropos*, LIII, p. 901-914; Freiburg.
- Navarro, Leandro, 1909: Crónica militar de la conquista y pacificación de la Araucanía. Desde el año 1859 hasta su completa incorporación al territorio nacional. 2 tomos. Santiago.
- Nippgen, J., 1914: La religion, las superstitions, la magie et la sorcellerie des Araucaniens. *L'Ethnographie*. París.
- Oliveira, Oscar Filiberto, 1893: El cacique blanco. Costumbres de los Araucanos de la Pampa. Buenos Aires.
- Orbigny d', Alcide, 1839: Voyage dans Amérique meridionale. L'homme americaine. París.
- Orbigny d', Alcide, y Eyries, J. B., 1842: Viaje pintoresco en las Américas, Asia y Africa. Tomo I. Barcelona.
- Oyarzún, Aureliano, 1912: Contribución al estudio de la influencia de la civilización peruana sobre los aborígenes de Chile. XVII Congr. Intern. Americ. (Buenos Aires, 1910), p. 354-397; Buenos Aires.
- 1917: La sangre en las creencias y costumbres de los antiguos Araucanos. *Rev. Chilena de Hist. y Geogr.*, XXVI, p. 181-216; Santiago. = *Publ. del Mus. de Etnol. y Antrop. de Chile*, I, p. 51-86; Santiago.
- 1934: Cultura aborígen de Chiloé. *Rev. Chilena de Hist. y Geogr.*, p. 235-253; Santiago.
- 1935: Las piedras horadadas de Chile. *Rev. Chilena de Hist. y Geogr.*, LXXXV, p. 125-128; Santiago.
- 1941: Influencias de la cultura atacameña en la Araucanía. XXVIII Intern. Congr. American. (Lima, 1939), p. 277-287; Lima.
- Paddin, Robert Charles, 1957: Cultural changes and military resistance in Araucanian Chile. *Southwestern Journal of Anthrop.*, XIII, p. 103-121; Albuquerque.
- Palavecino, Enrique, 1928: Cefaloscopía y relevamiento de diez indios araucanos. *Notas del Mus. de La Plata*, III, p. 95-100.
- Palavecino, María Delia, ver: Millán de Palavecino.
- Philippi, Federico, 1903: Arqueología. En: Reiche, Carlos, La isla de Moche. *Anal. del Mus. Nac. de Chile*, XVI, p. 13-77; Santiago.
- Philippi, Rodolfo Amandus, 1884: Sobre las piedras horadadas en Chile. *Anal. de la Univ. de Chile*, LXV, p. 470-483; Santiago.
- 1886: Aborígenes de Chile. Artículo sobre un pretendido ídolo de ellos. *Anal. de la Univ. de Chile*, LXIX, p. 5-9; Santiago.
- Pietas, Gerónimo, 1846: Noticia sobre las costumbres de los Araucanos. En: *Historia Física y Política de Chile*, I, p. 486-512; París.

- Poeppig, Eduard, 1835/36: *Reise in Chile und Perú und auf dem Amazonénstrom*. 2 tomos. Leipzig. (Reedición del tomo I, por W. Drascher bajo el título: *Im Schatten der Cordillera*. 1927. Stuttgart).
- 1942: Los indios Pehuenches en 1928. Estudios realizados por Eduard Poeppig... y dados a conocer por el Sr. Carlos Keller, ev. del Mus. Nat. de Chile, I, p. 236-269; Santiago.
- Polakowski, H., 1885: Die Araucanía des don Alonso de Ercilla y Zuñiga und ihr historischer Wert. *Zeitschr. d. Ges. f. Erdkunde*. Berlin. (Traducción castellana por José Roehmer en *Anal. de la Univ. de Chile*, LXIX, 1886, p. 233-259; Santiago).
- Prado, Manuel, 1935: *La conquista de la Pampa*. Buenos Aires. Cuadros de la Frontera (1876-1883). Buenos Aires.
- Fuccioni, N., 1912: Crani araucani e patagoni. *Archivio per l'Antrop. e l'Etnol.* XLIII, p. 13-63; Firenze.
- Reed, Carlos, 1921: Descripción de insignias líticas chilenas. *Publ. del Mus. de Etnol. y Antrop. de Chile*, IV, p. 69-135; Santiago.
- Reszczyński, R. Otto, 1938: Colorantes vegetales chilenos. *Materias tintóreas usadas por los indios araucanos*. *La Farmacia Chilena*, XII, p. 441-444, 491-498, 543-548; Santiago.
- Reyes Gajardo, Carlos, 1957: Estudio sobre Choromoros. *Rev. del Inst. de Antrop. de la Univ. Nac. de Tucumán*, VII/2 (1952-1954), p. 3-104; Tucumán.
- Riccardi, Paolo, 1879: Studi intorno a alcuni crani araucanos y pampas appartenenti al Museo Nazionale di Antropologia e d'Etnologia in Firenze. *Rendiconti de la R. Accademia dei Lincei*, CCVI, p. 139-161; Roma.
- Robles Rodríguez, Eulogio, 1942: *Costumbres y creencias araucanas*. Santiago. (Reedición de los artículos en *Anal. de la Univ. de Chile* CXIX/2, CXXIII/2, CCXVI/1, CCXVII/2, CXXVIII/1, CXXX/1, CXXXIV/1, 3. Ser. XCVIII/1 y 2, 1906-1940; Santiago).
- Ronco, Bartolomé J., 1921: *Los indios Pampas*. Azul.
- Ruben, Walter, 1952: *Tiahuanaco, Atacama und Araukaner. Drei vorinkanische Kulturen*. Leipzig.
- Rucz, Luis F., 1929: *Los indios araucanos de la República Argentina. Antes y ahora*. Buenos Aires.
- Ruiz Aldea, Pedro, 1868: *Los Araucanos y sus costumbres*. Los Angeles. (Reedición 1902. Santiago).
- Rydén, Stig, 1936: *Archaeological Researches in the Department of La Candelaria (Prov. de Salta, Argentina)*. *Ethnological Studies*, III, p. 5-327; Göteborg.
- Salas, Alberto M., 1942: Hachas de piedra pulida y enmangadas del territorio del Neuquén. *Relatos de la Soc. Argent. de Antrop.*, III, p. 67-92; Buenos Aires.
- Sánchez Albornoz, Nicolás, 1958: *Una penetración neolítica en Tierra del Fuego*. Cuadernos del Sur. Bahía Blanca.
- Sandoval S., Luis, 1959: Los sistemas de grupos sanguíneos de los indígenas de Chile. *Notas del Centro de Estudios Antropológicos, Universidad de Chile*, N° 2, p. 7-13; Santiago.
- Sandoval S., Luis, Henckel Carlos C. y Givovich, L., 1946: Grupos y subgrupos y factor Rh sanguíneos en los indios Mapuches de la provincia de Cautín. *Notas del Mus. de La Plata*, XI, p. 283-299; La Plata.
- San Martín, Félix, 1930: *Neuquén*. Buenos Aires.
- Santa Cruz, Alcibiades, 1937: Las plantas mágicas mapuches. *Rev. Chilena de Hist. Nat.*, XLI, p. 172-178; Santiago.
- 1942: La alimentación de los Mapuches antes de la Conquista. *Bol. de la Soc. Biol. de Concepción*, XVI, p. 5-10; Concepción.

- Sauer, Carl, 1950: Cultivated plants of South and Central America. Handbook of South American Smithsonian Inst., Bur. of Americ. Ethnol., Bull. 143, tomo VI, p. 486-543; Washington.
- 1952: Agricultural origins and dispersals. New York.
- Schneider, Carlos Oliver, 1932: Los indios de Chile. Lo que se sabe actualmente sobre ellos. Concepción.
- Schobinger, Juan, 1956: Las clavos "insignias" de Argentina y Chile. Runa, VII/2, p. 252-280; Buenos Aires.
- 1956/57: Sobre los antecedentes morfológicos de las clavos semilunares oceánico-americanas. Runa, VIII/2, p. 270-276; Buenos Aires.
- 1958: Hallazgos arqueológicos de la provincia del Neuquén. Suplemento al tomo XIII de los Anales de Arqu. y Etnol. Mimeografiado. Mendoza.
- 1959 a: Arqueología de la provincia del Neuquén, Estudio de los hallazgos mobiliarios. Anal. de Arqu. y Etnol., XIII (1957), p. 6-232; Mendoza.
- 1959 b: La araucanización y sus problemas. Rev. de Educación, N. S., año IV/3, p. 484-491; La Plata.
- Schuller, Rodolfo, 1906/1907: El vocabulario araucano de 1642-1643. Con notas críticas y algunas adiciones a las bibliografías de la lengua Mapuche. Anal. de la Univ. de Chile, CXIX/2, p. 331-397, CXX/1, p. 217-239, 305-502, 795-807, CXXI/2, p. 67-147, 251-330, 711-718; Santiago. (Existe una edición separada bajo el título: Vocabulario araucano (de 1642-1643). Bibliografía de la lengua mapuche o araucana. 1907. Santiago).
- Serrano, Antonio, 1934: Material arqueológico del Neuquén. Quid novi?, II, N° 6, p. 8-12; Paraná.
- 1947: Los aborígenes argentinos. Buenos Aires.
- Stieben, Enrique, 1950: Procedencia de los Araucanos y su antigüedad en la Argentina. Publicaciones de la Soc. de Americanistas, I, p. 67-77; Buenos Aires.
- Smith, Edmond Reuel, 1855: The Araucanians, or, notes of a tour among the Indian tribes of Southern Chile. New York. (Extracto alemán en: Globus, V, 1864, p. 376-380. Traducción castellana por R. Latcham en: Colección de autores extranjeros relativos a Chile. Ser. 2a., tomo I, 1924. Santiago).
- Tello, Eliseo, 1942: Toponimia araucana del Territorio de la Pampa. Ingeniero Luiggi.
- 1946: Toponimia indígena bonaerense. Lobos.
- Ten Kate, H., 1892: Contributions a la cranéologie des Araucans argentins. Rev. del Museo de La Plata, IV, p. 211-220; Buenos Aires.
- Titiev, Mischa, 1950: Social singing among the Mapuche. Anthropological papers of the Americ. Mus. of Natur. Hist. XLIII/1. New York.
- 1951: Araucanian culture in transition. Mus. of Anthropol. Univ. of Michigan, Contr. N° 6. Ann Arbor.
- Tournier, León, 1910: Las drogas antiguas en la medicina popular de Chile. Con anotaciones del Dr. Rodolfo Lenz. Anal. de la Univ. de Chile, CXXVII/2, p. 759-802; Santiago.
- Treutler, Paul, 1861: La provincia de Valdivia y los Araucanos. Santiago.
- 1882: Fünfzehn Jahre in Süd-Amerika an den Ufern des Stillen Ozeans. Leipzig. (Traducción alemana de las partes relativas a Chile por C. Keller, bajo el título: Paul Treutler, Andanzas de un alemán en Chile, 1851/1853. 1958. Santiago).
- Uhle, Max, 1911: Esfera de influencia del país de los Incas. Trabajos del IV. Congreso Científ., 3a. secc., tomo II, p. 260-281; Santiago.
- Urzúa, Juan Pablo, 1861 ss.: Colección de historiadores y documentos relativos a la historia nacional. Santiago.

- Valderrama, Juan A., 1928: Diccionario historico-geográfico de la Araucanía. 2a edic. Santiago.
- Vega, Carlos, 1946: Los instrumentos musicales aborígenes y criollos de la Argentina. Buenos Aires.
- Venturino, Augustus, 1927: Sociología primitiva de Chile indiana. 2 tomos. Barcelona.
- Vernón, Ida Stevenson Weldon, 1946: Pedro de Valdivia, conquistador de Chile. Austin.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, 1868: La guerra a muerte. Santiago.
- Viggiano Esain, Julio, 1948: Instrumentología musical popular argentina. Vigencias de origen indígena. Inst. de Arqu., Lingüística y Folklore "Dr. Pablo Cabrera". Córdoba, N° XX. Córdoba.
- Vignati, Milcíades Alejo, 1923: Hachas de piedra pulida provenientes de la Patagonia (Territorio del Neuquén). Comunicaciones del Museo Nac. de Hist. Nat. de Buenos Aires, II, p. 61-66; Buenos Aires.
- 1944: Antigüedades de la región de los lagos Nahuel Huapí y Traful. Notas del Museo de La Plata, Nueva Ser., IX, p. 53-165; La Plata.
- 1953: Materiales para la arqueología de la Patagonia. Aporte I. Anal. del Museo de La Plata, nueva Ser., Antrop. N° 3. La Plata.
- 1960: Dos comidas araucanas en el ámbito Pampa-Patagonia. Cuadernos del Inst. Nac. de Invest. Folklor., I, p. 143-149; Buenos Aires.
- Virchow, Rudolf, 1874: Schädel von Araucanos und anderen Südamerikanern. Zeitschr. f. Ethnol. Verb., VI, p. 258-263; Berlín.
- 1892: Crania ethnica americana. Zeitschr. f. Ethnol., XXIV, Suppl. Berlín.
- 1894: Schädel aus Südamerika, insbesondere aus Argentinien und Bolivien. Zeitschr. f. Ethnol., XXVI, p. 386-410; Berlín.
- Vivante, Armando, 1953/54: La gallina americana precolombina. Runa, VI, p. 210-215; Buenos Aires.
- Vúletin, Alberto, 1948: Neuquén. Nomenclador geográfico del Territorio. Buenos Aires.
- 1960: Zoonimia andina (nomenclador zoológico). Univ. Nac. de Tucumán, Fac. de Fil. y Letr., Inst. de Lingüística, Folklore y Arqueol., Santiago del Estero. Tucumán.
- Walther, Juan Carlos, 1948: La conquista del desierto. Buenos Aires.
- Wilhelm, Ottmar, 1953: La gallina araucana. Bol. de la oc. de Biología de Concepción, XXVIII, p. 119-127; Concepción.
- Zapater, Horacio, 1950: Notas de viaje por el país araucano. Anal. de Arqu. y Etnol., XI, p. 101-113; Mendoza.
- 1959: Un nuevo alcance al concepto de Ngegechen araucano. Notas del Centro de Estudios Antrop., N° 3, p. 5-9; Santiago.
- Zeballos, Estanislao, 1878: La conquista de quince mil leguas. 2 tomos. Buenos Aires. (Reimpresión 1931. Buenos Aires).
- 1880: Viaje al país de los Araucanos. Buenos Aires. (Reimpresiones, 1934 y 1930, Buenos Aires).